

DE LOS ARCHIVOS

“HACE CIEN AÑOS”

10 de Marzo de 1897 – 10 de Marzo de 1898

RECUERDOS Y TESTIMONIOS

- *El último año de Madre María Eugenia*
- *Anexos : En torno a la muerte de M. María Eugenia*
- *Epílogo*

Sor Thérèse Maylis
Octubre 1997

HACE CIEN AÑOS

10 de Marzo de 1897 – 10 de Marzo de 1898

Esta crónica relata los acontecimientos del último año de la Madre María Eugenia. Nos prepara para celebrar el centenario de su muerte el 10 de Marzo de 1898.

Para el mes de Marzo de 1897, volvemos a tomar algunas notas de la crónica precedente (1896 – marzo de 1897).

15 de marzo

M. Marie Célestine y M. Marie Catherine vuelven de España donde han ido a ver a la Reina para hablar de los acontecimientos de Filipinas.

Lo primero que ha hecho M. Marie Célestine ha sido subir al cuarto de Nuestra Madre para darle noticias. Este viaje ha sido de gran utilidad para nuestras Hermanas de Filipinas.

También han ido las Madres a Segovia donde está la tumba de San Juan de la Cruz y a Alba de Tormes , lugar tan relacionado con Santa Teresa.

A su vuelta, M. Marie Célestine vuelve a dar sus instrucciones de la tarde.

25 de marzo

Noche de adoración. A la medianoche, canto de *Et Verbum caro factum est*. El Reverendo Padre Dom Logerot está presente. M. Marie Célestine y M. Marie Madeleine de Jesús, Superiora de Auteuil, ocupan el reclinatorio de la adoración. El altar, muy adornado con flores blancas y con lamparitas que brillan como estrellas.

Por la mañana, a las 8, profesión perpetua de S. María Gloria, alumna de Madrid. Unas quince alumnas del externado asisten a la ceremonia.

28 de marzo

Primeros votos de dos novicias. Todo es armonía en este domingo de Laetare, en el corazón de la Cuaresma : belleza de los colores y alegría espiritual.

La víspera, charla de Dom Logerot sobre la vida benedictina.

Cuando hace sol, Nuestra Madre General puede dar algunos paseos por el jardín, acompañada de sus enfermeras. Va a la tumba de M. Thérèse Emmanuel.

ABRIL 1897

Nuestra Madre General emociona por su dulzura y obediencia. Ya no habla casi, pero todas sus palabras son palabras de piedad, de dulzura y de obediencia. Hace cruces en la frente de todas las hermanas con las que se encuentra y les da la bendición santiguándose ella misma. Hace cientos de cruces al día. Se la puede llevar donde se quiera, como se quiera, sin ninguna objeción por su parte, se entrega a sus hijas que ama. M. Marie Emmanuel está siempre con ella.

4 de Abril

Seis hermanas han pedido el hábito. Entre ellas, S. Marie Johanna (Mademoiselle Saleur), antigua de Saint Dizier.

18 de Abril

Pascua. A las 8, Misa para el Patronato; corta alocución del Padre Fontaine, sucesor del abate Roussel¹, fundador de la obra de los Orphelins Apprentis d'Auteuil, muerto el pasado Enero.

Por la tarde, fiesta para la asociación.

19 de abril

Aniversario de la entrada en el convento de M. Marie Célestine. Corta velada musical en el salón de los paisajes. No se hace ningún otro festejo. La Madre no quiere que se la festeje por delicadeza hacia Nuestra Madre General.

21 de Abril

Circular de M. Marie Célestine a las Superiores.

Dios se ha dignado darnos una prueba de su amor el Viernes Santo. Ese día, el Registro nos envió un escrito de apremio respecto a la cantidad debida según su inicua ley de abono.² Esperamos con calma y oración, rezad con nosotras para que Dios nos muestre su santa voluntad sobre nosotras. Hay que pedir, en favor de las almas de las que nos ocupamos, que los perseguidores de la religión se vean impedidos de llevar a cabo sus malos

¹ En Enero de 1997, se celebró el centenario de la muerte del Abate Roussel en el centro de los "Orphelins Apprentis d'Auteuil" (11 de Enero de 1897), vecinos nuestros: misa, ofrenda de un ramo en la calle cuyo nombre ostenta, retrospectiva de la fundación y presentación de la obra por medio de una ficción: el Abate Roussel visitando los establecimientos actuales, hablando con alumnos y educadores.

² Impuesto a las Congregaciones Religiosas que la Asunción no pagó en señal de "resistencia" (Ver Crónicas precedentes)

designios. En cuanto a nosotras, es una alegría poder sufrir persecución a causa de la religión. Si fuésemos del mundo, no nos odiarían, pero puesto que somos de Jesucristo, tenemos que compartir la suerte de Nuestro Maestro.

Toda vuestra en Nuestro Señor.

26 de abril

Toma de hábito de S. Marie Johanna, S. Marie Bénédicte, S. Marie Regina, S. Marie Félix y S. Marie Salveria. La preside el nuevo capellán de Auteuil, el Abate Beurlier, muy dedicado a nosotras y muy benevolente.

29 de Abril

En Lubeck, toma de hábito de una antigua alumna, S. Françoise Eugénie³. M. Marie Célestine asiste a ella así como varias hermanas. El nuevo altar de la Sma. Virgen, resplandeciente en su inmaculada blancura, parece un signo conmovedor del reino de Nuestro Señor en los corazones. Otros tres religiosos y varios sacerdotes, amigos de la familia, forman un clero numeroso para nuestro coro un tanto exiguo.

30 de Abril

58 aniversario de la fundación de nuestra Asunción. Grandes ceremonias en honor de Santa Catalina. ¿Acaso no es también la fiesta de la primera patrona de M. Thérèse Emmanuel (Catherine O'Neill)? Todas suplicamos a Santa Catalina que nos obtenga el amor ardiente, el celo por las almas que la consumía, que nuestras almas den gloria a Dios y que atraigan muchas otras almas generosas.

Durante el día, reunión de hijas de María, bendición de los niños. Las alumnas de Lubeck vienen a fraternizar con las de Auteuil : las pequeñas gozaban pensando en merendar sobre la hierba, pero una lluvia diluviana decidió otra cosa.

Las niñas de Lubeck y de Auteuil reunidas, felicitaron a M. Marie Célestine, ya que, por una feliz coincidencia, es también la fiesta del Buen Pastor.

Por la tarde, cuadros vivos sobre la vida de Nuestro Señor.

Hemos empezado la novena a M. Thérèse Emmanuel, antes del aniversario de su muerte. Ese día, el 3, si el tiempo lo permite, tendremos la misa en la capilla del bosque (su tumba). Recordamos que el año pasado, durante el recogimiento de esa misa, todos los pajarillos venían a cantar como para decirnos la alegría que posee en el cielo nuestra querida Madre Asistentia y primera Maestra de novicias.

³ S. Françoise Eugénie: Marie Joseph Retournard, nacida el 1 de marzo de 1875, entró el 6 de diciembre de 1896.

1º de mayo

Gran recreo para las niñas. M. Marie Célestine va a ver a las mayores por la tarde y les habla de Dios, lo que es para ellas la felicidad suprema.

Al atardecer, festejamos el aniversario de la fundación con M. Marie Célestine.

Pero lo que se echa de menos en nuestras fiestas, es no ver aparecer a Nuestra Madre General en medio de nosotras, excepto para bendecirnos.

Una circular a las comunidades completa la relación de estos dos días.

El Viernes 30, unas 300 niñas se apretaban en el gran salón alrededor de nuestra tan querida M. Marie Célestine; estaban las de Auteuil y 100 niñas del Externado de Lubeck. También las Madres de Reims y de Poitiers las cuales, no habiendo podido venir para la fiesta de Nuestra Madre en enero como lo hubieran deseado, habían traído algunas niñas para festejar con ellas a nuestra querida Madre Vicaria. La Madre de Génova, venida para asuntos de su casa, había aprovechado también esta feliz coincidencia para que le ofrecieran el viaje tres de sus niñas que quería que conocieran Auteuil. Después del "compliment" de las mayores, las del Externado leyeron el suyo; pero el mayor éxito es siempre de las pequeñas quienes, al festejar a la Madre, le anuncian cada vez vocaciones irresistibles en cartas sin corregir que son deliciosas. Los cuadros vivos de la vida de Nuestro Señor y de la Pasión tuvieron lugar esa misma tarde, 50 niñas del Externado se quedaron para asistir a ellos; hubo dos cenas: la de las 80 actrices, y después la de Lubeck y las que quedaban nuestras. La casa estaba llena de niñas y de alegría.

Al día siguiente llegaba por fin nuestro turno, y no me cabe hacer mejor resumen de la fiesta que enviaros esas páginas de M. Madeleine que la describen por completo, que retratan nuestra Asunción y que la Madre leyó con una voz cálida y vibrante, animada por una emoción... valerosa hasta el final, mientras que a su alrededor muchos ojos brillaban más que de costumbre.

"Madre,

Llevo en mi corazón a toda la Asunción que os repite esta tarde por mi voz, su veneración, su amor, su fiel entrega y su agradecimiento. ¿No es Ud., Madre, el don de Dios para nuestra Asunción, el don por excelencia de nuestra Madre tan querida que, al escogeros como apoyo y consuelo de su santa vejez, ya os designaba a nuestro amor y a todo nuestro respeto? Desde hace tres años tenemos la dicha de vivir bajo vuestro cayado, y ya os conocemos, Madre. También Ud., verdad, conoce a sus ovejas, las llama por su nombre, ellas oyen su voz y responden a ella...

... Nuestra Asunción es muy del Señor, su Santo Espíritu la anima, y ayudadas por su gracia, sostenidas por las palabras de Ud. y sus ejemplos, también nosotras queremos mantener en todo su fervor y hacer crecer la obra de nuestras Santas Madres, hacerla cada día más digna de Dios, más capaz de

glorificarlo y de atraerle almas. Jesús ama nuestra Asunción; ¡Cuántas pruebas nos ha dado de su ternura y de su Providencia! Y si en esta hora de angustia y de persecución a la Iglesia, se digna asociarnos a su dolorosa agonía, no tema nada, Madre, comprendemos el honor que nos hace y con su gracia, sabremos velar con Él, sufrir la pobreza, el exilio, incluso morir como los Apóstoles si es necesario, sintiéndonos dichosas de sufrir y de derramar nuestra sangre por el nombre de Jesús, por la extensión de su reino. ¿Qué pueden contra nosotras los que nos persiguen? ¡Nuestro reino no es de este mundo, nuestros amores miran más alto! Queremos a Dios, y ¿quién nos lo podrá arrebatarnos? ¿Quién nos separará jamás del amor de Cristo? Redoblemos por lo tanto nuestras oraciones, en primer lugar por Ud., Madre querida, que tiene la guarda y la solicitud de todo el rebaño, por la Congregación que festeja hoy el aniversario de su fundación, y por Nuestra Madre General, cuya santidad culmina y se perfecciona bajo el velo de la humildad. Es la sublime lección que nos reservaba esta vida tan grande y fecunda. Incluso en esta hora, repite a Dios por su abandono y dulzura: "Señor, tu sabes que te amo", como se lo decía antaño en sus santos trabajos de abnegación. Ha trabajado mucho, ha sufrido, pero ahora, la carga ha pasado de sus hombros a los suyos; Ud. la ha aceptado, ha entregado su corazón, los nuestros la sostendrán, Madre, y llevada por el amor de sus hijas, por el amor del Divino Pastor que os ha confiado su querido rebaño, guardará nuestra Asunción en su primera belleza y será Ud. para Nuestra Madre la mejor recompensa a sus sufrimientos y a sus intensos trabajos.

Después de haber recibido la felicitación de las Madres y de cada una de nosotras, M. Marie Célestine ha ido a ver las sorpresas que le ofrecía el amor de sus hijas. Entre los regalos, los tan preciados tesoros de los Noviciados de M. Thérèse Emmanuel recogidos y ordenados por M. Marguerite Marie. Montpellier puede decir que no ha sido una de las menores alegrías de M. Marie Célestine, ese trabajo que va a hacer revivir entre nosotras las enseñanzas de la Santa Madre que fundamentó nuestra Asunción en sus sufrimientos y en su unión con Nuestra Venerada Madre General y que formó a la vida religiosa a la mayor parte de entre nosotras... Los cuadros eran muy bonitos : la Natividad, el Niño Jesús en la fuente, la Agonía en Getsemaní, la oración del Maestro en el Huerto de los Olivos, fueron particularmente sobrecogedores. Las niñas desempeñaron sus papeles con mucha seriedad y piedad. Una palabra de agradecimiento para las novicias que, de pie durante casi tres horas, interpretaron con sus voces puras y bellas, preciosos fragmentos de Gounod, Massenet, Berlioz, acompañando los cuadros.

3 de Mayo

A las 9, Misa en la tumba de M. Thérèse Emmanuel.

Nos encontrábamos a 100 leguas de París, a 100 leguas de la tierra, en ese

bosque umbroso en el que se filtraban por todas partes los rayos del sol, pero pálidos en comparación con la luz radiante y pacificadora que emanaba de este altar y de esta tumba.

Eran la alegría y el honor de los primeros cristianos el hacer celebrar el Santo Sacrificio sobre la tumba de sus hermanos mártires... ¿No era también nuestra alegría y nuestro honor esta misa celebrada ahí, sobre esa tumba amada, que guardaba los preciados restos de la que fue para nosotros la santa y a los ojos de Dios la mártir de su amor? La Asunción entera estaba ahí, unida y bendecida por nuestra santa Madre.

Que de esa tumba de la que nos vienen tantas gracias, nos sea enviado también, en esta hora de angustia, un mayor fervor, un mayor amor, una mayor generosidad para que, como nuestros hermanos de la Iglesia primitiva, permanezcamos dignos de nuestros Santos y de nuestros Mártires.

Y en otro lugar : ... Desde el escrito de apremio enviado el Viernes Santo por el fisco, no hemos vuelto a ser inquietadas; por consiguiente, es la hora de Dios y de la oración.

4 de mayo

Horrible catástrofe la del incendio del “Bazar de la Caridad”⁴. En diez minutos, todo terminó en una pesadilla atroz : 150 víctimas. En Auteuil, se decide retrasar las “grandes ventas” hasta junio, para respetar el luto de tantas familias.

8 de mayo

En Notre-Dame de París, servicio solemne por las víctimas del incendio del “Bazar de la Caridad”. El Presidente de la República y todos los Cuerpos asisten a ella.

⁴ El Bazar de La Caridad : institución de ayuda mutua creada en 1885, en pleno periodo anticlerical. En esa fecha, 16 obras se unían con ese fin ; en 1896, eran 150. Víctima de su éxito, el comité de organización dejó en 1897 su local de la calle Faubourg Saint Honoré para un nuevo emplazamiento, más amplio, en la calle Jean Goujon, en el 8º barrio.

El vestíbulo reconstituía una calle del París medieval en el que cada asociación tenía su stand y su caja. La principal atracción de ese gran foro de la caridad era la sesión de cine. Pero, al día siguiente de su inauguración, el 4 de mayo de 1897, se prendió la cabina del mecánico y el fuego se propagó rápidamente al conjunto de los decorados. Se sembró un pánico general. La identificación de las 150 víctimas fue muy difícil, por no decir imposible. (“Paris Notre-Dame” n° 679, 1º de mayo de 1997).

El periódico “La Croix”, de las calles Bayard y François 1er, el P. Bailly, patrón fundador del periódico, los tipógrafos, los redactores, los obreros, los empleados y las hermanas Oblatas de la Asunción, acudieron en socorro de los siniestrados. Establecieron una cadena de salvamento por encima del muro que separaba la Casa de la Bonne Presse del funesto terreno, y un centenar de personas pudieron escapar de ese infierno. (“La Croix”, 3 de mayo de 1997).

Una capilla conmemorativa, Nuestra Señora de la Consolación, ocupa actualmente el lugar del drama. Para el centenario, (mayo de 1997), tuvieron lugar varias manifestaciones: celebraciones religiosas, exposiciones históricas, etc.

9 de mayo

Niñas de la Primera Comunión de Passy y de Auteuil (entre ellas algunas de nuestra catequesis) vinieron a pasar una parte de la tarde. Las señoras catequistas se ocupan de ellas durante el retiro y les gusta entretenerlas trayéndolas aquí. Volverán otros dos días.

13 de mayo

Se van M. Madeleine de Jésus y M. Marie Célestine a Andecy.

Desde hace casi un mes, M. Marie Célestine ha vuelto a poner en vigor algo que habíamos descuidado un poco: terminar inmediatamente el recreo a la primera campanada de la obediencia.⁵

19 de mayo

Buenas noticias de Andecy. Se ha felicitado a M. Marie Célestine (San Pedro Celestino); ha habido fiesta para los pobres, y distribución de regalos a los niños.

25 de mayo

Vuelta de Andecy.

27 de mayo

Ascensión. Principio de la novena preparatoria a Pentecostés pedida por el Papa. Una hermosa encíclica sobre el Espíritu Santo ("Divinum illud") nos recuerda todos nuestros deberes para con nuestro divino Santificador.

Nuestra Madre General nos ha deseado a todas el cielo; nos bendice cada vez que nos encuentra. Las novicias son encantadoras con sus detalles hacia ella. S. Agnès de la Croix⁶ es su preferida; la llama su "petit bout". Cada noche, Nuestra Madre hace el mes de María en la tribuna.

25 de mayo

En Roma, canonización de San Pedro Fourier y de San Antonio María Zacarías. Una circular cuenta con entusiasmo la ceremonia. "Al final del Santo Sacrificio, León XIII da su bendición; su voz, muy debilitada, se pierde en la inmensa basílica. Vuelve a subir a la silla gestatoria y el cortejo se pone en marcha lentamente. Una vez más, es una visión de cielo; "Jesucristo en la tierra", como

⁵ Desde los primeros tiempos (cf. Regla de Meudon, verano de 1839), se tocaba la "obediencia", (momento de pedir los permisos o de dar cuenta de lo necesario), medio cuarto de hora antes del final del recreo.

⁶ S. Agnès de la Croix: Margarita Bésiné, nacida en Montpellier el 17 de julio de 1874, entró el 8 de Septiembre de 1895, tomó el hábito el 19 de enero de 1896, hizo los primeros votos el 2 de febrero de 1897. Hará los votos perpetuos el 7 de septiembre de 1899. Murió en el Val el 30 de julio de 1968. Varias hermanas la oyeron contar sus recuerdos de noviciado junto a la Madre María Eugenia.

decía Santa Catalina de Siena, va siempre sonriendo y bendiciendo. Miles de brazos se elevan, agitan los pañuelos en señal de alegría, de gozo y de amor.”

30 de mayo

Primera comunión. Por la tarde, Confirmación por Monseñor Biet, misionero en el Tibet (cf. 14 de enero de 1894).

2 de junio

Venta de caridad; se habían levantado tiendas porque el tiempo era poco seguro. Los otros puestos estaban en el chalet.

7 de junio

Hermosa fiesta de Pentecostés. Siguiendo los deseos del Santo Padre, continuamos una segunda novena al Espíritu Santo, diciendo el “Veni Creator” alternado con el “Veni, Sancte Spiritus”. Nuestra Madre parece estar bien, el calor le sienta bien, se pasea mucho en el cochecito y se pasa los días en el jardín.

17 de junio

Bella procesión del Smo. Sacramento, favorecida por un tiempo espléndido entre dos días de tormenta: altar en el bosque y en la plazuela de los castaños. Mucha gente, todo muy recogido, pero en un piadoso desorden... Preside M. Odelin, Superior eclesiástico, y después, les cuenta a las hijas de María, cómo escapó de las llamas del Bazar de la Caridad.

25 de junio

Apertura del retiro de las niñas, predicada por un Padre dominico sobre el Evangelio de la Transfiguración.

28 de junio

Nuestra Madre contesta a S. Louise Adelaïde que le pregunta: “¿Qué gracia va a pedir para nosotras mañana?” – “La firmeza en la fe y el amor a la Santa Iglesia”.

29 de junio

S. Marie Philomena⁷, enferma, que estaba cuidándose en los Pirineos, vuelve, acompañada por S. Marie Gonzague. Su alegría es grande de volver a ver Auteuil.

⁷ S. Marie Philomena de la Trinidad, Bridget Morgan, nacida el 25 de diciembre de 1865 en Irlanda, entrada el 4 de diciembre de 1881, toma de hábito el 14 de septiembre de 1882, primeros votos el 29 de septiembre de 1883, votos perpetuos el 11 de enero de 1886 en Madrid. De ahí, es destinada a los Pirineos a causa de su salud, antes de volver a Auteuil donde morirá el 11 de enero de 1898. Su vida está escrita en el libro “Recuerdos de familia” (1905).

30 de junio

Dos religiosas Eudistas de Saint Briec (en Bretaña), la Superiora y la Directora del Colegio, vienen a pasar algunos días para estudiar nuestro método de enseñanza. Son recibidas como verdaderas hermanas, van al refectorio, al recreo, y están muy agradecidas por esta acogida que reciben.

10 de julio

Por la tarde, conferencia dada por una señorita fundadora de una obra nueva destinada a ayudar a los misioneros de Africa, excitando el celo de Europa para venirles en ayuda de toda clase: socorro en dinero, objetos necesarios para el culto, correspondientes, etc.

La Fundadora ha sido dama de honor en la corte de Toscana. Es simpática por su sencillez. En este momento, su comunidad se compone de siete religiosas y su casa-madre está en Salzburgo, en Austria.

11 de julio

M. Marie Célestine se ha ido a Saint Dizier, en los Vosgos, con M. Marie Catherine. Deseamos que se queden el mayor tiempo posible para que descansen.

16 de julio

Toma de hábito de tres hermanas. Preside la ceremonia el capellán de Burdeos.

23 de julio

Bendición de una estatua del Buen Pastor ofrecida a M. Marie Célestine que lo tiene como misterio. Hemos cantado el himno de la Asunción al que se ha añadido una estrofa para la circunstancia. Por la tarde, distribución de premios; hemos terminado la tarde en la terraza del Petit Couvent.

26 de julio

Fiesta de Santa Ana. Nuestra Madre le pide el amor a la Virgen – “Nadie en la tierra ha amado más a María... rezad por mí... Me llamo Ana Eugenia”.

Nos unimos a las fiestas de la coronación de la Virgen de la Medalla milagrosa, en la calle “du Bac”.

4 de Agosto

Apertura del retiro, predicado por el P. Alix, dominico, prior de Amiens, que lo predicó el año pasado en Lubeck.

5 de agosto

M. Marguerite Marie va a llevar a Saint Dié a nuestras queridas enfermas, una de ellas S. Marie Philomena. M. Marie Célestine, que está descansando allí

desde el 11 de julio, quiere instalarlas antes de volverse. Dolor para Nuestra Madre de ver marcharse a su querida pequeña Philomena.

7 de Agosto

Accidente de coche. Émile volvía de dejar a M. Marie Catherine en Lubeck. El caballo se asustó de un tranvía, y el coche se estrelló contra él.

14 de agosto

Profesión de siete novicias, entre ellas S. M. Reyes, de Nicaragua, y S.M. Piedad, de Manila.

15 de agosto

Hermosa fiesta de la Asunción. Al día siguiente, le dice S. Marie Michèle a Nuestra Madre: “ Nuestra hermosa fiesta terminó y ya pasó” y Nuestra Madre le contesta mirándola prolongadamente: “La terminaremos en el Cielo”.

23 de agosto

“Madre, dice S. Marie Michèle, vamos a preparar una gran fiesta para San Luis. ¿Qué hizo para ser un santo tan grande?. – Fue a Tierra Santa para luchar contra los infieles. - Yo no puedo hacer eso. - ¡Ah! No necesita ir tan lejos. Para Ud. los infieles serán sus defectos. Puede combatir su orgullo, su susceptibilidad”.

M. Marie Catherine viene de Lubeck para hacer su retiro de mes.

24 de agosto

Se festejan los 80 años de Nuestra Madre. No dice una palabra, pero tiene una expresión de bondad y de felicidad. Media hora más tarde, hemos felicitado a M. Marie Célestine su cumpleaños (49 años); no se lo esperaba, y no quiso sentarse en la butaca de Nuestra Madre, sino en el peldaño.

De una circular de Auteuil

Las fiestas de la Asunción han tenido una prolongación cuyo eco nos agrada enviaros.

La procesión, que la lluvia había impedido hacer el mismo día, tuvo lugar el domingo para la Octava. ¡Qué filas tan largas y qué cantos tan bonitos! La procesión se paró en la gruta, en la plazuela de los castaños, para saludar a San José, y en el Noviciado donde el Padre leyó la consagración. Nuestra querida Madre General estaba allí, junto al altar.

El 24, otra fiesta, el querido aniversario de Nuestra Madre. A las 5, entró apoyada en el brazo de M. Marie Célestine, su sillón estaba colocado bajo un

arco de ramas verdes y laureles rosas. El canto era muy suave. Luego las Madres se acercaron y le ofrecieron flores que le gustan mucho. No decía nada, pero estaba contenta; y con su mano, que ya no sabe más que bendecir, hacía crucecitas en todas las frentes que se le acercaban. Aunque resulta triste, es encantador verla tan bondadosa, tan apacible, tan contenta. El silencio de esos labios que hablaban tan bien es un misterio; es el silencio del Cordero, no se queja nunca. Sabe que nos gusta oír el sonido de su voz, dice palabras cortas cuando puede, siempre son santas, siempre llenas de bondad hacia sus hijas; su mirada es tan bondadosa...

Siempre apoyada en el brazo de M. Marie Célestine, fue a ver los regalos.

En el refectorio, Deo Gratias; también están las Hermanas del Externado y de la Inmaculada. Después de la cena, otra fiesta muy íntima para felicitar a M. Marie Célestine su cumpleaños que la Providencia ha querido junto al de Nuestra Madre⁸. A las 8, corta velada en el chalet.

25 de agosto

Las novicias se van al Externado a pasar un buen día de recreo, a cantar allí el Oficio y a dormir; es la primera vez que se ofrece esta fiesta a la juventud. ¡M. Marie Célestine permite que se renueve cada 100 años!⁹. El día es magnífico: M. Marie Catherine multiplica las sorpresas y las atenciones; al anochecer, procesión e iluminación en el jardín, bengalas, pequeño recreo en torno a M. Marie Célestine.

Al día siguiente, las Madres de Auteuil van también a Lubeck. Por la tarde, la adoración del Smo. Sacramento se hace por grupos de cuatro hermanas. Se ofrece a M. Marie Catherine un retrato de M. Marie Célestine, y a M. Marie Célestine un pequeño Via Crucis dibujado a pluma, con palabras de M. Thérèse Emmanuel.

Según expresión de M. Marie Célestine, las novicias merendaron “¡con exactitud, devoción y generosidad!”. - La madre se alegra del cariño, cada vez más íntimo que une las dos casas.

Nuestra Madre general siempre es muy buena con todas, pero su Madre Vicaria tiene su mismo corazón. Dijo: “Es mi hija amada”. Ayer, tuvo durante dos horas en su mano una antigua carta que había recibido de ella, leyéndola, dándole vueltas, estrechándola como un tesoro.

⁸ M. Marie Célestine nació el 26 de Agosto de 1848.

⁹ Cien años después, en 1997, pero en fecha distinta, las Novicias vinieron de Villecresnes a Lubeck y a Auteuil, pasaron la tarde y la noche en Lubeck con la alegría de revivir el pasado (según los ritos) y de inaugurar una tradición. Su relato, lleno de frescura y de humor, cuenta las diversas etapas de este memorable acontecimiento, con la invitación: “¡Futuras novicias del 2097, no os perdais una ocasión como ésta!”

28 de agosto

Fiesta de San Agustín. M. Claire Emmanuel¹⁰ nos lee la fundación de Richmond, lo que escribe sobre M. Thérèse Emmanuel. Durante el día, vienen unas treinta niñas del Patronato.

Visita de Dom Logerot. Nuestra Madre General fue a verle; después de haberle mirado durante algunos instantes con bondad, dice: "Dom Logerot es un verdadero servidor de Dios". Va a predicar el retiro en el Externado a partir del día 30. Varias hermanas de Auteuil hacen este retiro.

12 de septiembre

Primeros votos de seis novicias (una inglesa, dos españolas, una francesa, una italiana, una irlandesa). Nuestra Madre General goza mucho con estas ceremonias. Tiene interés en dar ella misma la corona. M. Marie Célestine la acompaña, lo que la alegra doblemente. Después ha dado varios paseos por el jardín en el cochecito con el burro, llevado por M. Marie Célestine y escoltado por las hermanas jóvenes. La fisonomía de Nuestra Madre reflejaba una dulce bondad que daba gusto ver.

13 de septiembre

Vuelta de S. M. Philomena, por desgracia, sin mejoría.

17 de septiembre

Profesión perpetua de cuatro hermanas, en el Externado. La preciosa capilla de Lubeck tenía su aire de fiesta.

20 de septiembre

M. Marie Célestine se va a España tras haberse entregado hasta el último instante. Ha vuelto a visitar a todas las enfermas hasta la hora de su salida. Dom Logerot predica en Madrid el mismo retiro que en el Externado.

3 de octubre

Monseñor de Cabrières, Obispo de Montpellier, que pasaba 24 horas en París, tuvo la bondad de venir a decir su misa a las 7 y ½ en Auteuil.

¹⁰ M. Claire Emmanuel de la Sma. Virgen: Marie Nivet, nacida el 13 de junio de 1844, entrada el 2 de octubre de 1864, toma de hábito el 29 de septiembre de 1865, primeros votos el 2 de octubre de 1866, votos perpetuos el 15 de octubre de 1868. En 1897, es Superiora de San Sebastián. M. Claire Emmanuel ha trabajado mucho en descifrar los manuscritos de M. Thérèse Emmanuel; perdió en ello la vista. Murió en el Val el 12 de julio de 1926

De una circular

Ha estado después con las madres y la Comunidad. Al oírle, su mayor felicidad, su mayor honor, es llamarse a sí mismo: “el obispo de la Asunción”... “Lo he sentido profundamente esta mañana en vuestra capilla, nos ha dicho, mientras que el alma se llenaba de lejanos recuerdos, me pareció que un perfume de encanto indefinible emanaba de estos muros que me han visto tantas veces...”

A esta vuelta atrás, ha venido a unirse el de la amable acogida de hoy... Estos diversos sentimientos me han llevado a meditar de nuevo sobre ese espíritu de la Asunción que hemos analizado muchas veces para descubrir siempre en él como rasgos principales la generosidad y la lealtad”...

Si le hubiérais oído explicarnos cómo, desde la edad de 3 años, su vida se ha mezclado con la nuestra, acabaríais por creer, como él nos lo asegura, que nos lo debe todo, incluso su salvación... Se ofreció para predicarnos el gran retiro del próximo Capítulo¹¹.

Después de la misa del Obispo, profesión de S. Françoise Marguerite¹². Su primo, joven sacerdote de Liège, el abate Donckier, vino a recibir sus votos. ¡Qué maravilloso marco de juventud! Y cuando, en medio de ese grupo, se destacaba la figura de Nuestra Madre General, no podía uno impedirse comparar, por un lado, la vida que despierta, que promete, y por otro, esta vida tan llena que la cosecha de virtudes, de méritos, parece inclinar bajo el peso de su riqueza.

Un buen espectáculo para avivar nuestro agradecimiento hacia ella, a quien lo debemos todo después de a Dios. La vemos muy adelantada en ese camino de la perfección que nos ha abierto al precio de una labor incesante, y, en tanto parece desaparecer en la humildad y el silencio, nuestro amor hacia ella crece cada día y se expresa por un tierno respeto y una veneración más y más profunda.

En Madrid, M. Marie Célestine, al final de su retiro, espera la visita de la Reina, y después saldrá para Málaga.

7 de octubre

Las niñas vuelven con alegría al Convento. Las nuevas parecen tener buena voluntad.

10 de octubre

¹¹ Este Capítulo hubiera debido celebrarse en 1900, seis años después del de 1894. Tras la muerte de la Madre María Eugenia en marzo de 1898, el retiro del Capítulo General en el mes de agosto, fue predicado por el P. Henri, dominico. El del Capítulo de 1900 lo será por Dom Logerot.

¹² S. Françoise Marguerit du Coeur de Marie, Marie Louise Allenet, nacida el 10 de marzo de 1873 en Verviers (provincia de Lieja), entrada el 17 de octubre de 1895, toma de hábito el 18 de marzo de 1896, primeros votos el 3 de octubre de 1897, salió de la Congregación el 20 de abril de 1903 sin haber sido admitida a sus votos perpetuos.

Nuestra Madre está muy agobiada, pero va a visitar a S. M. Philomena a la enfermería. – “Madre, dice ésta, ¿qué fiesta prefiere Ud.? – Navidad... hice mi primera comunión y mis votos en Navidad”.

Se le preguntó: “¿Cuál es la virtud más necesaria para ser una buena religiosa? – La regularidad, la fidelidad en lo pequeño”.

Uno de estos días, Nuestra Madre se resbaló en la tribuna y se cayó. A M. Marie Emmanuel le costó levantarla. Al día siguiente, le preguntó a Nuestra Madre dónde quería ir, y Nuestra Madre le contestó con un airecillo malicioso “Quiero hacer una postración en la tribuna”.

15 de octubre

Votos perpetuos de S. Agnès Madeleine¹³, presididos por el cura de Saint Roch, Abate De Cabanoux. Dice Nuestra Madre: “Pida a Santa Teresa el espíritu de oración, la perseverancia en la oración”.

28 de octubre

Nuestra Madre hace su Via Crucis en la capilla, del brazo de S. Marie Marthe¹⁴, novicia. Será el último.

1º de noviembre

Última comunión de Nuestra Madre en la capilla, abajo. Su estado empeora a ojos vista.

6 de noviembre

En Lubeck, muerte de S. Amélie de Jesús¹⁵ tras muchos sufrimientos soportados con paciencia. Emoción para Nuestra Madre General que va bajando mucho. Acaba de estar acatarrada; estaba tan decaída y tan debilitada que M. Marie Célestine quería volver inmediatamente de España, sin pararse ni en Burdeos ni en Poitiers. Ahora Nuestra Madre está mejor, pero ha dicho varias veces: “Quiero que vuelva M. Marie Célestine”. Este deseo acelera el retorno de Nuestra Madre Vicaria que envuelve a Nuestra Madre general de tanto amor y cuidados.

7 de noviembre

¹³ S. Agnès Madeleine de Jesús-Marie, Louise de Lockner, nacida el 13 de febrero de 1870 en París, entrada el 23 de mayo de 1894, toma de hábito el 4 de septiembre de 1894, primeros votos el 15 de octubre de 1895, votos perpetuos el 15 de octubre de 1897, fallecida en el Val el 13 de octubre de 1917.

¹⁴ S. Marie Marthe de l'Enfant Jésus, Marie Petit, nacida el 23 de agosto de 1876, entrada el 5 de octubre de 1895, toma de hábito el 11 de noviembre de 1896, primeros votos el 17 de noviembre de 1897, votos perpetuos el 6 de enero de 1900. Fallecida en San Dalmazzo el 11 de Febrero de 1914.

¹⁵ S. Amélie de Jesús, Antoinette de Chabaud-Latour, nacida el 7 de abril de 1869, entrada el 2 de enero de 1891, toma de hábito el 24 de junio de 1891, primeros votos el 14 de agosto de 1892, votos perpetuos el 14 de agosto de 1894. Su vida ha sido escrita.

M. Marie Célestine volvió por la noche. Nuestra Madre feliz de volver a verla. Ya no sale de su cuarto y le llevan la comunión. En un momento dado, llamó a S. Marie Michel, su enfermera: "Mi fiel Michel, me encuentro mal"...

9 de noviembre

Nuestra Madre comulga por primera vez en su butaca con el hábito blanco de enferma.

11 de noviembre

M. Marie Célestine envía una circular a las comunidades sobre la salud de la Madre María Eugenia.

Las circulares os han dado noticias de la salud de Nuestra Madre querida, pero siento la necesidad de venir a hablaros de ello, porque nuestros corazones están unidos a su alrededor y todas deseais tener todas las noticias. Gracias a Dios, está un poco mejor estos días y no tiene esos cansancios que tanto nos habían inquietado. El catarro está casi curado, y ha pasado muy buena noche. Esta mañana, ha comulgado de nuevo en su cuarto, y me parece que hay que seguir llevándole allí al Señor, porque tiene una gran dificultad para andar y para tenerse en pie. Hoy vengo más que a nada a reclamar vuestras insistentes oraciones por esta Madre tan querida a quien todo se lo debemos. Ha trabajado tanto por nosotras, ha hecho tanto bien a nuestras almas, que tenemos que procurar ahora devolverle algo por todo lo que nos ha dado. Por lo tanto, pongámonos en oración para obtener de Dios que esta salud, tan preciosa para nosotras, se mantenga aún mucho tiempo, y que derrame abundantes gracias sobre su tan hermosa alma que tanto ha hecho para la gloria de su nombre.

He pensado que podríamos hacer lo siguiente:

1º *Celebrar una misa en cada una de nuestras casas un día al mes por esa intención; ese día, todas las comuniones, oraciones y sacrificios hechos en esa casa serían por ella. (Os envió una lista para que cada casa sepa su día).*

2º *Cada casa hará una lista para que las Hermanas, por turno, ofrezcan por Nuestra Madre un día al mes la Santa comunión, el Oficio y todas sus oraciones y sacrificios.*

Habrás así una oración perpetua por ella en la Congregación, sin sobrecargaros, y ella, que tanto amó el Oficio tendrá hermanas que lo dirán en su nombre y sin cesar en cada casa.

2	L'Immaculée	12	St. Dizier	22	Roma
3	Lubeck	13	Niza	23	Boulouris
4	Richmond	14	Montpellier	24	Rouen
5	Nîmes	15	Madrid	25	Gênes
6	Londres	16	Ramsgate	26	Nicaragua
7	Burdeos	17	Cannes	27	San Salvador
8	Lyon	18	San Sebastián	28	Filipinas
9	Málaga	19	Sidmouth	29	Noviciado
10	Poitiers	20	Lourdes	30	Auteuil
				31	{ L'Immaculée { Lubeck

Les tendré al corriente de su estado muy a menudo, ya que comprendo lo preocupadas que deben estar. Por el momento no veo nada alarmante, pero pueden estar seguras de que les avisaré en cuanto se perciba el menor cambio, A su edad todo inquieta aunque su temperamento sea excelente, gracias a Dios... No puedo decirles cuánto nos edifica con su admirable virtud, siempre dulce, buena y paciente; no pide nunca nada, se deja hacer con la humilde confianza de un niño. Hay que adivinar lo que desea, no lo expresa jamás. Su día se pasa en oración: el rosario, el Via Crucis que hacemos juntas en su cuarto, la lectura espiritual que hace ella misma, ocupan todo su tiempo. Prefiere oírnos hablar junto a ella que hablar ella misma, y no se cansa nunca de bendecir a cada una de sus hijas que se le acerca. Espero que estos días pueda dar un paseo en su coche por el parque, siempre le sienta bien y el médico lo aconseja. Siempre está más débil cuando está unos días sin salir al jardín.

Por lo tanto, hasta pronto, querida Madre, porque pienso enviarle a menudo una palabrita, y cuente siempre con mi tierno afecto en Nuestro Señor.

S. M. Célestine del B. P
D.S.

13 de noviembre

Bautismo de Florence Fitz Gerald, escocesa de 23 años, antigua alumna.
M. Marie Célestine sustituye a la madrina.

14 de noviembre

Capítulo de M. Marie Célestine sobre el deseo del cielo, la oración por las almas del purgatorio, la aceptación de los sufrimientos aquí abajo.

15 de noviembre

El Padre Pernet visita a Nuestra Madre. Ésta llama a S. M. Philomena, tan enferma, pero que viene a hacer cada día con ella el Via Crucis. S. Marie Gérard, 85 años, va también cada día a la enfermería para ver a Nuestra Madre y para que la bendiga.

16 de noviembre de 1897

Comienzo del retiro de las alumnas, predicado por el Padre Thiriet, dominico.

24 de noviembre

Fiesta anticipada de Santa Catalina. A mediodía, comida de las niñas pobres que se vuelven a casa con provisiones. Más tarde, concierto de caridad a favor de antiguas alumnas desgraciadas.

27 de noviembre

Profesión de cinco hermanas, entre ellas S. Catherine del Rosario¹⁶ del Cap, que, la víspera, vino a pedirle a Nuestra Madre una bendición especial.

1 de diciembre

De una circular de Auteuil (M. Madeleine de Jesús)

Tengo que darles noticias de estos quince días; son buenas, gracias a Dios. Nuestra Madre querida ha salido de esa fea crisis que nos ha angustiado tanto. Ya no tose, pasa bien las noches, y ha podido reanudar los paseos en el jardín, en su cochecito, lo que siempre le gusta y le sienta bien. Pero está débil y cada vez necesita más ayuda para actuar. Su bondad nos gana el corazón, es tan dulce con todas las que se le acercan, con su Vicaria sobre todo. Se nota que ha volcado en ella todo el afecto que sentía por M. Thérèse Emmanuel y que se apoya con gusto en ella.

Ayer, preguntábamos a nuestra Madre qué virtud había que practicar durante el Adviento: a una le dijo que la humildad, a otra que la paciencia; cuando M. Marie Célestine le dijo: “Y yo, madrecita, ¿qué quiere Ud. que haga?”, Nuestra Madre, con una mirada por la que pasaba toda la ternura de su corazón, le dijo con fuerza: “Quiero que haga lo que ha hecho hasta ahora”. Ya comprenden todo lo que eso quería decir y lo que ha dicho al corazón de Nuestra querida Madre Vicaria, que rodea con tanta veneración y amor a Nuestra Madre amada. También ella, M. Marie Célestine, está asombrosamente bien después de estos meses de tan penosos sufrimientos. Ha vuelto a su vida activa y, con su

¹⁶ Catherine Quirk, nacida el 22 de julio de 1858 en el Cap, entrada el 24 de diciembre de 1875 en la comunidad del Cap, elegida Superiora en 1893, venida a Auteuil en 1896 permaneciendo en la Asunción (cf. Crónica 1896, p. 37-39), toma de hábito el 24 de noviembre de 1896, primeros votos el 27 de noviembre de 1897, votos perpetuos el 17 de abril de 1900 en Roma. Fallecida en Roma el 7 de enero de 1936.

palabra y ejemplo, nos arrastra siempre a correr con un paso más ligero en el camino de la perfección religiosa. Con gran alegría para nosotras, va a volver a hacer las instrucciones de la tarde, los miércoles y viernes a las 7 y ½. Dios quiera que aprovechemos bien tantas gracias como recibimos.

El retiro de las niñas ha sido un éxito; el P. Thiriet, dominico de Nancy, les ha mostrado la importante misión que Dios tiene reservada a la mujer cristiana y cómo, desde ahora, tienen que prepararse a ella.

6 de diciembre

Toma de hábito de dos hermanas. También asiste el Patronato, en primera fila. Nuestra Madre general ha escrito su nombre y una palabrita para varias Madres y Hermanas de diferentes casas. A una de ella le dice: “Le deseo paciencia”. A M. Marie Célestine le escribió: “La quiero” y puso su firma.

8 de diciembre

Profesión de S. Marie Ignace¹⁷ por el P. Roger, dominico.

8 ó 9 de diciembre

Nuestra Madre General ha pedido ver a Dom Logerot. Vino enseguida. Nuestra Madre le demostró su alegría al verle. Se confesó, recibió la absolución; después, Dom Logerot se puso de rodillas ante ella, le pidió la bendición, y ella se la dio.

El otro día, se encontraba débil y casi se cae. Dijo enseguida: “Mi Madre Vicaria”.

10 de diciembre

Las novicias preguntan a Nuestra Madre qué virtud deben cultivar – “La paciencia – ¿Cómo la adquirió Ud., Madre? – Meditando la Pasión de Nuestro Señor”.

Nuestra Madre habla cada vez con mayor dificultad, está somnolienta la mayor parte del tiempo, sufre, pero no pierde ni por un instante su paz, su dulzura, su deseo de agradar. Escribe estampas, distribuye flores de su ramo, llama a las hermanas por sus amistosos apodos.

Dom Logerot nos ha preparado para Navidad. Ha prometido a Nuestra Madre volver en marzo. “Si no he hecho ya el viaje al cielo”, le contestó. Después se volvió a M. Marie Célestine, con una expresión que decía: “Le hago sufrir”.

24 de diciembre

¹⁷ S. Marie Ignace de l'Enfant Jésus, Marie de Bizemont, nacida el 15 de enero de 1872 en Versailles, entrada el 1º de julio de 1894, toma de hábito el 21 de noviembre de 1894, primeros votos el 8 de diciembre de 1895, votos perpetuos el 8 de diciembre de 1897, fallecida el 1º de julio de 1925 en Andecy.

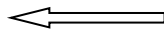
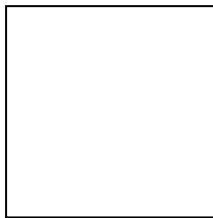
A M. Marie Madeleine, que le pregunta lo que tiene que llevarle al Niño Jesús, Nuestra Madre contesta: “El corazón de todas sus hijas”.

25 de diciembre

Por primera vez desde la fundación, Nuestra Madre no ha hecho la procesión del Niño Jesús. El año pasado, le dió mucha alegría llevar al Niño Jesús a su pesebre, apoyada en su Madre Vicaria.

Le han llevado un Niño Jesús a su cuarto cantando el Gloria. Durante la Misa del Gallo, la puerta de la tribuna estaba abierta. Nuestra Madre, toda vestida de blanco con un velo nuevo, esperaba con gozo que le llevaran la comunión. Fue a las tres de la mañana cuando ella y S. Marie Gérard, su compañera de enfermería, la recibieron. Deseó alegre y feliz Navidad en francés y en inglés. También hablaba alemán con S. M. Pascal, S. M. Leoncia. A las 9 y ½ de la mañana, asistía a la misa mayor.

|



Pintura en los claustros de Auteuil
Navidad (detalles)

1898

1 de enero

El Padre Picard viene a ver a Nuestra madre. “Le deseo las alegrías de la Navidad”, le dijo. Y ella contestó: “Las he tenido”.

Hablando de M. Marie Célestine: “Padre, tengo una Vicaria como no hay otra”.

A lo largo del día, las hermanas vienen junto a ella por pequeños grupos; va media hora a la sala de comunidad.

Las hermanas de Lubeck se unen a las de Auteuil; las niñas que se han quedado en Lubeck durante las vacaciones vendrán a Auteuil la tarde del 2, y las de Auteuil irán a Lubeck el 3.

Nuestra Madre le dice a una hermana que va todas las tardes para ayudarla en la cena: “Todo bien considerado, he descubierto que es Ud. muy... bonita”. Quizás quería decir: “gentil”.

Se le habla de su cercano santo: “¡Qué alegría!” – A cada instante, le salen del corazón bonitas palabras que S. Jeanne Marie pone de manifiesto.

5 de enero

De una circular de M. Marie Célestine

No sabemos lo que Dios nos tiene reservado este año, quizás la Cruz y sacrificios, pero ojalá pueda contar siempre con nuestra fidelidad y nuestra sumisión a su santa voluntad en todo, puesto que le pertenecemos por entero. Soy muy feliz de poderles decir que sus buenas oraciones por Nuestra Madre querida han sido escuchadas. Está mucho mejor desde hace un mes. Ha podido venir hasta la sala de comunidad a pie el día de Año Nuevo, con gran alegría para ella y para nosotras. Qué gran ejemplo de virtud vemos en ella. Imposible decirles cuánto nos edifica cada día por esa paciencia que no se desmiente nunca, ese abandono tan humilde y tan confiado en las manos de las que la cuidan, y esa perfecta aceptación de la voluntad de Dios en su estado.

La víspera de Navidad, le llevamos el Niño Jesús a su cuarto, era un deseo que había expresado con alegría cuando se lo propuse; ya entonces, parecía realizar del todo que ya no podría presidir ella misma las ceremonias, lo que había sido su alegría y su consuelo durante tantos años. Una expresión de dulce tristeza pasó por su rostro durante algunos minutos y, durante la noche, S. Marie Michel la oía decir: “Señor, que se haga tu voluntad”. Al día siguiente, se despertó dulce, alegre, feliz. El Niño Jesús le había hablado al corazón y ya no perdió esa expresión de alegría.

El día de Año Nuevo, cuando el P. Picard le deseaba las alegrías propias del tiempo: “Las he tenido”, contestó radiante.

Nuestra Madre habla poco, pero siempre tiene la palabra buena y justa. Le pregunté ayer si quería que le dijese algo al pequeño Rey de España, puesto que yo estaba escribiendo para la fiesta de Reyes: “Que le deseo que sobrepase a todos los soberanos de su raza”, me contestó.

Le dije el otro día: “Madre, mira Ud. mucho al Niño Jesús, ¿qué le dice en el fondo de su alma? Me miró con una sonrisa deliciosa y me dijo: “Cosas que no pueden repetirse”. En efecto, creo que le dice cosas inefables y que su alma tiene íntimas comunicaciones con Aquél a quien tanto ha amado. Él la ha separado de todo para que sea exclusivamente suya, y su alma parece gozar de una paz y de una felicidad íntima que nada podrá turbar. Las llevo conmigo cada vez que me acerco a ella, recibo su bendición en nombre de todas, y les deseo a todas que sean siempre dignas hijas de una tal Madre, y que sus virtudes sean imitadas por nosotras con amor y fidelidad.

7 de enero

Última visita de S. M. Philomena a Nuestra Madre que dice de su “cock sparrow”(pequeño gorrión, apodo que le da): “Se va de extenuación”.

9 de enero

Nuestra Madre va para bendecir a su “gorrioncillo” agonizante y muestra su gran dolor. Pero le dice a M. Marie Célestine: “Así acaban nuestras hermanas, en la paz”.

11 de enero

A las 11 de la noche, S. M. Philomena se duerme para despertarse en el cielo.

12 de enero

Nuestra Madre que iba todos los días a ver a su querida enferma, está muy triste. Reza sin parar repitiendo su nombre. No se le habla del entierro, pero a la noche pregunta. Entonces, M. Marie Madeleine de Jesús canta suavemente el “Sancta Mater” y el himno del Santo Nombre de Jesús. Nuestra Madre la escucha con emoción y ternura.

S. M. Michel le pregunta lo que desea para su santo. -“No deseo nada; tengo el corazón de todas mis hijas”.

16 de enero

Fiesta del Nombre de Jesús. Nuestra Madre recita de memoria las primeras vísperas de la fiesta y ha seguido la misa en su misal, sin gafas. Ha entristecido la fiesta la subida al cielo de S. M. Philomena, pero M. Marie Célestine ha mantenido la celebración pensando que pudiera ser la última. Nuestra Madre viene a la sala de comunidad donde se le prepara un pequeño trono. M. Marie Célestine ha leído una felicitación, repitiendo las palabras que Nuestra Madre había dicho antes de su fiesta sobre “el corazón de sus hijas”.

Madre,

Permítame a su pequeña Vicaria presentarle lo único que Ud. ha deseado para su fiesta, el corazón de todas sus hijas. Son suyos, llenos de fiel y tierno afecto hacia la mejor de las Madres. Lo sabe, Madre, y ese pensamiento es su alegría y su descanso. Pero ¿qué quiere Ud. hacer hoy con esos corazones? Lo sabemos bien, quiere reunirlos todos para ofrecerlos a ese Jesús al que tanto ha amado siempre y que festejamos hoy con Ud. Hace 58 años que le confió un rincón del terreno bendito de la Iglesia, el jardín de la Asunción. ¡Con qué solicitud lo ha plantado Ud., lo ha regado y cultivado desde entonces! Ha producido hermosas flores, este jardín, tan hermosas que Jesús, al mirarlas, no ha podido resistir sus encantos: ha extendido la mano y ha cogido algunas para su Paraíso... Pero ¿no las ha cultivado Ud. para Él?... Ha querido Ud. servirse de mi débil mano para ayudarla a mantener ese jardín del Esposo... ¡Oh Madre!, déjeme Ud. coger para mí las espinas, las inquietudes y los trabajos para pasarle a Ud. las rosas, y procurarle el descanso. Su confianza y su amor son recompensas mucho mayores que lo que pueda sufrir por Ud. Me había dicho que mi tarea era difícil, pero déjeme decirle lo que son sus hijas, la delicadeza

con la que me ayudan, el fervor con el que guardan sus enseñanzas, y lo que, de lejos como de cerca tratan de aligerar mi carga manteniendo el espíritu de obediencia y amor que Ud. imprimió en la Asunción.

Tiene sus manos alzadas al cielo como Moisés, Madre querida, y las bendiciones de Dios recaen sobre sus hijas. Sus oraciones nos obtendrán la victoria en los combates, su ejemplo estimula para practicar todas las virtudes.

Quédese siempre con nosotras, Madre querida, para completar la obra que Jesús le ha confiado, para ser la alegría y el consuelo de sus hijas.

La mesa estaba encuadrada por magníficas palmeras ofrecidas por Niza, y el trono, resguardado por dos elegantes cocoteros traídos de Cannes por M. Marie Arsène con un racimo de plátanos... Lourdes había enviado una preciosa manta de lana blanca de los Pirineos que ha gustado tanto a Nuestra Madre que no quería quitársela; pero se reserva para las visitas del Señor.

Nuestra Madre no ha hablado, las hermanas mayores la rodeaban; algunas hijas de María han sido admitidas para felicitarla y lo han hecho con una delicadeza emocionante. Nuestra Madre les ha hecho crucecitas en la frente y ellas le han besado la mano.

También el P. Picard ha venido a ver a Nuestra Madre.

La comunidad ha hecho muy poca cosa; se ha suprimido la representación y el recreo de las niñas.

Nuestra Madre ha desayunado en su despacho: será la última vez. Desde entonces, no va más allá del Noviciado del Smo. Sacramento, antiguo taller.

21 de enero

Antes de marcharse, M. Marie Arsène pide a Nuestra Madre una bendición para las hermanas de Cannes. – “Las bendigo a todas”.

23 de enero

Profesión de S. Amalia del Niño Jesús¹⁸ y de otra hermana. Nuestra Madre asiste a la Misa en la tribuna, muy amodorrada.

24 de enero

Visita del Padre Pernet.

27 de enero

Nuestra Madre trata de hablar y no puede articular, pero cuando se quedó sola, dijo: “Estoy en la impotencia”.

¹⁸ S. Amalia del Niño Jesús, Amalia Heredia, nacida el 4 de marzo de 1868 en Málaga, entrada el 26 de abril de 1896, toma de hábito el 18 de diciembre de 1896, primeros votos el 23 de enero de 1898, votos perpetuos el 19 de marzo del 1900. Fallecida el 28 de Junio de 1944 en San Sebastián.

Reza por S. M. Amanda,¹⁹ muy enferma, que ha ido en peregrinación a Lourdes.

M. Madeleine de Jesús viene a verla, y Nuestra Madre le dice: “El Cielo ha visitado la tierra”. Había comulgado por la mañana; era quizás una alusión.

Poco después, un telegrama anunciaba la curación milagrosa de S. Amanda: ¡M. Marie Célestine había pedido esa señal a S. M. Philomena cuando llegase al cielo!

29 de enero

Llegada de las viajeras de Lourdes, S. M. Amanda y su compañera, S. M. Angeles. S. Amanda viene corriendo a mostrarnos que, no solamente puede caminar sin bastón, sino también correr.

Nuestra Madre ha recibido a S. Amanda con alegría, llamándola por su nombre y comprendiéndolo todo. Pero tiene momentos de impotencia, empezando una palabra sin poder terminarla.

31 de enero

M. Louise Eugénie le trae a Nuestra Madre muchas estampas que toma y contempla.

De una circular de Auteuil (M. Madeleine de Jesús)

La serenidad, la paz, han establecido su morada en el alma de Nuestra Madre. Sin embargo, no hay que creer que no sienta su doloroso estado. ¡Esa hermosa inteligencia está reducida al silencio, pero qué elocuente es este silencio! Cómo nos predica todavía la adoración de los derechos de Dios y esa vida escondida en Dios con Cristo que se revelará en el gran día de la eternidad... Nuestra Madre querida es toda de su Bien-Amado, y Él es su todo más que nunca.

2 de febrero

Nuestra Madre lee la Epístola y el Evangelio sin gafas. Pregunta: “¿Y mi cirio?”. Por la tarde, escribe una estampa y se la da a S. Marie Candelaria por su santo. Por última vez, da la gran bendición de la noche a sus hijas. Parece que fueron sus últimas palabras inteligibles. La parálisis la invade de cada vez más.

12 de febrero

Nuestra Madre está muy amodorrada. M. Marie Célestine piensa en los últimos Sacramentos, por el temor de que Nuestra Madre se nos vaya.

¹⁹ S. M. Amanda de la Misericordia, María Casado, nacida el 17 de Octubre de 1866 en Nueva York, entrada el 15 de junio en Madrid, toma de hábito el 21 de noviembre de 1892, primeros votos el 21 de noviembre de 1893, votos perpetuos el 21 de noviembre de 1895 en Madrid. Fallecida el 11 de enero de 1956 en Madrid.

13 de febrero

M. Marie Eugénie recibe los Sacramentos de manos del Padre Picard. Antes de la ceremonia las hermanas se reunieron en la Sala Capitular para poder estar avisadas por M. Marie Célestine. Nos invita a la oración, a la generosidad frente al sacrificio: *¡Con qué delicadeza, con qué bondad, con qué misericordia nos viene avisando Dios desde hace tres años! Sabe que no se llevará este alma tan querida para Él si no es a través del corazón de sus hijas; retrasa siempre el momento para prepararnos mejor. Acordémonos en esta hora que tenemos que ser verdaderas hijas de Nuestra Madre por la adoración absoluta de la voluntad de Dios, el deseo de glorificarlo por el sacrificio y el olvido de nosotras mismas. Preparémonos a hacer ese don supremo con esa generosidad y esa fortaleza de alma que hemos visto en Nuestra Madre a la hora de todos los grandes sacrificios que Dios le ha pedido en su vida... Pidamos a Dios que la sostenga y la consuele. Démosle gracias también por habernos revelado esa hermosa alma... Ofrezcamos a Dios el corazón de todas las que no están aquí y permanezcamos unidas alrededor de Nuestra Madre querida; acuérdense de que representan junto a ella a toda la Congregación...*

... La ceremonia es grave y solemne; todo parece hablar del Cielo y se siente presente a M. Thérèse Emmanuel. Después, M. Marie Célestine se queda un momento sola junto a Nuestra Madre, le habla de Dios y le presenta el Crucifijo para que lo bese, ese crucifijo que ella tanto ama.

Al atardecer de ese día, Domingo 13 de Febrero

Circular de M. Marie Célestine

Esperan con ansiedad las noticias de hoy y vengo a dárselas a toda prisa. Ha sido un día lleno de emociones: nuestra tan querida Madre acaba de recibir los Sacramentos, que han aportado una sensible mejoría a su estado.

La última noche ha estado muy cansada, el sopor no la abandonaba y abundantes sudores mostraban su extrema debilidad. No viendo mejora esta mañana, envié inmediatamente el coche a buscar al R.P. Picard, y, mientras le esperaba, procuré preparar dulcemente a Nuestra Madre al pensamiento de recibir los Sacramentos. Me escuchó sin ninguna turbación. El P. Picard ha podido terminar la preparación y darle una absolución general. Nuestra Madre estaba tan despierta que hemos aprovechado para que reciba el Santo Viático y la Extremaunción. Su gran alma se quedó en paz y dulcemente entregada a la voluntad de Dios, y su rostro tenía la expresión de una alegría verdaderamente celestial.

Desde entonces, se ha producido una mejora muy sensible en Nuestra Madre; las Madres y yo la habíamos rodeado, y su mirada se posaba en ellas con amor.

Hacia la 1, Nuestra Madre ha podido comer con apetito, sonreía con una bondad indescriptible, y hace un momento cuando, hacia las 7, fui a darle las buenas noches, estaba en su cama, me acarició la cara con ternura y me apretó la mano; yo sentía que era un agradecimiento, y mi alma se deshacía en acción de gracias hacia Dios que lo ha conducido todo tan bien.

No les hablo de nuestros sentimientos en ese momento tan solemne, los comparten. Están con nosotras, con ella, y nuestra vida no es más que una oración continua para atraer abundantes gracias sobre la hermosa alma que amamos más que a nada en la tierra. Ahora tengo la esperanza de que Dios nos la dejará todavía algún tiempo si la mejora prosigue.

Toda vuestra, con tierno afecto.

14 de febrero

Nueva visita del P. Picard.

Visita también de M. Marie du Christ que ha suplicado a M. Marie Célestine que le deje ver a Nuestra Madre si su presencia no le iba a impresionar demasiado²⁰. Todo pasó bien. Nuestra Madre está maravillosamente pacificada.

15 de febrero

Nueva circular de M. Marie Célestine

La mejoría producida por los Sacramentos en el estado de nuestra querida Madre continúa, gracias a Dios. Esta mañana pudo comulgar y el día ha sido bueno, sin el sopor de los pasados. Pronunció el nombre de dos Hermanas mirándolas, lo que no había podido hacer desde hace cinco o seis días. Si no se produce ningún accidente, podría durar así algunas semanas. Es el resultado de tantas oraciones como se han hecho por ella.

M. Marie Marguerite llega de Londres esta tarde, con S. Marie Alphonse, de Richmond que no ha vuelto a ver a Nuestra Madre desde el 94. Espero que el viaje no canse a la querida M. Marie Marguerite porque ha estado bien enferma últimamente.

16 de febrero

Nuestra Madre ha pasado una buena noche, con un sueño pacífico y bastante seguido, pero parece algo más cansada que ayer. Ha estado con las dos Madres, sus queridas y antiguas hijas, las ha mirado un largo tiempo, pero sin poder articular palabra. Esta impotencia para hablar tiene que ser para ella un sufrimiento grande: sin embargo, está serena y apacible, sin sombra de fastidio.

²⁰ M. Marie du Christ, entonces Consejera general, había sido "prestada" al P. Picard "por un tiempo indeterminado" para ayudar en la formación de las Oblatas de la Asunción de París. Sobre esta visita de 1898, los archivos de los Asuncionistas conservan una carta de M. Marie du Christ al P. Picard. Nuestros Archivos tienen fotocopia.

Las llevo a todas en mi corazón cada vez que voy a verla y, cuando me bendice, también les bendice a Uds. Si pudiera ensanchar nuestros muros, sería para mí un consuelo verlas a todas a su alrededor. Pero comprendo su imposibilidad de dejar sus casas para un tiempo indefinido en este momento del año...

17 de febrero

Circular de M. Madeleine de Jesús

Si fuera posible, me gustaría hacerles vivir en Auteuil dándoles hasta los menores detalles de los que sus corazones están ávidos sobre nuestra tan querida Madre General. Acabo de darle el desayuno, estaba sentada en su butaca y parecía encontrarse verdaderamente bien. También el sueño es bueno desde el domingo; la noche ha sido tranquila y hubiera podido comulgar a las 7 al mismo tiempo que S. M. de la Providencia y S. M. Gérard; por desgracia se despertó un poco tarde. De todas maneras estaba muy presente y oyó la campanilla del Smo. Sacramento, hizo grandes señales de la cruz mirando a S. Marie Michel y, al acercarse ésta, le dió dos o tres golpecitos en la mano, como para reprocharle dulcemente que no la hubiera preparado para la Comunión. Se advirtió a M. Marie Célestine que tranquilizó a Nuestra Madre diciéndole que seguramente Nuestro Señor vendría a visitarla por la tarde.

Ahora que Nuestra Madre puede recibir la comunión como viático, el Capellán le traerá el Señor al mediodía, cuando no se lo hayan llevado por la mañana a las enfermas; así podrá recibirlo con mayor frecuencia. Querida Madre, la gran devoción de su vida, su breviario, tiene todavía la alegría y la ilusión de rezarlo, porque Nuestra Madre Vicaria va muchas veces a recitar las Horas menores junto a ella. Nuestra Madre tiene su Horae diurnae abierto delante, hace grandes señales de la cruz y de vez en cuando mira por dónde va su Vicaria para seguir mejor en su propio libro.

¡Si supieran Uds. la bondad tan delicada que esta Madre querida tiene para con las que la cuidan y la rodean! Ayer, una hermana joven había retirado demasiado pronto la silla sobre la que se apoyaba; la enfermera la reprendió, entonces Nuestra Madre le hizo enseguida una crucecita en la frente como para decirle: No se preocupe, ya sé que no lo ha hecho a propósito. No se puede decir bastante la veneración que rodea a Nuestra tan querida Madre; se disputa por tener el honor de servirla, de velarla durante la noche, ¡está tan santamente buena, es tan pródiga en caricias y bendiciones! M. Marie Célestine quisiera fotografiar a esta Madre querida en su butaca²¹. S. M. Dolores se ejercita en ello pero ¿llegaremos? Si véiseis qué fisonomía tan apacible tiene, como siempre la han conocido porque su rostro no ha cambiado... Estamos con ella todo el día, cada una a su hora: M. Louise Eugenie, por la mañana, le hace cortas lecturas; por la tarde, S. Louise Adelaïde le lee el Vía Crucis mientras que Nuestra

²¹ Existe, en efecto, una foto de M. Marie Eugénie en su butaca de enferma.

Madre con las manos juntas contempla las diferentes estaciones²² y se une desde el fondo de su alma a los sufrimientos de Jesucristo, su fuerza y su divino ejemplo.

A Dios, querida Madre, nunca hemos sentido tan fuerte la unión de nuestras almas en el amor de Nuestro Señor y de Nuestra Venerada Madre General.

Ese mismo 17 de febrero

Circular de M. Marie Célestine

Mis queridas Madres,

M. Madeleine les da detalladamente todas las noticias de Nuestra querida Madre, pero mi corazón me pide venir a descansar junto a Uds. Me atormenta el deseo de hacerlas venir para que vuelvan a ver a esta Madre amada; me pongo en el lugar de Uds. y pienso cuánto deben sufrir por encontrarse lejos de ella en este momento. He aquí lo que he pensado: a lo largo del año (1897) he procurado que vengan casi todas las Madres unas tras otras, precisamente a causa de este doloroso acontecimiento, para que tuvieran el consuelo de verla quizás por última vez. Algunas no han tenido esa dicha; si éstas encuentran medio de dejar sus casas, estaríamos felices de acogerlas, al menos unos días. Más tarde, si Dios nos sigue conservando a Nuestra Madre, las otras vendrían según el tiempo más o menos largo durante el cual han estado privadas de esta dicha. ¿Les parece bien? Si no, propónganme lo que vean mejor. Tengo un sólo deseo: procurarles tanto consuelo como las tristes circunstancias lo permiten. Escribanme lo que desean y lo que creen poder hacer. Si llegásemos a las vacaciones de Pascua, todo sería fácil, pero, por desgracia, no me atrevo a esperarlo.

Pobre Madre querida, lo que sentiríamos, es la fatiga que le produce el esfuerzo por reconocer a las que vienen a verla. Me pregunto si es prudente imponérselo. En fin, recemos a Dios y tratemos de hacer lo mejor.

Toda suya en Nuestro Señor

S. Marie Célestine del B. P.

D. S.

18 de febrero

Circular de M. Madeleine de Jesús

Mi querida Madre,

Por todos lados se reclama el parte de salud de Nuestra tan querida Madre. Vengo otra vez a hablarles de ella para responder a ese deseo. Su estado es estacionario desde el domingo; pero las fuerzas no vuelven y constatamos que Nuestra Madre reconoce cada vez menos, sobre todo a las que no tenía costumbre de ver junto a ella. Ni M. Marie Marguerite ni M. Marie Alphonse han

²² Este Via Crucis se conserva en los Archivos.

podido obtener de ella una sola palabra. De vez en cuando hace todavía cruces y pequeñas caricias, que antes prodigaba tanto, pero apenas nos atrevemos a pedirselas porque sentimos que necesita un esfuerzo heroico para levantar su pobre mano. Sus noches son mucho más tranquilas que antes; duerme hasta tres y cuatro horas sin despertarse; su rostro refleja la paz día y noche. Cuando entramos en su cuarto, sus grandes ojos nos siguen todavía con la mirada, pero se nota que ya no tiene fuerza para sonreírnos.

El amor al Oficio sobrevive a todo; ayer y hoy, aunque muy abatida, pudo seguir con la mirada las oraciones y responsos del Oficio del Smo. Sacramento y de la Pasión en el breviario de M. Marie Alphonse. Ha podido comulgar después de la Bendición hacia las 4 y ½, y después de su pequeña acción de gracias ha seguido muy bien el Via Crucis.

El Doctor Malhéné cree pasada la crisis, pero no puede responder de nada, una recaída es siempre de temer.

M. Marie Célestine me encarga que les diga que las tendremos al corriente de los menores incidentes. Por lo tanto, si no reciben nada, es que no hay nada nuevo.

Gracias por sus oraciones que sostienen a Nuestra Madre, y hacen a su Asunción tan unida y fuerte en esta hora dolorosa.

21 de febrero

Circular de M. Madeleine de Jesús

M. Marie Célestine hace hoy su retiro de mes y me encarga darles noticias. Son buenas, gracias a Dios; Nuestra Madre pasa noches excelentes y las fuerzas le vuelven: pero, aunque sus ojos estén menos cargados, aunque siga con la mirada lo que ocurre a su alrededor, es manifiesto que está menos consciente que antes, y que su rostro no refleja sentimiento alguno de su alma, sino la paz, una paz que nada turba ni altera. Cuando M. Marie Célestine recomendaba Nuestra querida Madre a S. M. Philomena antes de que ésta falleciese, pidiéndole que obtuviese de Dios que nos la dejase todavía, S. M. Philomena contestó: “Yo pediré para ella la paz”. También en eso sentimos que esta querida pequeña ha sido plenamente escuchada y que Nuestra Madre goza desde ahora de la paz de Dios; duerme y descansa en la fe, en la esperanza, en el amor del que tanto ha amado: “Domine, tu scis quia amo te”.

Ayer a las 7 Nuestro Señor visitó a Nuestra Madre. El día fue bueno, y esta mañana, después de una buena noche, parece muy descansada.

En todos nuestros conventos se hace como una cruzada de oraciones, es lo que sostiene a Nuestra tan querida Madre y le obtiene las gracias de paciencia que son la admiración de todas las que se le acercan.

27 de febrero

Circular de M. Marie Célestine

Mis muy queridas Madres,

No les he dicho nada estos días porque hay poco cambio en el estado de Nuestra querida Madre, pero no quiero dejarlas mucho tiempo sin una palabrita para tranquilizarlas. Sigue durmiendo tranquilamente y come bien, pero vemos que se debilita poco a poco; cada día, algún signo nuevo nos lo prueba. El movimiento de la mano para hacer una crucecita le cansa, y se ve que prefiere estar en la cama donde descansa mejor que en la butaca. Estos tres últimos días, ha tenido cada noche dolores de vientre bastante fuertes, pero los días son tranquilos, y no parece sufrir.

La palabra no le vuelve... es muy doloroso no tener nunca una palabra suya y no saber si capta del todo lo que se le dice. ¡Qué no daría yo por oírle decir mi nombre una vez más!... ¡Cuántos méritos debe ganar en este estado! Porque todo lo ha aceptado de antemano, y su heroica paciencia demuestra que su voluntad no ha dejado nunca de adherirse a la voluntad divina que siempre había adorado con admirable sumisión.

Las siento a todas aquí, a su alrededor, ayudándonos con sus oraciones y afecto; y cada vez que me bendice, pongo la intención de que sea también para Uds.

Otra vez gracias por sus encantadoras cartas; son todas tan buenas conmigo que me emocionan profundamente y las quiero muy tiernamente en Nuestro Señor.

S. M. Célestine del B. P.

27 de febrero

El Cardenal Richard, arzobispo de París, hace saber a M. Marie Célestine que vendrá a ver a Nuestra Madre mañana, Lunes 28 a las 4 y ½, con el Abate Odelin, nuestro Superior.

Este mismo día, visita de Dom Logerot, contada en una circular de M. Madeleine de Jesús, el 2 de marzo.

El domingo por la mañana, el Rvdo. Padre Dom Logerot ha llevado la comunión a Nuestra Madre, y M. Marie Marguerite ha tenido el consuelo (porque tiene mal un pie) de comulgar al lado de nuestra Madre. El momento de la Comunión es el

momento en el que Nuestra Madre parece más presente, se prepara para recibir a Nuestro Señor con su gran fe y hace después una larga acción de gracias. Durante la mañana, el R. P. Dom Logerot hace una corta visita a Nuestra Madre, a la que venera como el hijo más respetuoso a su madre; la habló de Dios, de las grandes gracias que había recibido desde su última visita y Nuestra Madre lo escuchaba con alegría; en varias ocasiones sus labios se movían, hubiera querido hablar, pero la impotencia estaba ahí y, como Jesús en su Pasión, Nuestra Madre se queda silenciosa y permanece sometida a la voluntad divina sin que un gesto de su rostro traicione la menor tristeza. Es el estado habitual de su alma. Y no es hoy cuando se ha establecido en ese estado. En 1847, ya escribía cartas admirables: aplastada por aquel entonces por sufrimientos, responsabilidades y por su propia impotencia, dicen la profunda paz que gusta meditando la palabra de Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena: “ Yo soy el que es, y tú la que no es”. Partiendo de ahí Nuestra Madre se alegra de su nada y encuentra en el ser de Dios el remedio a todos sus males. Y cuando leemos sus capítulos, ¿no les parece que nos entrega su alma? En 1876 al principio de la Cuaresma, hablando de la penitencia que nos conviene, decía: “ No hay que creer que se santificarán en la enfermedad. Mostrarán entonces la virtud adquirida en la salud. Pónganse pues a la obra, trabajen para adquirir la paciencia por la unión con Nuestro Señor Jesucristo en sus sufrimientos; quizás les envíe Dios lo que no pueden ni figurarse; pero si están unidas a Nuestro Señor, tendrán una paciencia, una fuerza que lo desafiará todo. Mediten por lo tanto la Pasión de Nuestro Señor, sacarán de ella ese amor ardiente que hace que se quiera sufrir con Jesucristo, que se quiere ser víctima y pasar con Él por las mayores humillaciones, por toda clase de sufrimientos; ese amor generoso que hará que no opongamos ni inquietudes, ni contradicciones, ni oposición a los caminos que la divina Providencia tenga para nosotras a lo largo de nuestra vida.”

¿No es eso lo que ha hecho Nuestra Madre? Y su paz, su dulzura, su inalterable paciencia de hoy ¿no son los frutos y la recompensa anticipada de su santidad?

28 de febrero

Visita del Cardenal Richard. Llevaba la cruz pectoral que su predecesor, Monseñor Affre, llevaba cuando fue mortalmente herido durante la Revolución de 1848.

Este recuerdo fue muy emocionante para Nuestra Madre y para todas las hermanas.

En una circular del 2 de marzo, M. Marie Célestine escribe:

Nuestra Madre ha sido siempre la hija sumisa y amante de la Santa Iglesia, y ésta, como una tierna madre, se complace en rodearla de las más delicadas atenciones. Ya la bendición del Santo Padre vino a alegrar su alma después de

la recepción de los Sacramentos. El sábado pasado, era el Cardenal Langénieux, amigo tan fiel de Nuestra Madre y de la Asunción el que enviaba su bendición en los términos más emocionantes. “Se une de corazón, dice, a las angustias de sus queridas hijas de la Asunción y les promete sus oraciones por la venerada moribunda cuya gloria será muy grande tras una vida tan larga, tanto bien hecho y las excelentes obras llevadas a cabo para el servicio de Dios. Las bendice a todas con el afecto más fraterno. Les da cita en el Memento de la Misa”.

El lunes pasado, era el Cardenal Richard el que quiso venir en persona a darle su bendición y a hablarle del cielo. Su paternal bondad para con Nuestra Madre fue conmovedora, y mientras que le hablaba del Cielo, nuestros corazones se emocionaban al ver a esos dos venerables ancianos, con la santidad impresa en su rostro y las manos llenas de excelentes obras hechas por Dios durante tantos años de servicio fiel. – El Cardenal puede ocuparse todavía de sus obras con un celo infatigable, gastando sin medir las fuerzas que Dios le conserva tan maravillosamente, por la gloria de Dios y el bien de las almas. Y Nuestra Madre, reducida a ese estado de impotencia, de misterioso silencio, ¿acaso no hace otro tanto por Dios y por las almas con esa sumisión heroica a la santa voluntad de Dios a quien todo su ser está entregado? En presencia de esas dos santas almas nos sentíamos como en un santuario.

Al despedirse de Nuestra Madre, Su Eminencia le dio su cruz a besar, diciéndole que había pertenecido a Monseñor Affre. Estábamos todas emocionadas viéndola besar al final de su vida, la cruz del que había consagrado los comienzos de su vida religiosa al Señor... Nuestra Madre miró mucho a Su Eminencia y tuvo el consuelo sensible de verlo; por desgracia, no pudo decirle una sola palabra.

Una circular de M. Madeleine relata el encuentro del Cardenal con la comunidad en el parloir: habla de la Madre María Eugenia, de las parroquias de París, de las vocaciones, y termina: “Vamos, queridas hijas, continúen su gran obra de educación; para eso las fundó su venerada Madre, respondan a sus esperanzas, santifíquense y recen por mí”.

1º de marzo

Nueva visita de Dom Logerot. Nuestra Madre lo mira largamente en silencio.

2 de marzo

Nuestra Madre, muy presente, se ríe de buena gana del acento de sus enfermeras (2 alemanas y 1 irlandesa).

3 de marzo

Visita de Dom Logerot que lleva la comunión a Nuestra Madre.

4 de marzo

Muchas visitas de hermanas. Nuestra Madre hace señas de que no se cansa. Siempre está muy presente en las estaciones del Vía Crucis que se hace cada día junto a ella.

6 de marzo

Capítulo de M. Marie Célestine sobre el Evangelio de la Transfiguración; insiste en la perseverancia en seguir a Nuestro Señor y recomienda la fidelidad, el espíritu de oración y de contemplación, la generosidad.

La misma tarde, Nuestra Madre traga con mucha dificultad. Hay que acostarla enseguida. Vuelve entonces su semblante pacífico. Pero al día siguiente, experimenta la misma dificultad.

7 de marzo

Circular de M. Marie Célestine

*Mis muy queridas Madres y Hermanas,
Vengo de nuevo a darles noticias de Nuestra tan querida Madre, pero esta vez, estoy más preocupada que de costumbre, se debilita mucho, y cada día constatamos un cambio que nos angustia. Hoy, después de la cena, tuvo un momento de gran fatiga, respiraba con dificultad, parecía una especie de asfixia. La metimos enseguida en la cama donde se rehizo poco a poco; en este momento duerme tranquila. Por desgracia no podemos hacernos ilusiones, el final se acerca poquito a poco, puede durar unos días todavía, como puede escapársenos de un momento a otro. Sigue viviendo a fuerza de cuidados y gracias a su energía. Emociona verla tomar todo lo que se le da, a pesar del esfuerzo que le cuesta; es dócil como un cordero y jamás deja ver que está fastidiada, sino al contrario. Nuestras oraciones van a redoblar en torno a ella ¿verdad? Esta Madre admirable va a encontrar a sus hijas tiernamente amantes a su alrededor en este solemne momento, porque todas están aquí con nosotras y no hay más que la oración que le pueda llegar ahora, ya que las cosas externas no parecen existir.*

8 de marzo

Circular de M. Marie Célestine

*Mi muy querida Madre,
Esperan con ansiedad las noticias de hoy, y vengo a dárselas enseguida. Desgraciadamente no son mejores que las de ayer; Nuestra querida Madre se va debilitando sensiblemente, y no podemos hacernos ilusiones: la tenemos ya por poco tiempo entre nosotras. ¡Con que corazón tan desgarrado les digo estas palabras! Pero les debo toda la verdad y Uds. desean saberla. Ya no puede toser y la respiración es trabajosa y resulta penosa escucharla, pero ella*

permanece muy tranquila, sosegada, sin muestras de sufrimiento. Anoche pasamos un rato de gran inquietud; después de haber tomado un poco de sopa, pasó un mal momento, pero se calmó y ha podido dormir bastante bien toda la noche. Ha podido comulgar esta mañana, era maravilloso verla tan presente a lo que hacía, se la volvió a ver en ese momento de un modo verdaderamente milagroso, recibió la Hostia Santa con gran devoción, tragando sin dificultad. Desde entonces no puede abrir la boca y no toma más que líquidos en sorbos muy pequeños. Ya no vive sino para las cosas sobrenaturales, M. Marie Marguerite nos decía esta mañana: “¡Dios la quiere ya para Él sólo!”. Es muy verdad, no vuelve a ser ella misma sino para las cosas de Dios, lo demás parece no existir para ella.

En su cuarto se respiran paz y vida sobrenatural, no se va allí más que para rezar y para mirar con devoción esa hermosa figura tan pacífica y tan dulce. Nos mira y aprieta un poco la mano que se le tiende, y nada más. Sentimos a M. Thérèse Emmanuel a su lado, ayudando y dando ánimos a la que siempre había querido con tanta fidelidad. ¡Cuántas gracias debe obtenerle en esta hora solemne! Su corazón debe estar repartido entre la alegría de tenerla pronto con ella y el dolor de ver huérfanas a sus hijas, hijas de las dos.

Hasta mañana, muy querida Madre, ahora tendrán noticias todos los días, y comprendo perfectamente cómo las desean.

Toda suya en Nuestro Señor.

S. Marie Célestine del B. P.

D.S.

Ese mismo día, 8 de marzo, Nuestra Madre contempló muchas estampas, preciosos recuerdos guardados para las casas. A la 1 y ½ se hizo con ella el Via Crucis que siguió hasta el final, mirando cada estación con la devoción que le conocemos. En un momento dado, miró fijamente a M. Marie Célestine y, con su mano en la suya, quería sin duda hablarle, confiarle su obra. Todo el mundo se retiró, pensando que quizás Nuestra Madre pudiera expresar una palabra, un deseo a su Madre Vicaria. Por desgracia, no fue así. Se miraron mutuamente mucho tiempo, se comprendieron. Después de esto, la debilidad se acentuó. Pero el Doctor Malhéné aseguró que a menos de una crisis súbita, Nuestra Madre pasaría la noche.

9 de marzo

Circular de M. Madeleine de Jesús

Mi querida Madre,

Las sentimos junto a nosotras rodeando a Nuestra Madre querida de oraciones y sacrificios, y seguro que es a lo que se debe la paz que inunda su gran alma, que irradia en su rostro, y hace de su lecho de agonía un lugar de reposo y un santuario en el que todas nos sentimos muy cerca del Cielo. El día de ayer fue

penoso a causa de un estertor que nos hacía temer la noche. Hacia las 7 y ½, el Capellán vino a dar a Nuestra Madre, con la santa absolución, la indulgencia de la buena muerte; recitó junto a ella las oraciones de la recomendación que volvimos a rezar en el Coro después de Maitines. Supongo que son estas oraciones las que aliviaron a Nuestra Madre ya que, contrariamente a lo previsto, la respiración se volvió tranquila y, a partir de las 10 y ½, esta Madre querida se durmió con el más dulce de los sueños.

Esta mañana a las 5 y ½, la seguí encontrando tranquila, y cuando después de la Misa la rodearon las Madres, abrió los ojos, posó su mirada sobre nosotras con una gran sonrisa mientras que M. Marie Célestine le decía: “Madre querida, son sus hijas las que la rodean y rezan por Ud.” A las 8 y ½ de la mañana, su respiración se volvió de repente tan débil que creímos que se nos iba; se dijeron otra vez las oraciones, después el rosario, y la respiración volvió a ser buena. Hacia las 10, Nuestra Madre abrió de nuevo los ojos, y viendo M. Marie Célestine que tragaba bien todavía y que estaba tan presente, le preguntó si quería recibir la visita del Señor. Inmediatamente Nuestra Madre, que tenía en su mano la de su Vicaria, se la apretó de un modo significativo varias veces... Se preparó el altar y fuimos todas en procesión a buscar al Dios que alegra la juventud y que quería, una vez más con su presencia, alegrar, consolar y fortalecer a la que le ha amado tanto durante los días de su peregrinación y que ha trabajado tanto por su gloria. M. Marie Célestine leyó la fórmula de los votos y preparó a Nuestra Madre para la Santa Comunión que recibió con toda su presencia de espíritu. Gracias a Dios, la partícula de las Santas Especies pasó sin dificultad, y Nuestra Madre hizo su acción de gracias a la que nos unimos, mientras que M. Marie Célestine y M. Marie Marguerite, como dos ángeles adoradores, permanecían de rodillas junto a Nuestra Madre.

¡Oh! ¡Qué adorable es Dios en su bondad para con Nuestra Madre! Jamás lo bendeciremos bastante por la paz con que la inunda y que se deja sentir tan profundamente en nuestras almas. Jamás un movimiento penoso ni una contracción en el rostro de Nuestra Madre, dormita como un niño en los brazos de su madre; y cuando despierta de su sueño, es para sonreír bondadosamente a las que la rodean, sobre todo a su Vicaria de la que siempre reconoce la voz, que sus ojos buscan con ternura, y cuya mano tiene sin cesar en la suya. Se siente que quisiera hablar en algunos momentos, por desgracia ya no puede, y esa voz tan querida que tanto nos ha enseñado, tanto nos ha exhortado, tanto nos ha consolado, ¡ya no la oiremos hasta el cielo!

A Dios, querida Madre, hasta pronto, y créame más suya que nunca en Nuestro Señor.

S. Madeleine de Jesús.

9 de marzo

Nuestra Madre ha podido comulgar todavía esta mañana. Al comienzo de la tarde, se vuelve a hacer el Via Crucis junto a ella y se une, abriendo los ojos de vez en cuando y sonriendo.

S. M. Gonzague llega por la tarde y Nuestra Madre la reconoce²³. El Padre Picard da una última absolución a Nuestra Madre a las 17 h.; intenta hacer la señal de la cruz. Todo es paz y serenidad.

Jueves 10 de marzo

Hacia la 1 de la madrugada, las hermanas que velan a Nuestra Madre ven un cambio en su cara. El pulso es bueno todavía, pero pronto se produce un nuevo cambio. Lllaman a M. Marie Célestine y a las otras Madres. S. Marie Pascal despierta a las hermanas antiguas en las celdas. Todo el mundo llega a tiempo para rezar en torno a ese lecho de agonía. Las oraciones por los agonizantes se hicieron la víspera, a las 7 y ½ por el Capellán que había venido a dar una última absolución a Nuestra Madre. Después de Maitines se vuelven a rezar; la oración no se interrumpió un solo instante, y se hacía más intensa al paso del tiempo.

Después de la oración "Anima Christi" es cuando Nuestra Madre rindió el último suspiro, casi imperceptible, en una gran serenidad.

Anima Christi, sanctifica me.

Corpus Christi, salva me.

Sanguis Christi, inebria me.

Aqua lateris Christi, lava me.

Passio Christi, confortame.

O bone Jesu, exaudi me.

Intra tua vulnera, absconde me.

Ne permitas me separari a te.

Ab hoste maligno, defende me.

In horae mortis meae, voca me.

Et jube me venire ad te,

Ut cum sanctis tuis laudem te

In saecula saeculorum.

Amen.



²³ S. Marie Gonzague es la única de las primeras hermanas que vive todavía.

S.M. Thérèse murió en 1882, M. Thérèse Emmanuel en 1888, S. M. Augustine en 1895. En cuanto a S. M. Joseph, entrada en 1840 como S. M. Gonzague, fue la primera que falleció, el 29 de junio de 1843, antes de su profesión perpetua. S. M. Gonzague morirá en 1907.

Auteuil, 10 de marzo de 1898

Circular de M. Marie Célestine

Muy queridas Madres y Hermanas,

El telegrama de esta mañana les comunicó que Nuestra Madre querida nos ha dejado para irse al Cielo, y sus corazones tienen sed de conocer los últimos detalles. Vengo a dárselos hoy en pocas palabras, porque demasiado lo comprenden, ¡es difícil hablar y también escribir en este momento!...

Su final ha sido digno, tranquilo, grande como su alma. ¡Oh! Así es como debe morir una Fundadora. Si no hemos tenido el consuelo de oír su voz antes de su partida, todo su ser ha sido una enseñanza hasta el final. La sumisión acostumbrada de su alma a la santa voluntad de Dios se puso de manifiesto de nuevo en su actitud frente a la muerte; ¡ni una contracción de su cara, ni un movimiento que traicionara otro deseo que el de Dios! Nunca se ha visto un final tan dulce, estábamos todas a su alrededor, rezando con todo el fervor que el amor filial sabe inspirar, y si nuestros ojos no hubieran estado fijos en esos rasgos tan amados, no habiéramos adivinado el último suspiro, de tal manera su alma se ha entregado dulcemente a la llamada del Esposo. ¡Qué hora tan solemne! Nuestros corazones estaban destrozados, pero se extendió en torno a ella un sentimiento de paz y de tranquilidad, estábamos en un santuario en el que el alma de Nuestra Madre se ha encontrado con su Dios, y sentíamos en lo más íntimo del alma todo lo que este encuentro tenía de grande para ella y para nosotras. Después de las oraciones por el reposo de su alma, cada una se acercó a besar en un respetuoso silencio esa venerable mano que tantas veces había bendecido a sus hijas y a encomendarse a sus oraciones ahora tan poderosas. Ella no olvidará a las que deja huérfanas, será más madre que nunca ahora que está unida al Amor Eterno; lo único que nos faltará es su presencia visible, porque ¿quién puede dudarlo? Permanece con nosotras y vela por nosotras invisiblemente.

¿Necesito prescribirlas oraciones por ella? Ciertamente que no. Brotan de sus corazones y no cesarán mientras vivamos; pero para estar unidas en eso como en todo, vengo a sugerirles lo siguiente:

1. *Cada Casa mandará decir las 30 Misas de San Gregorio y escogerá un día para celebrar unas exequias solemnes.*
2. *Durante nueve días, rezaremos en el Coro un Nocturno de los maitines de Difuntos, como está indicado en el Breviario.*
3. *Cada Hermana hará, también durante nueve días, el Via Crucis y ofrecerá sus Comuniones, oraciones y sacrificios por esa intención.*

En medio de nuestro inmenso dolor, sepamos agradecer a Dios todo lo que ha hecho en esta gran alma durante toda su vida y sobre todo en la hora de su muerte, en la que se han derramado sobre ella gracias tan abundantes. Su final ha sido digno de los santos fundadores de Órdenes y se pareció al de los Patriarcas rodeados de su numerosa familia.

Pronto tendrán todos los detalles, yo les digo solamente una palabra, y Uds. adivinan el resto.

Estoy con Uds. de todo corazón y he procurado sustituirlas junto a Nuestra Madre querida. Si no lo he hecho mejor, es porque no he sabido, porque deseaba en sumo grado actuar según los deseos de Uds.

*Toda suya en Nuestros Señor,
S. Marie Célestine du B. P.
D. S.*

Nuestra querida Madre está ahí, en su lecho de muerte, tan apacible que parece dormir; está expuesta en el Parloir de los paisajes, que hemos revestido de blanco como capilla ardiente.

S. Marie Michèle se da cuenta de que el reloj de Nuestra Madre se ha parado en el momento preciso de su muerte. Un árbol grande cercano a la gruta se ha caído en la mañana del 10 de marzo. Nuestra Madre había dicho mirándolo: "Se inclina mucho, se caerá pronto... ese árbol vivirá quizás tanto tiempo como yo". Y también la fiel burrita, Nonotte, que llevaba el cochecito de Nuestra Madre por el jardín durante el último año, cayó igualmente el día de su muerte.

12 de marzo

Circular de M. Madeleine de Jesús

*Mi querida Madre, Hermanas mías,
M. Marie Célestine me dice que les escriba, su corazón está demasiado destrozado para hacerlo, pero piensa en cada una de Uds. Todas estaban aquí durante estos días de dolor, inolvidables, pero repletos de gracias y de esperanzas inmortales, las llevábamos a todas en nuestros corazones y ¡nos sentíamos delegadas por Uds. junto a Nuestra venerada Madre General! Cuánto siento no poderles enviar algo de la paz celestial que se respiraba a su*

lado. Nuestra pequeña S. M. Philomena había dicho que pediría esa gracia para Nuestra Madre. ¡Y cómo la ha obtenido!

Desde la mañana del jueves, bajamos a Nuestra madre al parloir de los paisajes enteramente revestido de blanco y transformado en capilla ardiente. La cama estaba adosada a la pared de la capilla; un crucifijo sobre ella, y enfrente, sobre la chimenea, una gran estatua de la Sma. Virgen con el Niño Jesús en sus brazos. Era un verdadero santuario; solamente se podía entrar por la capilla o por la sacristía. Durante estos dos días, no puedo decirles cuánta ha sido la piadosa afluencia de sacerdotes, religiosos, religiosas, amigos, antiguas alumnas, que se han sucedido ahí para rezar y para tocar con rosarios, medallas, estampas, las manos de Nuestra Venerada Madre. Todo discurría en silencio y paz, nada turbaba el recogimiento. Nuestra Madre querida parecía dormir y con veinte años menos; sus rasgos, suavizados por la muerte, eran de una majestad imponente.²⁴ El color, las manos, los pies, conservaron una apariencia de vida y una sorprendente flexibilidad hasta el fin.

Nuestro Señor, que ha prometido exaltar a los humildes, envió providencialmente a un Príncipe de la Iglesia para realzar la pompa de los funerales de Nuestra Madre, Su Eminencia el Cardenal de Reims, de paso por París. Al enterarse de nuestro gran dolor, tuvo el delicado pensamiento de venir a consolarnos y a rezar junto a Nuestra Madre General. Ayer viernes, a las 4, le rindió un último homenaje. Su Eminencia vino después a bendecir a la comunidad reunida a toda prisa en el gran parloir. Su Eminencia nos dijo unas palabras muy sentidas que voy a tratar de enviarles, en las que se revelan su veneración hacia Nuestra Madre, su amor a la Congregación y su elevada idea de la vida religiosa que resume entera en la palabra de San Pablo: “Vivo, pero ya no vivo yo, sino que es Jesucristo el que vive en mí”. Al marcharse, Monseñor prometió a M. Marie Célestine venir a presidir la ceremonia del día siguiente. Ya comprenderán nuestro agradecimiento.

Ayer, a lo largo del día, se preparó la capilla; estaba enteramente revestida de lana blanca, el drapeado graciosamente levantado en cada columna que dominaba una magnífica palmera. El sitial de Nuestra Madre querida estaba bajo un baldaquino, también blanco, sobre el que destacaban dos palmas verdes, regalo de Cannes; y sobre el reclinitorio, el Breviario de Nuestra Madre, su fiel amigo, colocado ahí como para decirnos: Sean verdaderas hijas mías,

²⁴ Una señora antigua de Auteuil, la Generala Guitry, fallecida en 1973, hija y nieta de antiguas alumnas, estaba interna en “el Convento” cuando murió la Madre María Eugenia. Recordaba la visita que había hecho con las pequeñas al lecho de muerte de Nuestra Madre Fundadora. A todas les había maravillado su belleza, decía, que contrastaba con lo que habían visto de ella cuando se paseaba por el jardín. “¡Qué bella está! - ¡Pero no es de extrañar puesto que es santa!”.

saquen siempre de la Sagrada Liturgia el alimento fuerte y suave que necesitan sus almas; encuentren en ella a Jesucristo para vivir de su vida y de todos sus misterios. No pueden imaginarse nada más puro y más virginal que la capilla decorada así por nuestras Hermanas. Esperábamos que Nuestra querida Madre pudiera pasar allí su última noche; no ha sido posible, pero estaba tan cerca del Tabernáculo... La rodeábamos muchas, ¡teníamos tantas cosas que decirle! ¡Cuántas promesas sagradas habrá recibido! ¡ Ojalá pueda ayudarnos a cumplirlas con fidelidad!

Esta mañana a las 8, después de la segunda Misa, hemos ido a buscar en procesión a Nuestra Madre. El Rdo. Padre Dom Logerot, que ha venido a participar en nuestro duelo, ha presidido el levantamiento del cuerpo. De todos lados llegaban flores, y M. Marie Célestine, temiendo ir en contra de los deseos del Cardenal, quiso conocer su pensamiento y saber si aprobaba que se rodease a Nuestra Madre de esas flores de Dios que tanto le gustaban. Su Eminencia contestó que era bueno hacerlo porque las flores eran un adorno virginal. Con esa opinión, hemos depositado alrededor de sus restos las incontables cruces y coronas que amigos y alumnas habían enviado. Pero muchas de nuestras Hijas de María de fuera, han tenido la idea mejor de juntar sus ofrendas para encargar Misas, y también para revestir los muros de la capillita en la que reposará Nuestra Madre con placas de mármol blanco, en las cuales grabarán los testimonios de su respetuoso amor y de su agradecimiento.

A las 9, hemos empezado el Oficio de Difuntos, casi no cabían en el coro las tres comunidades de Auteuil, la Inmaculada, Lubeck. Al lado de M. Marie Célestine estaba M. Marie Marguerite, seguían las Madres de las tres casas de París y las de Richmond, Saint Dizier, Reims, Boulerie, Lyon, Burdeos, Poitiers, Rouen, que por razón de menor distancia habían podido llegar a tiempo para dar un último testimonio de piedad filial a Nuestra Madre en nombre de toda la Congregación.

A las 10, Su Eminencia el Cardenal de Reims ocupó el estrado revestido de violeta preparado para él. Lo acompañaba el Abate Landrieux. A la derecha del estrado estaba el Abate Odelin, vicario general y Superior nuestro. El santo Cardenal de París, al que representaba, había celebrado su Misa esa misma mañana por el eterno descanso del alma de Nuestra querida Madre. Luego estaban el Padre Picard, acompañado de los Padres Pernet, Bailly, Jean Emmanuel, Octave, etc. Dos Padres de la Asunción hicieron de diácono y subdiácono y varios novicios de Livry desempeñaron otras funciones con gran recogimiento. El Capellán de Auteuil, muchos Abates y Sacerdotes de París, numerosos religiosos de todas las Órdenes llenaban una parte del presbiterio por los dos lados, delegadas de religiosas de todas las Comunidades ocupaban tres filas a los dos lados de la tribuna. Solamente habían sido convocados los

amigos íntimos y, a pesar de ello, la afluencia fue enorme: todas las generaciones de antiguas alumnas estaban representadas. La capilla de extranjeros, la nave de la derecha, la capilla de la Virgen, el coro, todo estaba lleno; el silencio y el recogimiento eran profundos. En verdad, no era algo de la tierra. La Misa gregoriana estuvo bien cantada, después de la Elevación un "Pie Jesu" de Gounod nos dio la ilusión de habernos transportado un instante, nosotras también al pie del trono del Cordero y oyendo allí las voces de los Ángeles que le recordaban su Sangre derramada por nosotros y reclamaban misericordia para nosotros.

Su Eminencia el Cardenal de Reims pidió al P. Odelin que diera la última absolución y se acercó el primero para la aspersion del agua bendita; le siguió el clero y luego fue nuestro turno: M. Marie Célestine se adelantó sola, después Madres y Hermanas de dos en dos formaron una doble fila. Siguieron las Hijas de María y la numerosa asistencia; era casi el mediodía cuando hemos llevado a Nuestra querida Madre a su última mansión. Niñas y personas de fuera estaban en las grandes avenidas del bosque, las Hermanas rodeaban la Capilla; el Capellán de Auteuil cantó el Libera asistido por los Padres de la Asunción. Ha sido una hora dolorosa, pero mil veces menos dolorosa porque la conservamos cerca de nosotras. Dios nos ha sostenido. Hemos podido arrodillarnos una tras otra sobre la piedra de la tumba entreabierto, y rezar un momento ante los dos féretros que guardan los restos mortales de nuestras Madres (hasta el día de la feliz resurrección). ¡Nos parecía ver estremecerse de alegría los preciados restos de Nuestra santa Madre Thérèse Emmanuel al acercarse Nuestra Madre! ¡Unidas en la vida y en la muerte, lo están para la eternidad, ahora que las dos han entrado en el gozo del Señor después de haberle servido tan valerosamente, tan únicamente amado!. ¡Ah! Si nos hubiera sido dado levantar un poco el gran velo del cielo y asistir a ese reencuentro de Nuestras Madres en el umbral del Paraíso!

Cuántas Hermanas estaban ahí, con M. Thérèse Emmanuel para festejar la entrada en la gloria de Nuestra Venerada Madre. Por lo menos doscientas²⁵, e incluso el miércoles pasado (9 de marzo) se nos iba desde Nice, alegre mensajera de Nuestra Señora de la Consolación, S. Louise Stanislas²⁶, para llevar a nuestras Hermanas de allá arriba la buena noticia, como en 1888 S. Claire Agnès²⁷ había sido la adelantada de M. Thérèse Emmanuel en el Paraíso. Que estas queridas Hermanas del Cielo atraigan cada vez más nuestros corazones hacia la patria, para que sepamos mantener nuestra Asunción tan hermosa, tan grande y tan santa como nuestras Madres la hicieron.

²⁵ En realidad, 209 hermanas fallecieron antes que la Madre María Eugenia.

²⁶ S. Louise Stanislas de la Sma. Virgen, Camille Bonardet, fallecida a los 37 años.

²⁷ S. Claire Agnès de Bethléem, Ada Kew (inglesa), fallecida a los 31 años en Auteuil, el 2 de mayo de 1888.

¿Qué decirles de Nuestra querida Madre Célestine? Ya la conocen, y comprenden la profundidad de su dolor, pero la sostiene una fuerza divina, y en pie como la Sma. Virgen en el Calvario, no ha tenido un instante de debilidad. Todo lo que la piedad filial, el respeto más tierno, la delicadeza más exquisita puede inspirar a un corazón, se ha encontrado en el suyo para rodear a Nuestra Madre querida, como cada una de nosotras lo hubiera querido hacer. Jamás lo olvidaremos y es un motivo más para nuestra acción de gracias a Dios en medio de nuestras lágrimas.

Se habrán emocionado, como nosotras, leyendo el viernes el Oficio del Santo Sudario y la liturgia de la feria; todo estaba en armonía con nuestros sentimientos: el Introito "Humiliavit semetipsum" convenía de verdad al estado de enfermedad, de debilidad, de impotencia por el que Dios ha querido que pase Nuestra Madre tan querida, y para ella, como para Jesús, la humillación ha sido el camino para la gloria. Le ha dado un nombre sobre cualquier nombre de la tierra. Ella es la que por la voz del salmo parecía decirnos: "Satiabor cum apparuerit gloria tua"²⁸. Y hasta ese "Misericordias Domini" que Dios había colocado ahí para infundir más esperanza en el corazón de M. Marie Célestine y decirnos que de generación en generación nuestra Asunción sería del Señor y cantaríamos sus alabanzas.

Pensamos tener un segundo servicio solemne este mismo mes para los numerosos amigos que no han podido asistir al primero... ¡Ah! ¡si tuviéramos una capilla!²⁹. En circunstancias como ésta es cuando se siente su necesidad. Que Nuestra Madre nos obtenga para Francia una era de paz y de verdadera libertad.

A Dios, Muy Querida madre, ya conoce mi tierno y entregado respeto en Nuestro Señor.

S. Madeleine de Jesús.

²⁸ "Me saciaré cuando aparezca tu gloria". Salmo 17 (16).

²⁹ La capilla prevista para el Monasterio no se construyó nunca, y el salón de baile del castillo de La Thuilerie había sido transformado en capilla. (Cf. Origines III, Capítulo XVII).

Anexo a la circular de M. Madeleine de Jésus³⁰

Del Cardenal Langénieux, Obispo de Reims, a la Comunidad – 11 de marzo de 1898

Las encuentro hoy en el dolor y vengo a tomar parte en él, porque soy uno de los amigos más antiguos de la Asunción, y tengo siempre un sentimiento de paternidad profundo y fiel hacia su Congregación y hacia su Madre General que Dios llama a Él para coronar sus méritos. Su alma tan grande, pese a lo que el mundo podía prometerle, se entregó a Dios desde su juventud, enteramente, sin reservas, con generosidad, ha crecido en medio de bendiciones que con frecuencia han sido cruces, y no les engañaré al decirles que sean generosas como ella lo fue siempre.

Esta hora importante en la que su fundadora ha ocupado su lugar en el cielo, tiene que estar marcada para Uds. por un aumento de fervor, de buena voluntad y de confianza. Empieza una era nueva para su Congregación; les toca desarrollar la obra de su Madre y transmitir a las generaciones su espíritu y sus enseñanzas.

Hoy nueve sobre diez de Uds. no me conocen, pero he sido su Superior; y con mucho trabajo en aquella época, lo fui más en deseo que en realidad, pero sus alegrías eran mis alegrías, sus penas eran mis penas, y desde aquel entonces, la Providencia ha puesto en mi camino varias de sus casas, de modo que estoy entre Uds. como un viejo patriarca.

En las relaciones que muy escasas veces he tenido con su Madre, siempre la he visto preocupada por el bien sobrenatural de las almas, y aunque los éxitos exteriores, las casas florecientes, hubieran podido absorberla, no buscaba más que la santificación de sus hijas, el progreso sobrenatural, el celo por las almas. Éste es el testamento de su Madre, y es también el deseo que formulo para Uds.: “Vivan de la vida de Jesucristo”. Lo decía San Pablo: “ Ya no soy yo quien vivo, es Jesucristo el que vive en mí”. Ciertamente que el Apóstol tenía experiencia; quizás ya había sido arrebatado al tercer cielo. Para vivir esa vida de Jesucristo, hay que morir a las cosas de fuera, no digo malas, porque son todas Uds. almas de buena voluntad; sin embargo, siempre queda algo que inmolar, dificultades de carácter, juicios y voluntades personales; todo eso debe morir, hay que inmolarse sobre la tumba de su santa fundadora. Y no caigan en la tristeza como los que no tienen esperanza; es tan bueno morir, ver a Jesús. Cuando se ha abandonado todo por Él, sobre todo cuando se ha dejado uno mismo, podemos estar muy seguras de verlo en su gloria.

* * *

³⁰ Cf. p. 48, el relato de la visita del Cardenal Langénieux a la Comunidad.

**Circular del Muy Reverendo P. Picard a los Religiosos de la Asunción
París, el 12 de marzo de 1898**

Muy queridos Hermanos,
Vengo a recomendarles de modo muy especial a Mme. María Eugenia de Jesús, la Superiora General y Fundadora de las Damas de la Asunción. Su vida ha estado íntimamente ligada a la de nuestro Fundador, el Padre d'Alzon, y al comienzo de todas nuestras obras. Quería a nuestra Asunción casi tan ardientemente como a la suya, hasta el momento en que, fundadas las dos obras, pudieron realizar el bien que Nuestro Señor esperaba de cada una de ellas. Hace más de cuarenta años yo era su confesor, y su alma, tan querida del Padre d'Alzon, ha permanecido siempre objeto de mis oraciones y de mi solicitud. Les pido por lo tanto que cada casa haga las oraciones que tenemos costumbre de hacer a la muerte de nuestros religiosos. No hay obra emprendida en la Congregación hasta 1886 en la que no haya participado y a la que no se haya entregado. Nuestras dos Congregaciones estaban unidas por los vínculos más íntimos, y el día en el que fui llamado para impartir los últimos Sacramentos a esta fiel servidora de Nuestro Señor, me parecía que uno de los más antiguos testigos de nuestra fundación, se nos marchaba e iba a reunirse con nuestro Fundador. Mme. La Superiora General de la Asunción era una de las mujeres más inteligentes que yo haya conocido. A las brillantes cualidades de espíritu unía los dones de un corazón lleno de delicadeza y de generosidad. Amaba a la Iglesia como el Muy Rvdo. P. d'Alzon ha sabido hacérsela amar. Daba a cuantos a ella se acercaban el culto por la liturgia y el oficio. Profundamente unida al Papa, comunicaba a su Congregación su espíritu y su amor por todo lo que es católico. Las Religiosas de la Asunción lloran en ella la superiora más tierna y más lúcida. Nuestras lágrimas se unen a las suyas. Sufrimos con ellas y rezamos por la que fue madre de tantas obras y de tantas vocaciones. Les bendigo muy paternalmente.

F. Picard.

RECUERDOS – Revista de los Padres de la Asunción,
nº 342, 19 de marzo de 1898.

* * *

Nota: Sobre los últimos años y los últimos días de la madre María Eugenia, Ver también: Partage - Auteuil nº 11 (1974), p. 50 - 57, y Origines IV, capítulo XXI. El Epilogo de este libro ofrece numerosos testimonios con ocasión de su fallecimiento.

ANEXOS EN TORNO A LA MUERTE DE LA MADRE MARÍA EUGENIA

Anexo I : En Congregación y en Iglesia

Recordatorio del fallecimiento de la Madre María Eugenia	47
Agradecimientos	48
Capítulo de M. Marie Célestine, 20 de Marzo 1898	49
Circular de M. Marie Célestine, 24 de Marzo 1898	53
Conferencia del Rdo. P. Dom Logerot, 13 de Marzo 1898 (anexo a la circular precedente)	55
Recordatorio de la Misa del 30 de Marzo 1898	62
Circular de M. Madeleine de Jésus, 31 de Marzo 1898	63

Anexo II : Recuerdos y Periódicos

Recuerdos

De S. Jeanne-Marie (autora de los Orígenes)	
· 1ª charla con las HH. del Noviciado, 14 de Marzo 1898	66
· 2ª charla, 21 de Marzo 1898	76
De M. Madeleine de Jésus	
· Circular: A nuestras Alumnas, 19 de Marzo 1898	85

Extracto de los Periódicos de la época

La Croix	11 de Marzo 1898	97
Le Figaro	11 de Marzo 1898	98
Le Soir	sin indicación de fecha	99
La Vérité	12 de Marzo 1898	101
Le Pèlerin	20 de Marzo 1898	103
L'Assomption	1º de Abril 1898	104

ANEXO III – Al correr de los años

De M. Marie Johanna, 4ª Superiora General, 1º de Marzo 1948	130
De M. Marie Denyse, 5ª Superiora General, 10 de Marzo 1954	107
De S. Jeanne-Marie de la Eucaristía, archivera, Reconocimiento en Auteuil: Tumba de Nuestras Madres (Partage - Auteuil, nº 11 Agosto 1974)	108
De S. Thérèse de Marie Immaculée, consejera general La vuelta de la Madre María Eugenia a Auteuil (Partage - Auteuil, nº 11 Agosto 1974)	109
Epílogo.....	112

* * *

ANEXO – I – EN CONGREGACION Y EN IGLESIA

La Vicaria General y las religiosas de la Asunción de Nuestra Señora les suplican humildemente que encomienden a Dios en el Santo Sacrificio de la Misa y en sus comuniones y oraciones el alma de su

Muy Reverenda Madre Superiora General y Fundadora

ANA-EUGENIA MILLERET DE BROU

EN RELIGIÓN

Madre María - Eugenia de Jesús

piadosamente dormida en el Señor, habiendo recibido los Santos Sacramentos de Nuestra Madre la Iglesia, el Jueves 10 de marzo de 1898. Tenía 81 años de edad y 60 de vida religiosa.

El funeral y el entierro tendrán lugar el Sábado 12 de marzo de 1898, a las 10 h. de la mañana.

Auteuil, 25 rue de l'Assomption.

Dios Sólo

La Madre Vicaria General
y las Religiosas de la Asunción,
profundamente agradecidas por los testimonios
de respetuosa simpatía ofrecidos a la
Memoria Venerada de su Rvda. Madre General y
Fundadora Madre María Eugenia de Jesús.

Auteuil, 15 de Marzo de 1898.

M. Marie Célestine

Capítulo de M. Marie Célestine 20 de Marzo de 1898

Hermanas,

Nunca me ha parecido tan difícil hablarles como hoy, ni he sentido tan hondamente lo imposible que resulta expresar lo que se siente en un dolor tan grande como el que nos aflige. Hay horas en las que el silencio dice más que las palabras, porque la palabra es incapaz de manifestar la inmensa pérdida que hemos sufrido. No les hablaré por lo tanto de esta pérdida, quiero elevar sus pensamientos al cielo, donde tenemos la dulce convicción de que Nuestra Madre ha recibido la recompensa por todas las grandes cosas hechas por Dios durante su vida. El sentimiento que debe dominar en nuestro corazón, es el **agradecimiento** a Dios que nunca se ha mostrado más tierno, más delicado, que en el momento en el que ha depositado sobre nosotras la cruz más pesada y nos ha pedido el mayor sacrificio de nuestra vida.

¡Qué bueno ha sido Dios con Nuestra Madre! ¡Qué bueno con nosotras! Vayamos con amor y agradecimiento a postrarnos de rodillas ante el trono de Dios para agradecerle en primer término todo lo que ha hecho por ella; tanta ayuda, tantas bendiciones como ha recibido de la Santa Iglesia y que la han mantenido en la paz, sosegada, en la adoración de la voluntad de Dios hasta su último momento. Démosle gracias también por habernos sostenido a nosotras, sus hijas, en esta hora tan dolorosa, en la dependencia y adoración de la santa voluntad de Dios que ella siempre adoró, que siempre amó durante su vida. Agradecemosle todo lo que ha hecho en su alma, por haberla hecho tan bella, tan grande, tan santa, tan capaz, por haberla colmado de tantos dones de la naturaleza y de la gracia, y por habérnosla dado por madre; por haberle confiado la hermosa obra de la Asunción destinada a salvar tantas almas que lo glorificarán durante toda la eternidad; por haberle dado el valor y la fuerza para empezarla y continuarla tan fielmente hasta el final.

Demos gracias a Dios desde el fondo de nuestro corazón por haberla recompensado tan generosamente. Mirémosla en el cielo tomando parte en la gloria de Dios y gozando de esa felicidad que el ojo del hombre no vió, que el oído no puede oír, que el espíritu no puede penetrar, pero que Dios reserva a los que le aman. En este sentimiento de agradecimiento obtendremos la fuerza necesaria para llevar nuestra cruz y hacernos dignas de Nuestra Madre.

El único consuelo en medio de nuestro dolor, es el de pensar en su felicidad. Lo que es una gloria para Dios y una recompensa para ella no puede ser doloroso para sus hijas. Olvidémonos de nosotras mismas, pensemos en la alegría de Nuestro Señor que ha recibido a su Esposa fiel en el cielo, que la ha coronado y recompensado. ¡Cómo podríamos estar tristes cuando pensamos que Nuestra Madre, tan tiernamente amada está en el gozo y en la gloria!

Pero no tenemos que pararnos en esto. No olvidemos que tenemos que pagar una inmensa deuda de agradecimiento filial hacia ella, y que tenemos que hacerlo con solidez. Nuestra Madre se ha pasado la vida entregándose, sacrificándose por las almas cuya responsabilidad tenía; tomó sobre sí todas las penas y preocupaciones y nos dejó las alegrías y los consuelos; nos ha enseñado, iluminado, formado a la práctica de la virtud, nos ha ayudado a subir por la senda de la perfección, lo hemos recibido todo de su mano; ahora nos toca ofrecerle algo, y debe ser el grito de nuestras almas... ¡Oh! Qué alegría para el corazón de sus hijas pensar que en cada instante podemos alegrar a Nuestra Madre, incrementar su gloria santificándonos, siguiendo sus ejemplos, siendo fieles a las Constituciones que nos ha dejado. Acordémonos de que cada alma que se santifica en la Congregación glorifica a Nuestra Madre. Cuanto más santas haya entre nosotras, más glorificado será Dios en Nuestra Madre por toda la eternidad. Apliquémonos, por lo tanto, a santificarnos según la línea trazada por Nuestra Santa Fundadora: por medio de las Constituciones que nos ha dado bajo la inspiración del Espíritu Santo y que la Iglesia ha aprobado, mostremos a los Ángeles y a los Santos qué grande es la obra de Nuestra Madre, fundamentada en el amor de Jesucristo, y qué capaces son sus enseñanzas de hacer Santos en la Iglesia.

Pero tenemos que sostener con nuestra fidelidad la obra que Nuestra Madre fundó al precio de tantos sufrimientos y sacrificios, y que nos ha legado. Nosotras, que hemos tenido la gracia de vivir con nuestras fundadoras, de ser formadas por ellas a la vida religiosa y que hemos recibido directamente su espíritu y sus enseñanzas, tenemos una gran responsabilidad respecto a las que no han conocido a Nuestra Madre y que vendrán después. Buscarán el espíritu de la Fundadora en nosotras. ¡Oh! Por eso, cómo tenemos que conservar ese espíritu de Nuestra Madre, así como todas sus palabras, sus ejemplos, sus consejos; cómo tenemos que conservar en nosotras el alma de la que nos ha dejado, esforzarnos en reproducir sus rasgos, para que seamos el retrato más parecido a Nuestra Madre y que las que vengan más tarde la conozcan a través nuestro; que no tengan más que mirarnos para ver lo que ella fue. Seamos fieles a todas sus enseñanzas; no permitamos en nuestra conducta nada que no sea digno de ella, no hagamos nada que no pudiera ser aprobado por ella. Sí, nosotras, sus hijas, tenemos una inmensa responsabilidad, una responsabilidad sagrada, muy onerosa, pero muy consoladora también puesto que así podemos hacer que reviva Nuestra Madre y añadir algo a su alegría y a su gloria en el cielo. Mantengamos su obra,

conservemos su espíritu, imitemos su ejemplo, arrastremos a otras a imitarla para que nuestra Asunción permanezca estable en la Iglesia y siga siendo tan bella, grande y santa como nuestras Madres la han hecho, y sea un medio de acrecentar la gloria de Dios y de nuestras Madres.

Somos hijas de Santos, seamos por lo tanto Santas: pongamos en práctica las enseñanzas de nuestras Madres. Antes de subir al cielo, Nuestra Madre nos ha dejado su testamento. Lo primero, su gran espíritu de fe, esa adoración de los derechos de Dios, esa aceptación de la voluntad divina siempre y en todas partes. En lo penoso como en lo fácil, en los momentos gozosos como en los dolorosos, siempre veía la mano de Dios dirigiéndolo todo, siempre adoraba su santa voluntad. Como Nuestra Madre, veamos a Dios en todo, tengamos su grandeza de alma que le hacía mirar, no las cosas de aquí abajo, sino las del cielo.

Hay tres cosas que Nuestra Madre nos deja y que nos harán vivir su espíritu:

1. **Nuestras Constituciones.** En ellas es donde más encontramos el alma de Nuestra madre, con su grandeza, su profundidad, su belleza, su elevación. Ahí se encuentra el espíritu de nuestra orden, el espíritu que Dios ha puesto en nuestras fundadoras y, por consiguiente, lo que quiere de nosotras; ahí se encuentra nuestro único medio de santificación. Estudiémoslas, esas Constituciones, meditémoslas, son solamente para nosotras, y veremos a qué elevada santidad nos llaman y a qué grado heroico de virtud nos conducen, si somos fieles en practicarlas. Busquemos en ese pequeño libro el alma de Nuestra Madre querida y que pase a nuestra vida, inspirándonos el espíritu de su regla.
2. Nuestra Madre nos ha dejado **su Breviario.** Del Oficio su gran alma sacaba sus enseñanzas tan luminosas, su espíritu de Iglesia tan amplio, tan sólido, tan lúcido, su amor a Dios y a las almas. También ahí encontraba su fuerza. Tomemos la resolución de caminar tras los pasos de Nuestra Madre; renovémonos en el espíritu de oración, en el amor a la liturgia católica, en la atención y devoción a recitar siempre nuestro Breviario. Conservemos como un rasgo propio de la devoción en la Asunción, el amor al Oficio y a las oraciones litúrgicas; es justo que lo que ha sido la oración de Nuestra Madre y su consuelo hasta el final, sea la oración y la fuerza de sus hijas.
3. Como San Juan en sus últimos años, Nuestra Madre tenía una palabra que repetía siempre. San Juan decía sin cesar: "*Hijitos, amaos los unos a los otros*". Era el testamento del divino Maestro, el resumen de toda su doctrina. También Nuestra Madre nos ha legado una palabra que debemos conservar y que encierra lo que quería de nosotras. Cada vez que durante estos últimos tiempos le pedíamos un consejo o la práctica de una virtud para saber cómo agradar a Nuestro Señor y avanzar en la perfección, invariablemente contestaba: **La humildad, practiquen la humildad.** Quería inspirarnos el amor a esa virtud, mostrarnos que la Asunción no puede ser grande y bella si no es por la humildad. Es por lo tanto un punto sobre el que debemos trabajar con un

amor muy filial. Era el eco de la palabra de Nuestro Señor: “*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*”. Nuestra Madre la ha dejado impresa en nosotras no sólo por sus palabras, sino mucho más por el ejemplo que nos ha dado sobre todo durante sus últimos años. Ha practicado la humildad de una manera en verdad admirable. Seamos humildes si queremos ser verdaderas hijas de Nuestra Madre. La humildad es la madre y la base de todas las virtudes; si sostiene el edificio, la caridad reinará como soberana entre nosotras. Trabajemos por lo tanto, Hermanas, para adquirir esa humildad verdadera, sincera, que se saca del conocimiento del todo de Dios y de la nada de la criatura. Practiquémosla con sinceridad, y para ello destruyamos todo personalismo, todo amor propio, cualquier ocupación de nosotras mismas; vivamos el conocimiento de Dios que nos llevará sin desánimo al verdadero conocimiento de nosotras mismas.

Este es, Hermanas, el triple testamento de Nuestra Madre, guardémoslo con fidelidad, y nuestra Asunción será grande ante Dios y ante las criaturas. Tengamos los ojos fijos en el cielo, allí donde tenemos lo que nos es más querido. Ya se encontraba allí nuestra familia celestial: Dios nuestro Padre, la Santísima Virgen nuestra Madre, Jesucristo nuestro hermano y nuestro Esposo. ... Ahora, la familia de aquí abajo ha enviado arriba lo mejor que tenía: Nuestra Madre, M. Thérèse Emmanuel y otras de nuestras hermanas mayores tan santas y buenas. ¿Qué debemos hacer aquí abajo si no es tener nuestro corazón arriba y preparar nuestra salida hacia la patria? Porque nosotras también, y quizás pronto, oiremos la llamada del Esposo. ¡Oh! ¡Que nos haga la gracia de marcharnos con tanta paz como Nuestra Madre! Dios ha retirado de entre nosotras a la que era suya, antes de ser nuestra; nuestro dolor es inmenso, pero tiene que ser digno de Nuestra Madre y tenemos que llevarlo con amor y adoración de la voluntad divina. ¡Oh! ¡No cesa de ser Nuestra Madre! Vela sobre nosotras desde lo alto del cielo, ve nuestros esfuerzos, nos anima y pide por nosotras. Podemos hablarle con mayor facilidad y con más dilatación que cuando estaba en la tierra, y ahora que tiene mayor poder sobre el corazón de Dios, ¡cuántas gracias nos va a obtener!

Ánimo, Hermanas, seamos verdaderas hijas de Nuestra Madre en la vida como en la muerte; sostengamos la obra que ha dejado tras ella, tengamos un inmenso deseo de glorificar a Dios en ella; y cuando nos presentemos en el cielo, que pueda sentirse orgullosa al constatar lo que sus enseñanzas han producido de santidad en nuestras almas.

* * *

Circular de M. Marie Célestine
el 24 de marzo de 1898

Auteuil, 24 de Marzo de 1898

Muy querida Madre,

¡Estaba deseando escribirle, y al mismo tiempo temía el momento! ¡Hasta ahora yo venía a hablarle de ella o en su nombre, y ahora ya no está, esa Madre tan tiernamente querida! ...¿Qué puedo decirle? No soy más que una pobre huérfana que viene a consolarse junto a sus hermanas. No podemos hablar mucho de ella, nuestros corazones están demasiado rotos, la herida todavía en carne viva, y sin embargo, es el único pensamiento que nos ocupa, el único tema que nos interesa...

Vengo de estar junto a ella, ahí donde se la sigue sintiendo tan Madre, en la capillita del bosque, le he hablado de Uds., de su deseo de continuar su obra, de ser fieles a sus enseñanzas y de trabajar como ella hasta la muerte en extender el reino de Jesucristo en las almas. ¿No es nuestro gran consuelo tratar de hacer lo que Nuestra Madre desearía de nosotras? Sigue siendo Nuestra Madre en el cielo y espera de nosotras que seamos sus hijas fieles en la tierra.

Ahora tenemos que rezar mucho con el fin de obtener las luces del Espíritu Santo para el próximo Capítulo. Quisiera poder reunirlo enseguida, pero es difícil a causa de los largos viajes de las Madres de las Misiones. Al no poder tenerlo en las vacaciones de Pascua, hemos solicitado a Roma el permiso para retrasarlo hasta los primeros días del mes de Agosto. Antes de esa fecha, nos parecía muy difícil reunir a las Madres dados los trabajos de fin de año que piden a cada una permanecer en su puesto: Primera Comunión, exámenes, premios, etc. etc. Tan pronto reciba la respuesta de Roma les escribiré para fijar la fecha, prescribir las oraciones, etc. ¿Les puedo pedir que mientras tanto sigan, con vistas al Capítulo, las Misas y jornadas de oraciones que habíamos organizado por Nuestra Madre? Queremos proseguir su obra, y al ofrecer esas oraciones por la Congregación, es a ella a quien las ofrecemos.

De todos lados nos llegan testimonios de simpatía, testimonios de estima y de admiración sobre Nuestra Madre. Lo guardamos todo preciosamente para hacer una recopilación. Si reciben bonitas cartas sobre ella, enviénnoslas o por lo menos la copia; deseo por encima de todo que las Madres y las Hermanas antiguas de coro y coadjutoras nos escriban sus recuerdos personales sobre Nuestra Madre. Algunas palabras sobre los rasgos o las palabras que las han marcado más de ella. También deseo que nos envíen las cartas o los extractos de cartas que

podieran servir para darla a conocer; cada una puede hacer ella misma ese trabajo y no está obligada a firmar si son cosas demasiado íntimas. El testimonio de los Superiores eclesiásticos o de otras personas que en su ciudad han conocido y apreciado a Nuestra Madre sería también precioso para nosotras; todo lo que pedimos son algunas líneas. Recojamos con religioso respeto todo lo que puede hacer revivir entre nosotras a Nuestra Madre querida y puede darla a conocer a las que nos seguirán.

¡Mi corazón está muy cerca de cada una de Uds. y pienso en su dolor cuando vengan a Auteuil y encuentren su lugar vacío! La Asunción sin ella nos parecía imposible, y en efecto no podría ser, la tenemos en medio de nosotras, vamos continuamente a hablarle, sentimos que nos escucha, que vela sobre nosotras. Ha dejado tras ella el sentimiento de paz, de tranquilidad que reinó a su alrededor hasta el final, y cada una la siente más cercana, con mayor poder para ayudarnos que cuando teníamos el gozo de poseerla. Su gran corazón, ya tan maternal en la tierra, se ha llenado con la visión de Dios de una caridad todavía mayor, y lejos de olvidar a sus hijas, es madre de una manera más particular para cada una de nosotras, y nos ayudará más conociendo mejor nuestras necesidades.

Les enviaré una hermosa conferencia sobre Nuestra Madre que el Rdo. P. Dom Logerot nos ha dado en la intimidad.³¹ Ha sabido captar tan bien lo característico de su alma, expresar tan fielmente sus ideas, definido su espíritu, que estas páginas, estoy segura de ello, les agradarán mucho.

El 30 tendremos una celebración solemne para las antiguas alumnas y amigos de la Asunción que no pudieron venir al funeral. ¡Nuestra capilla es desgraciadamente demasiado pequeña!. Monseñor de Cabrières, tan bueno y antiguo amigo de Nuestra querida Madre nos hablará de ella como sabe hacerlo, y estoy convencida de que su discurso será un documento precioso para el futuro.

La dejo pero sin dejarla, querida Madre, porque nunca sentí tan estrechos los lazos de nuestro afecto, nunca conté tanto con la ayuda de sus oraciones.

Toda suya con un afecto muy sincero en Nuestro Señor.

S. Marie Célestine du B. P.
D.S.

* * *

³¹ Esta conferencia forma parte de los numerosos testimonios recibidos después de la muerte de la Madre María Eugenia publicados en folletos. De varias comunidades llegan también los relatos de las celebraciones.

**Conferencia del Rdo. P. Dom Logerot
sobre Nuestra Madre General
13 de Marzo de 1898**

Reverendas Madres,

Para atreverme a tomar la palabra ante un tal areópago y en las circunstancias que nos reúnen, es necesario estar muy seguro de que hablo a corazones del todo dispuestos a aceptar lo que yo pueda decir, incluso a ver en ello lo bueno y lo bello, sabiendo que quien les habla es un amigo de la familia.

Me parece que en este momento sale de sus corazones un único sentimiento; las anima a todas el deseo de ser santas. Sus dos Madres se han ido al cielo, y tienen el consuelo de conservar entre Uds. sus restos mortales; pero no lo olviden, sus dos piedras fundamentales de la Asunción están en el cielo, y en este momento el edificio se construye por arriba. Para Uds. se trata de unirse a sus Madres y ya saben cómo: caminando tras sus huellas. Ellas trabajaron en la tierra, se santificaron y han merecido así su corona. Ellas comenzaron la obra, a Uds. les corresponde terminarla. No hay un instante que perder, no hay que abandonarse, hay que caminar por la vía de la santidad.

He pensado que al hablar de su Madre, no había que hacerles un panegírico /.../. Cuando la ví por vez primera, no puedo decirles la impresión que me dejó la conversación que tuve la dicha de tener con ella. Me habló con una amabilidad exquisita, una amable condescendencia de mil cosas respecto a la Iglesia y a las almas, de sus preocupaciones por su congregación, porque en ese momento les estaba enteramente entregada. Después de esa charla en la que había desplegado todos los encantos de su conversación, en la que había abordado toda clase de cuestiones con su gran inteligencia, su delicadeza de sentimientos, con su amplia visión, me dije: ¡Me asombra como me recuerda a Dom Guéranger!... En efecto, su Madre General tenía la misma visión que Dom Guéranger, las mismas nociones sobre la Iglesia, las mismas apreciaciones sobre todas las cosas, sobre la liturgia, sobre los personajes eclesiásticos del momento. Eran dos naturalezas que se parecían: las mismas facultades, el mismo modo de ver, de pensar, de juzgar. – Su Madre tenía en verdad una cabeza de hombre; todas sus apreciaciones eran justas, claras, luminosas; y se sorprende uno de encontrar eso en una mujer más que en un hombre.

Lo que también me llamó la atención fue ver que este alma tenía algo viril, y también algo del todo virginal. Fue mi primera impresión. A su alrededor había

como un perfume de virginidad. Esa naturaleza tan fuerte, tenía toda la dignidad, la pureza, la ternura, las delicadezas de una virgen.

También se notaba en ella otra característica: la de Esposa de Jesucristo. La llevaba en el corazón, y quería que sus hijas la tuvieran también. También éste era el pensamiento de Dom Guéranger. En los comienzos de la fundación del monasterio de Santa Cecilia, en Solesmes, escribía: "No quiero que haya aquí solteronas que, habiendo renunciado al mundo, se contentan con llevar un hábito religioso; quiero que las que vengan tengan una nota virginal, que tengan la nobleza, la grandeza, la delicadeza de las Esposas de Jesucristo. Si su corazón es de Él, no se atribuirán nada a sí mismas, no se encadenarán a nada, tendrán algo de nuestras primeras Vírgenes del cristianismo. Vean qué fuertes son estas jóvenes, no temen hablar a los tiranos, no tienen miedo de contestarles y mirarlos de frente; tienen ese noble orgullo, esa sencillez de almas unidas a Jesucristo y que Jesucristo guarda. Pasan a través de todo sin temor y sin turbación.

Las Vírgenes de los primeros siglos tenían un gran amor a Nuestro Señor, el amor a la verdad. Esta característica se encontraba en su Madre, llamaba la atención al oírle hablar. Son cosas importantes que hay que conservar en su Congregación. Tenía ese amor a la verdad plena y entera; no admitía un cristianismo aminorado, no quería compromisos de servidumbre; sino la verdad integral para ella como para los demás. Tenía el verdadero espíritu de la Iglesia, el espíritu exclusivamente católico, apostólico, romano. Hija sumisa de la santa Iglesia, se mantenía estrechamente unida a la cátedra de Pedro, a Roma, a la que amaba con un gran amor. Es lo que ha hecho sólida su Congregación porque todo se apoya en la verdad. Manténganse en esto y se encontrarán a gusto.

Su Madre General ha buscado siempre a Dios, su santificación personal; ha trabajado durante toda su vida en despojarse de sí misma, mortificarse, humillarse, y entregarse toda entera a Jesucristo. Le pertenecía desde el fondo de su alma y jamás le rehusó nada.

En sus Constituciones, tan hermosas por su sabiduría y discreción, vemos que el pensamiento de su Madre General era que todo se fundamentase en Jesucristo. Enseña lo que quiere para su Congregación: una vida mitad contemplativa, mitad activa; una vida mixta que tenga por base la vida contemplativa, porque comprendía que si Uds. no están unidas a Jesucristo en primer lugar, su acción no puede dar fruto ni en las almas ni en la Iglesia.

Hablábamos esta mañana del amor de su Madre al Oficio divino. Es tanto más de admirar porque contrastaba con su época, no eran las ideas que corrían por aquél entonces; ¿por qué ese apego al Breviario romano? ¡Ah! En ella era el resultado de una idea bien comprendida: estaba convencida de que la unión con Roma es la vida verdadera, que en la santa Liturgia se encuentra el manantial puro en el que

debemos busca nuestro alimento. Deseaba que sus hijas aprendiesen el latín porque es la lengua de la Iglesia, y también para que pudieran vivir del Oficio; en eso veía la auténtica línea para comunicarse con Dios, porque tenía la noción verdadera de Iglesia. Esto me recuerda una historia. Un buen Padre de Solesmes recibía multitud de papelitos y estaba siempre dispuesto a distribuirlos a derecha e izquierda. Dom Guéranger que quería parar esa propaganda que no era según nuestro espíritu, nos dijo en el Capítulo entre otras cosas: “Todas esas prácticas pueden ser buenas para viudas sin hijos, denles esos papelitos; mientras se ocupan en distribuirlos, por lo menos no faltarán a la caridad. Nosotros, que tenemos la dicha de tener el Oficio divino, no busquemos otra cosa; no se puede hacerlo todo, ni abrazarlo todo.” – Sobre todo Uds., Hermanas, que tienen la enseñanza, la adoración y el Oficio divino, tienen de qué vivir holgadamente, y tienen de qué ocuparse.

Otra similitud entre Dom Guéranger y su Madre General, es el amor hacia los Santos de la Iglesia universal, sobre todo hacia los Apóstoles, las Vírgenes, los Mártires, y hacia todos aquellos que son los fundamentos sobre los que reposa la Santa Iglesia. En las vidrieras de nuestra abadía de Solesmes, Dom Guéranger ha querido que estén representados no todos los Santos de nuestra orden, - se hubiera tenido sin embargo dónde elegir, porque la orden de San Benito los ha tenido a millares, - sino principalmente los Apóstoles y los mayores Santos de la Iglesia universal. Naturalmente, San Benito nuestro fundador y algunos grandes patronos de nuestra orden están también, pero se empezó por los otros Santos. Cuando Monseñor de Paderborn, ese confesor de la fe expulsado de Prusia, vino a Solesmes, después de haber visitado los catorce altares de nuestra capilla, se volvió hacia Dom Guéranger y le dijo: “ ¡Ah! ¡Estoy contento, me siento como en mi casa, estoy en la Iglesia católica!... no han puesto a todos los Santos de su orden, sino a los grandes Santos conocidos por todos: San Jorge, San Bernardo, etc...”

Veán también cuales eran las devociones de su Madre General: : amaba a los Apóstoles, a los Santos evangélicos, a los Mártires, a las Vírgenes, y a todos los Santos que son fundamento de la Iglesia; pero no se encerraba en ningún Santo en particular. Ese espíritu verdaderamente católico no se encuentra todos los días, y es incluso excesivamente raro encontrarlo. Es una característica grande, generosa, y uno se pregunta cómo su Madre había reunido en ella todas esas cosas. ¡Ah! Es que el mismo Espíritu Santo la había instruido para que fuera capaz de formar las almas, una congregación amada por el Corazón de Nuestro Señor. Le había concedido las cualidades auténticas, seguras, una devoción doctrinal. Son Uds. hijas de la Iglesia, amen al Papa, amen la liturgia, acepten con respeto todas las enseñanzas de la Santa Sede, y serán Uds. verdaderamente católicas, hijas de su Madre Fundadora, y no tendrán nada que temer. Es muy consolador ver cómo Dios ha infundido ese espíritu católico en la que estaba encargada de guiarlas; es la piedra de toque que las pone al abrigo de todo lo que pudiera

acontecer; sean fieles en mantenerse en el espíritu de sus Madres. Es un descanso ahora, para ellas y para Uds. sentir que su familia religiosa está establecida sobre bases tan sólidas.

El amor de su venerada Madre hacia Nuestro Señor también era algo muy notable, y por eso quería que se enseñase a sus hijas el Tratado de la Encarnación, para que conociesen a Nuestro Señor Dios y Hombre. Es su Esposo, deben contemplarlo para reproducir sus rasgos, para saber cómo deben pensar, hablar, actuar. Encontraba que era necesario para la formación religiosa de Uds. : que deben estudiar a Jesucristo, sus enseñanzas, su doctrina, para conocerlo a fondo, y contemplándolo, amarlo más. Es la manera buena de santificarse, la espiritualidad verdadera, y el amor que ella tenía hacia Nuestro Señor, también lo quería para Uds. Han visto cómo su Madre trataba de llenarse de Nuestro Señor para comunicarlo a los demás. Les recomendaba también la lectura de la Sagrada Escritura y sobre todo del Evangelio, porque encontrarán a Jesucristo en el Evangelio y en la Santa Eucaristía; ahí es donde se entrega a sus almas para fortificarlas y alimentarlas.

Además, Uds. son adoradoras y deben dar a conocer a Nuestro Señor; por eso les ha sido dada la Virgen como modelo. ¿Quién ha conocido mejor, ha amado más y ha hecho amar más a Jesucristo que la Sma. Virgen? Uds. son sus hijas en el misterio de su Asunción; por lo tanto deben vivir ya desde ahora en el cielo con sus pensamientos, vivir de fe, juzgarlo todo bajo esta luz. “Nuestra luz es la fe”. Era el pensamiento de su Madre.

Y otra cosa que llamaba la atención en esta hermosa alma, ¡es que era luz! Siempre tenía la palabra apropiada, la palabra justa. Tenía la costumbre de juzgarlo todo con una fe plena, y ¡cómo sabía comunicar lo que era su fuerza! Veíamos en la Epístola de esta mañana que los frutos producidos por la luz son: “La bondad, la justicia, la verdad”. ¿Y no se encontraban admirablemente reunidos en su Madre General? Ella decía que la bondad tenía que ser una de las características de la Asunción, y esa característica se encontraba ciertamente en su corazón; estaba llena de bondad, de condescendencia, entregada al prójimo, ayudando y haciendo el bien con gusto. Con justicia plena, dando a Dios cuanto le debía, reconociendo sus derechos, adorándolos; justa también con el prójimo. Era toda verdad y quería para su Asunción esa rectitud, esa franqueza, esa lealtad; lo deseaba con toda su alma. Todo esto es hermoso; son los frutos de la fe, de la luz y ¿qué es lo que producen? La paz.

Por eso ven qué sosiego rodeaba a su Madre, qué pacífica estaba, ¡qué tranquila en medio de tanta cosa como tenía que hacer! ¡Con qué facilidad dejaba lo exterior para ocuparse de Dios! Era sobrecogedor verla coger su breviario y recogerse de inmediato. Iba a hablar a Dios; inmediatamente se ponía en su presencia, a su

lado, y eso sin esfuerzo, de tal manera estaba unida a Dios. Era verdaderamente un alma de oración.

Decía ella misma que hay dos vías para llegar a la unión con Dios:

1. La vía mística que se apodera de un alma y la sumerge inmediatamente en la unión. Sin embargo Dios trabaja este alma en secreto y la obliga a trabajar, pero es menos sólido, incluso a veces peligroso para algunas naturalezas.
2. La vía contemplativa por la que no se llega a la unión sino después de haber trabajado personalmente, de haber hecho verdaderos esfuerzos y de haber vencido sus pasiones. Cuando la gracia de la unión con Dios llega de esta manera, es infinitamente más seguro, más sólido. Dios ha querido dar estos dos ejemplos a su Congregación: una gran mística con M. Thérèse Emmanuel y una gran contemplativa con su Madre General. Es muy distinta de M. Thérèse Emmanuel; ha llegado a la unión con Dios por otra vía, vía sencilla y natural; subiendo de peldaño en peldaño, ha alcanzado hasta las cimas más elevadas de la contemplación.

Les dijo con frecuencia que el espíritu de la Asunción es el espíritu cristiano llegado a la perfección. Y Dom Guéranger también decía que el espíritu de los hijos de San Benito, era no tenerlo; que estando bautizados, tenían que llegar a la cima de su Bautismo, lo que quiere decir: Sean perfectos cristianos. Somos hijos de la Iglesia; tenemos que llegar hasta el límite de nuestro Bautismo, tratar de servir a Dios lo mejor que podamos, hacer cada cosa con toda perfección, y así seremos santos.

Todo esto es muy sencillo; y ¡con qué luz, con qué claridad su Madre General les da estas enseñanzas! Son nociones justas, nítidas, limpias, sin rodeos; no necesitan ir a buscar lejos lo que deben hacer. Cada una de Uds. puede decirse a sí misma: lo que Dios me pide, son las consecuencias de mi bautismo, una fe plena y entera, una perfecta esperanza, una caridad sin límites. Porque si tienen verdaderamente el espíritu de fe, pensarán que no pertenecen a la tierra sino al cielo, y en ese caso ¿por qué dejarse enganchar por las mil bagatelas de la vida? La esperanza les hará superarlo todo, porque por encima de todo está Jesucristo en quien han puesto su esperanza. Y si la caridad llena su corazón se dirán: He renunciado a todo por nuestro Señor, a mi familia, a lo que más quiero, y no tengo otro deseo que el de buscarlo a Él sólo y lo que le agrada; mi amor hacia Él sobrepasa infinitamente el que puedo tener hacia las criaturas, y por lo tanto estaré presta a todos los sacrificios que me pida, no le rehusaré nada, reconoceré sus derechos absolutos sobre mí, me desprenderé de todo lo demás, me inclinaré ante Él y ante lo que haga o quiera de mí. Le diré: Eres mi Dios y mi Maestro, mi Bien supremo, haz todo lo que te plazca; mi pobre naturaleza puede encontrarlo duro en algunos momentos, pero Dios mío, te adoro.

Así actuaba su Madre General; cuanto Dios quería de ella era cosa entregada, cosa hecha. Hay una palabra al final del Evangelio de esta mañana que me ha llamado mucho la atención pensando en ella. Es la de Nuestro Señor cuando contesta a una mujer que en medio de la multitud gritaba: “*¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron!*”. Y Jesús dijo: “*Felices más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica!*”. Si el Señor contesta así, no lo hace por empequeñecer la virtud de su Madre, ya que nadie ha correspondido a la gracia como la Sma. Virgen, nadie ha caminado como ella en la recta de la voluntad de Dios; Nuestro Señor quiere decir: Lo importante es escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica.- Su Madre General, desde el momento en el que oyó la palabra de Dios, se entregó plenamente, hizo fructificar el grano de mostaza que se convirtió en un magnífico árbol, su Congregación de la Asunción, que no hará sino crecer si Uds. caminan por la senda que les ha trazado. Ahora que sus Fundadoras están en el cielo, van a ver el crecimiento de su Congregación, porque los Santos tienen una acción poderosa, más activa en el cielo que en la tierra.

Su Madre oyó la palabra de Dios, la escuchó, fue fiel a ella, y esa palabra dio frutos. Es cierto que Dios la hizo pasar por circunstancias muy duras para la naturaleza; la puso bajo la dirección de un hombre que se parecía un poco a los antiguos profetas, de un celo devorador, pero que lo destrozaba todo. Fue una dura escuela para su Madre, la del Abate Combalot. Dios había preparado hombres que tenían como misión humillarla, machacarla, hacerla sufrir. Mientras que sólo se trató de ella, de su conducta personal, este alma grande se dejó hacer. Lo aceptó todo, los sufrimientos, las humillaciones; pero en cuanto se quiso tocar la obra que Dios le había confiado, cambió, sintió una fuerza que nunca había sentido. Su misión era la de mantener la obra querida por Dios, así lo comprendió.

Otra cosa muy emocionante, es que esta mujer llamada por vocación a llevar una vida activa, siempre obligada a entrar en relación con el mundo exterior, de estar por los caminos para visitar sus casas, durante los últimos años de su vida, entra en la vida puramente contemplativa a la que había aspirado en los primeros días de su vocación. En la Visitación, donde había hecho su noviciado, se encontraba bien tras las rejas, y le costó salir de ese dulce descanso. Se preparaba para desgastarse en el servicio de Dios y se la oyó decir con frecuencia: “*Allí saqué la fuerza para llevar a cabo nuestra obra!*”. Pues bien, Dios permitió que su Madre, que podía decir al final de su vida: Señor, me he desgastado en tu servicio, entrase en la vida contemplativa para ser sólo suya. Es una gran gracia de Nuestro Señor, créanlo.

Llama la atención ver a esta mujer, tan maravillosamente dotada para el gobierno, esa gran inteligencia, ese gran corazón, entrar en el silencio absoluto en un momento dado, en una vida enteramente escondida; y ahí, ¡cuántas virtudes ha tenido que practicar! Nunca la menor queja, ni la menor protesta; se dejó despojar

de todo con una sencillez y una humildad admirables, reconociendo los derechos de Dios, sometiéndose a ellos sin la menor ocupación de sí misma; era la señal de una alta virtud. Se sentía que esa sumisión a la voluntad de Dios era una costumbre de su alma. Cuando ya no tenía todas sus facultades, cuando su cuerpo se desmoronaba, actuó siempre con esa misma sumisión sobrenatural, esa abnegación completa de sí misma, esa incomparable humildad que era el fundamento de su vida. Mientras que por lo general a las personas mayores les cuesta soportar su estado, ella, por el contrario, no dejó aparecer ni tristeza ni imperfección. ¡Su vida transcurría únicamente con Dios y sólo con Dios! Su gran ocupación, puede decirse su vida, era la oración; recitaba el oficio más bien dos veces que una; hacía el Via Crucis. Otro género de vida le estaba completamente vedado, y cuando un relámpago iluminaba por un instante su espíritu, era para la oración y la Santa Comunión.

¿Qué hacía durante ese tiempo? Estoy seguro de que terminaba su obra, le daba solidez, dejaba en ella su última huella; obtenía grandes gracias para su Congregación. Y cuando cumplió su tarea, como no quedaba nada de su naturaleza, no sintió en la última hora ni sacudidas ni rompimientos. Es una lámpara que se ha apagado, y si hubiesen tenido los ojos bastante puros, hubiesen podido ver una paloma volar al cielo, como pasó con Santa Escolástica.

Cuando su Madre las dejó, lo había terminado todo. Se trata de una gracia grande, porque si esta fundadora, tan admirablemente dotada con todas las cualidades de la naturaleza y de la gracia, hubiera desaparecido de repente, hubiera sido un golpe grande para su Congregación; pero todo estaba preparado. Y en eso, también se parece a los patriarcas, grandes fundadores de órdenes.

Vemos por ejemplo a San Mauro, uno de los primeros hijos de San Benito, encargado por él de llevar la Regla a Francia, gobernar durante mucho tiempo el monasterio de Grandfeuille. ¿Qué hace después? Abdica dos años antes de su muerte, nombra al que lo ha de sustituir y se retira a una celda pequeña para rezar día y noche sin ocuparse de nada más. Cualquier otro hubiera podido decirse: "He venido a fundar la orden benedictina en Francia, tengo que gobernar hasta el final para mantener la regla en todo su vigor". No actúa así, sino que se dice: "Quiero ver a mis hijos caminando solos, para que cuando yo desaparezca, la transición no sea demasiado fuerte. Quiero verlos funcionar, observar cómo actuarán cuando yo ya no esté". San Mauro no obra con personalismo, y durante esos dos años es cuando la orden benedictina se hace sólida en Francia. Su Madre General ha seguido el mismo camino, se ha hecho el mismo razonamiento. Lo vemos también cuando Nuestro Señor sube al cielo, todos los Apóstoles se desorientan. La Sma. Virgen no aparece, y sin embargo, ¿quién sostiene entonces la Iglesia? Ella, la Virgen María; se mantiene oculta en un cuartito de la casa de San Juan, y allí reza

por la Iglesia, por los Apóstoles que venían a verla, a rehacer sus fuerzas junto a ella, a buscar ánimo, a sumergirse en el espíritu de oración y de recogimiento.

¿No es esto lo que experimentaban estos últimos tiempos cuando entraban en el cuarto de su Madre General? Se entraba allí como en un santuario, se la miraba, se la contemplaba, se sentía uno como en otro mundo. Terminaba su obra, escuchaba la palabra de Dios y la ponía en práctica; parecía decirles: “Uds. también tienen que escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica”. Esta palabra, Hermanas, llega a sus almas por los que tienen autoridad sobre Uds. para guiarlas; la encontrarán en las enseñanzas de la Iglesia, en las instrucciones dejadas por sus Madres, en sus Constituciones. Su Madre ha sacado esas enseñanzas de fuentes puras, de la Sagrada Escritura, de los escritos de los Padres, de los que han sido especialmente escogidos por Dios para sostener el edificio de la Iglesia y hacer su obra aquí abajo. Tenía un don especial para sacar de todas partes lo que podía ser un bien para su Congregación. Por eso escogió en la regla de San Benito lo que les podía convenir y lo puso en sus Constituciones tan hermosas y admirables. Si comparan sus Constituciones con algunas reglas modernas, les extrañarían tantas complicaciones de reglamentos, nomenclaturas, de letanías sin fin que Uds. no tienen, y les gustaría volver a su regla y encontrar, como en la de San Benito, la sencillez de las grandes líneas católicas. Con Constituciones así, pueden Uds. caminar; en ellas tienen en verdad la palabra de Dios, porque su Madre, al escribir sus Constituciones, estaba inspirada por el Espíritu Santo. Permanezcan fieles así como a todos sus deberes, a todas sus tradiciones; guarden cuidadosamente lo que sus Madres han depositado en Uds. con esmero.

Para Uds., venerables Madres antiguas, es un deber recoger todos sus recuerdos, todo lo que les ha enseñado su Madre, para comunicarlo a las jóvenes que solo la han visto en estos últimos tiempos, y no han tenido como Uds. la dicha de contemplarla en todo su esplendor, cuando gobernaba con mano firme su Congregación. Transmitirán a las jóvenes las gracias, las enseñanzas que Uds. han recibido, para que entre Uds. corra siempre la misma savia, que se mantenga el mismo espíritu y que la obra que sus Madres tuvieron el encargo de fundar, se mantenga y se desarrolle.

* * *

La Reverenda Madre Vicaria General y las Religiosas de la Asunción le ruegan asista al funeral que se celebrará en su capilla de Auteuil el miércoles 30 de marzo de 1898, a las 10 en punto de la mañana, por el descanso del alma de su Muy Reverenda madre General y Fundadora

Madre María Eugenia de Jesús

Su Eminencia el Obispo de Montpellier presidirá y hablará de Nuestra Madre.

Circular de M. Madeleine de Jesús
después de la Misa del 30 de Marzo

Auteuil, 31 de Marzo de 1898

Muy querida Madre,

Espera con viva impaciencia el relato de nuestro hermoso día de ayer, y no es menos vivo mi deseo de compartir con Uds. nuestros consuelos, créalo.

El cielo estaba ya sereno desde la víspera y Monseñor de Cabrières, que había salido de Montpellier con una temperatura de invierno, con viento del Norte y nieve sobre las cimas cercanas, encontró aquí una brisa de primavera. Comprenderán cómo hemos bendecido al Señor, porque desde el 25 de Marzo estábamos bajo la nieve y nos hacía temblar la posibilidad de que Monseñor enfermara dejando el mediodía para venir a nuestra región. El miércoles por la mañana y pese a una espesa niebla, apareció un sol radiante, como el día de los funerales por Nuestra Madre. Disipó de tal manera las nubes, que era como si el cielo azul del mediodía se hubiera transportado a Auteuil para que pudiésemos manifestar nuestro agradecimiento al gran Obispo que desafió cansancios y rocíos para compartir nuestro luto y consolar nuestros corazones, alabando en nombre de la Santa Iglesia, a la Madre incomparable que lloramos.

Monseñor de Cabrières dijo misa el miércoles a las 7, y se retiró después a rezar. Mientras tanto, en la capilla revestida enteramente de blanco, como la vez anterior, recitábamos el Oficio de Difuntos. En el centro del coro, un catafalco recubierto también de blanco con cruces plateadas estaba preparado para la absolución.

El Abate Odelin, nuestro buen y servicial Superior, a pesar de su débil salud y de la hora tardía (las 10 h.) tuvo interés en cantar la Misa. El Rdo. P. Picard y sus religiosos estaban ahí para rendir un último homenaje a la memoria de la que se había entregado tanto a ellos. Religiosos Capuchinos, Dominicos, Carmelitas, Jesuitas, y Sacerdotes importantes llenaban los dos lados del coro.

Ha sido tal la afluencia de amigos que se necesitó, además de la capilla, el antecoro, las dos capillas laterales que estaban llenas, dejar la tribuna para las antiguas alumnas y relegar a nuestras alumnas a la sala que precede a la tribuna y a la ropería de las niñas, desde donde pudieron seguir la misa y no perder nada de las palabras de Monseñor.³²

Al final de la Misa, hacia las 11, fue cuando Monseñor empezó su alocución. Desde lo alto de la sede colocada sobre unos escalones como cátedra, habló como sabe hacerlo desde su corazón y su talento tan delicados y finos. Tomó

³² Circular de M. Marie Célestine del 24 de marzo de 1898. El texto completo de esta alocución es un fascículo de 35 páginas.

como texto el versículo del Salmo 72: *“Tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me, et cum gloria suscepisti me”*.³³

Hizo la siguiente división:

- 1) Dios preparando a Nuestra Madre para su gran misión, llamándola y llevándola de la mano, es la vocación.
- 2) Dios, por medio de la voz de sus diversos instrumentos, mostrándole con claridad lo que quería de ella y la obra a la que debía consagrar su vida.
- 3) Y Dios, siempre inspirador, guía, guardián de la obra, dándole el crecimiento y la fecundidad: atrayendo vocaciones, santificando las almas, multiplicando las fundaciones. Y después de haber llevado a cabo tantas obras gloriosas para Dios y para la Iglesia, Nuestra Madre apareciendo más grande en la prueba que en la plenitud de su actividad y en el éxito de sus trabajos; dimitiendo ella misma de la autoridad que había ejercido durante sesenta años y mostrándose tan humilde y obediente que al verla durante estos cuatro últimos años, se hubiera dicho que no mandó nunca sino que siempre obedeció.

Monseñor ha tenido una página admirable sobre M. Thérèse Emmanuel, esa ayuda incomparable para Nuestra Madre. Pero ya le he hablado demasiado ¡yo que tanto deseaba callarme!. La boca habla de la abundancia del corazón, me lo perdonará. Monseñor citó textos ideales de San Jerónimo, y terminó con Bossuet, dejando a la numerosa asistencia, que había tenido bajo el hechizo de su elocuencia durante una hora, el siguiente consejo: “ El tiempo no es nada en sí mismo. Su destino es correr y perecer; pero Dios nos ha permitido poner en él algo inmutable, algo que no perecerá jamás”.

Después de haber revestido la capa, Monseñor, asistido por el capellán de Auteuil dio la absolución, y tocaban las doce cuando se retiró.

Imposible decirles todos los testimonios de afecto, de simpatía, que hemos recibido por parte de todos los asistentes; los pésames, las pruebas de respeto y de veneración con las que se rodea la memoria de Nuestra tan querida Madre. Todos desean un recuerdo suyo, algo que ella haya tocado o que le haya pertenecido. La madre de una de nuestras niñas, enferma con fiebre desde hace seis meses, al depositar sobre ella unas flores que Nuestra Madre había tenido entre sus manos después de su muerte, se sintió curada de repente de esa fiebre constante, y atribuye esa gracia a la intercesión de “nuestra santa Madre Fundadora”. Cuanto más se humilló, tanto más la exalta Dios, y nosotras, sus hijas, que hemos sido testigos de sus grandes virtudes, nos levantaremos a nuestra vez y la proclamaremos “bienaventurada”, proclamaremos el ejemplo que nos ha dado constantemente y cómo la primera, a ejemplo del Maestro, hacía lo que su palabra nos enseñaba después con no menor gracia y persuasión. A nosotras nos toca ahora realizar el ideal divino tal como Dios lo quiere de nuestra Asunción.

³³ “ Tú tomas mi mano derecha, me guías según tus planes y me llevas a un destino glorioso”

Quisiera darle buenas noticias de M. Marie Célestine, pero desgraciadamente no puedo hacerlo; Dios, que tan maravillosamente la ha sostenido, permite ahora que sus fuerzas físicas acusen el contragolpe de su tan grande dolor. Sin embargo, hoy está mejor que ayer, lo debemos sin duda a Nuestra Señora de los Dolores y le pedimos que sea para Nuestra querida Madre Vicaria fuerza y consuelo.

A Dios, querida Madre. Crea en mi tierno y sincero respeto en Nuestro Señor.

S. Madeleine de Jesús.

* * *

ANEXO – II – RECUERDOS Y PERIÓDICOS

RECUERDOS DE NUESTRA MADRE **Por S. Jeanne Marie de l'Enfant Jésus** (autora de los Orígenes)

* * *

PRIMERA CHARLA SOBRE NUESTRA MADRE con las Hermanas del Noviciado – 14 de Marzo de 1898

Me parece, Hermanas, que todas desean que les hable de Nuestra Madre, y les confieso que hoy me sería difícil hablarles de otra cosa. Quiero hablarles de las grandes devociones de Nuestra Madre: el Ser de Dios, la Pasión de Jesucristo, la Sagrada Eucaristía, la Iglesia, y mostrarles cómo estas devociones se encadenan y se complementan. Después de lo que les dije ayer el Rdo. P. Dom Logerot, sería inútil; han comprendido el alma de Nuestra Madre, y su santidad se les apareció en una gran luz. Pero ¿cómo llegó a ser santa? Es lo que quisiera estudiar hoy con Uds.

Es una gracia muy grande para nosotras, Hermanas, que Dios haya puesto en la cuna de nuestra Congregación a dos santas como M. Thérèse Emmanuel y Nuestra Madre. No tenemos más que seguirlas, conservar su espíritu y caminar tras sus pisadas. El Rdo. P. Dom Logerot nos decía ayer: “Me parece que un único sentimiento ocupa en estos momentos sus corazones: desean llegar a ser santas”. Creo que tenía razón. Ese dolor tan profundamente sentido no ha traído consigo ni abatimiento, ni desánimo. Por el contrario, uno se sentía como llevado hacia lo alto; no se decía: todo ha terminado, sino: todo empieza. Una gran vida se acabó, es verdad, pero esa vida va a dar sus frutos. Una era nueva va a abrirse para la Asunción, es la segunda época. La primera se ha cerrado: nosotras, las antiguas, podremos servir de transición, pero desapareceremos pronto, y son Uds., las jóvenes, las que son la Asunción del porvenir. ¡Ah! Consérvenla tal y como nuestras Madre la han hecho; no traten de hacer las cosas mejor, sería una ilusión del espíritu tentador. Desarrollen la savia puesta por Dios en la raíz del árbol, vivan de esa savia, es divina y no puede morir; las ramas desprendidas del tronco que quieren vivir su propia vida, pueden estar seguras de que no tardarán en morir. Incluso Nuestra Madre no ha sido más que un instrumento, un vaso, si quieren, escogido por Dios para recibir ideas y extenderlas. ¡Pero qué dócil fue, qué obediente, enteramente entregada a la acción divina! En eso es en lo que nos tiene que servir de modelo.

En la santidad hay dos partes: la parte de Dios y la parte del hombre. La parte de Dios es la gracia, siempre precursora e iluminadora; la parte del hombre es el trabajo y el sufrimiento.

Veamos la parte de Dios en la vida de Nuestra Madre. Siempre es Dios el que comienza, porque la criatura no puede ir a Él si no es llamada.

Nuestra Madre, lo saben, fue educada en una familia poco cristiana, pero la gracia se apoderó de ella el día de su primera Comunión. Al volver de la Sagrada Mesa, oyó una voz que le decía: *“Perderás a tu madre, pero yo seré para ti más que una madre. Llegará un día en el que dejarás todo lo que amas para glorificarme y servirme en esta Iglesia que no conoces”*. Al mismo tiempo, Dios la llenó de un sentimiento profundo de los derechos divinos: comprende la infinita grandeza de Dios y su extremada pequeñez; su corazón de niña se estremece al pensar que posee a Jesucristo por el que ella, tan pequeña, puede dar gloria a Dios y honrarlo como merece.

Esta palabra interior, oída en la mañana de su vida, el día de su primera Comunión, será la palabra de Nuestra Madre, de su vida entera, su gracia; ir a Dios por Jesucristo, adorar los derechos de Dios y unirse al sacrificio de Jesucristo. Ved, Hermanas, que la gracia de una alma no cambia, es la *forma* de su vida interior, como dirían los escolásticos; esta gracia evoluciona, se ilumina, se aplica a diferentes estados; pero es siempre la misma gracia o la misma luz que ha iluminado una verdad fundamental. Por eso la Iglesia pone en los labios del sacerdote, con frecuencia anciano, estas palabras inspiradas: *Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam*. Esa palabra de la vocación oída en la juventud, Dios la repite siempre; es eternamente joven y al alma le parece oírla siempre por primera vez. Aunque para realizarla, se necesita la vida entera.

Comparen la primera y la última Comunión de Nuestra Madre: setenta años separan ambos acontecimientos, pero es el mismo Dios el que se acerca. Ha hecho comprender sus derechos a un alma muy joven, tan poco preparada, tan ignorante de las cosas divinas; Ahora afirma sus derechos, en una vejez deteriorada por los trabajos, aniquilada por los sufrimientos, y le pide hoy el holocausto completo. El alma ha realizado la palabra de su primera Comunión, lo ha dejado todo para glorificar a Dios y servir a la Iglesia; ha pasado por muchas pruebas, ha inclinado su cabeza bajo muchos sufrimientos. Y eso no es todo, no es bastante. Ha habido que pasar por el anonadamiento, y entonces ha llegado la hora suprema. ¿Puede hablar con Dios en este momento? No lo sabemos: desde hace mucho tiempo, ya no habla a la tierra; pero Jesucristo viene a ella, viene para adorar a su Padre, para ofrecer la víctima, para unir esta muerte a la suya, el sacrificio de su Esposa a su propio sacrificio.

No olvidemos esa página admirable de Bossuet que le gustaba citar a Nuestra Madre en el momento de la muerte de nuestras Hermanas: “La agonía de los

cristianos estaba en la cruz, claramente presente a los ojos y al corazón de Jesucristo, y ¿quién podría comprender la amplitud y el esfuerzo de la caridad con la que mira su agonía como inseparable de la suya? Todo lo que hizo entonces, lo hizo en pago de sus cometidos y en suplemento de su impotencia; la santificó en un espíritu de sumisión y de penitencia, de sacrificio y de homenaje a la soberanía de su Padre”.

Este es el misterio que hemos visto cumplirse ante nuestros ojos, Jesucristo supliendo la impotencia de su criatura, el Esposo divino, siempre fiel, llamando a un alma en los días de su infancia, asociándola a su obra para la salvación de las almas, y luego ofreciéndola a su Padre cuando la tarea está cumplida, la unión consumada.

Estos recuerdos me han llevado demasiado lejos; volvamos a la primera Comunión de nuestra santa Madre. La gracia de su primera Comunión no fue cultivada, pareció quedar infecunda. Pero Dios no se contenta nunca con llamar una sola vez a su criatura. Vuelve más apremiante y con más fuerza. La segunda llamada de la gracia se dejó oír al pie de la cátedra de Notre-Dame. El Padre Lacordaire predicaba. Su palabra disipaba las dudas que turbaban ya este alma joven; la verdad aparecía ante ella con claridad, luminosa, y sacó enseguida esta conclusión: *“No estoy en este mundo sino para servir la gran causa de la verdad, trabajar por Dios y por la Iglesia”*.

Escuchemos a Nuestra Madre contar ella misma al Padre Lacordaire la historia de su juventud y lo que ella llama su conversión: *“Perdí a mi madre a los quince años para ir a caer en una casa más descreída todavía. Allí, dejé de acercarme a los sacramentos, y mis dudas se reforzaron. Pasé algunos años interrogándome sobre la base y el efecto de esas creencias que yo no había comprendido nunca. Sola y libre en mis pensamientos que no interesaban a nadie, me preguntaba con frecuencia qué sería un día de todos esos seres y de mi misma; si más allá de la tumba quedaría algo de nosotros, y sobre todo cuál era el misterio, cuál era el deber de nuestra existencia aquí abajo. Pero Dios, en su bondad, me había dejado un vínculo de amor; podía dudar de la inmortalidad de nuestra alma, pero rechazaba involuntariamente todo lo que atacaba al Sacramento de nuestros altares; y cuando, en la iglesia, veía la sagrada Hostia en las manos del sacerdote, le pedía, a mi pesar, que me hiciera sin mancha como ella y que me atrajera hacia lo alto.*

Pero toda mi instrucción, en la que Cristo no figuraba para nada, traía con su desarrollo mismo un obstáculo invencible hacia esos bienaventurados atractivos. Fue entonces, Padre, cuando la misericordia que me perseguía me llevó junto a su púlpito. Como había que seguir conferencias de Cuaresma, escogí las suyas. La gracia me esperaba ahí. Su palabra respondía a todos mis pensamientos,

explicaba mis mejores instintos; alimentaba mi inteligencia y reanimaba en mí esa idea del deber, ese deseo del bien, pronto a marchitarse en mi alma; y me comunicaba una nueva generosidad, una fe que ya nunca nada podría hacer vacilar. No le diré, padre, que mida mi agradecimiento, esos beneficios no se pagan más que en cielo.

Era el último año de sus Conferencias. Antes de que se marchase a Italia, me atreví a solicitarle unos momentos, y aunque entonces no le hablé más que de mis dudas, de las dificultades de mi posición, y aunque mis primeros pensamientos de vocación religiosa no provocaron en Ud. más que su sonrisa, yo estaba realmente convertida, y había concebido el deseo de entregar todas mis fuerzas, o mejor dicho toda mi debilidad a esa Iglesia, única desde entonces, que tenía a mis ojos el secreto y el poder del bien.

Pero ¿qué hacer por Dios? ¿cómo servir a la Iglesia? La joven va hacia delante sin conocer su camino; durante ese tiempo, Dios la atrae poderosamente hacia la Santa Eucaristía. Esa hostia que le pareció tan radiante el día de su primera Comunión, ya no puede mirarla sin derramar lágrimas. Su alma se derrite de amor al pie del Tabernáculo, quisiera permanecer ahí siempre. ¿Es eso lo que Dios le pide? No. La voz del Maestro se hace oír de nuevo.

Dios suscita un hombre para precisar la obra a la que María Eugenia debe consagrar su vida. No les relato el encuentro con el P. Combalot, la turbación de Nuestra Madre, el espanto que le produce la idea de ser fundadora, lo saben todo. Pero Dios ha hablado por su representante, Él es el Maestro, al alma no le queda sino obedecer. La joven lo deja todo: familia, amigos, placeres del mundo, porvenir brillante, y se entrega a Dios para hacer su voluntad.

Aquí comienza la parte de la criatura. Esta parte es doble: se compone de trabajo y de sufrimiento. El trabajo también se divide en dos partes: trabajo interior y exterior; trabajo sobre sí mismo para ser santo, trabajo sobre los demás para establecer el reino de Dios en las almas; luchas internas para morir a sí mismo, luchas externas para triunfar de las dificultades que llegan de fuera. Nuestro Señor no se las ha ahorrado a Nuestra Madre

Veamos primero el trabajo interior. ¡Con qué coraje lo emprendió Nuestra Madre! Lean las cartas escritas desde la Côte St. André. Nada en su educación había preparado a nuestra querida Madre para la vida religiosa; y enseguida se lanza a la obediencia, a la mortificación, a todas las prácticas de pobreza y de dependencia del noviciado. Interiormente, trabaja sobre su alma, ve sus defectos y quiere corregirlos todos; quiere morir a sí misma, al mundo, y no tiene otra inquietud que la de ser un obstáculo para la obra que Dios le confía. Un acento de humildad y de fervor inflama cada página.

Terminado el noviciado, ¿creen que ha terminado el trabajo interior, que todas las virtudes están adquiridas y todos los defectos corregidos? ¡Oh! No tengan la ingenuidad de creerlo, queridas Hermanas, se llevarían más tarde demasiadas desilusiones. Nuestros defectos naturales, y los tenemos todas, son en nosotras como la raíz de nuestro ser, renacen siempre; hay que destruirlos sin cesar, arrancarlos, trabajar siempre la tierra de nuestra alma. En eso consiste el heroísmo de la santidad. Es una lucha sin cuartel, un trabajo incesante hasta la muerte.

Me dirán Uds.: Pero ¿cómo? ¿no puede uno establecerse para siempre en la paz? - ¡Oh! sí, en la paz de la humildad y del conocimiento de sí mismo, en el amor a su propia pequeñez y la confianza en la infinita misericordia de Dios. Son las fuentes de la paz y no conozco otras. Pero estas fuentes no se conocen desde el primer día, ni siquiera durante los primeros años de la vida religiosa. Se necesita tiempo para escalar las cimas a las que no se sube sino descendiendo.

Lo que más cuesta cuando se escribe la vida de los Santos – o de las almas santas – es que no se puede decir nunca toda la verdad, es decir, mostrar todo lo que cada uno tenemos que luchar hasta la muerte contra ciertos defectos que pertenecen más o menos a nuestra naturaleza y reaparecen cuando los creemos vencidos. Esto es para nosotros una gran humillación y un medio seguro de santificación. Nos esforzamos, nadie lo ve; pero el día que caemos, todo el mundo lo constata. ¿No es hermoso levantarse siempre? ¿Seguir su camino con la mirada fija en Jesucristo, modelo de toda perfección; olvidar lo que se ha hecho para hacer más todavía, no extrañarse de nada y crecer siempre en la confianza y en el amor? Es la verdad de los santos, cuando estaban trabajando para *hacerse santos*. Confundimos sin cesar el tiempo con la eternidad, dice admirablemente Bossuet. En el descanso del cielo, *la quietud eterna*; en la tierra el trabajo, el sufrimiento, con *alternativas de reposo*.

¿Quién comprende estas cosas? sobre todo en la práctica. Las gentes del mundo son demasiado ignorantes para ello, y hay muchos ignorantes también en la vida religiosa. Y uno se escandaliza de lo que por el contrario, debería edificar profundamente.

Al trabajo interior, que sabemos tan grande por la correspondencia de Nuestra Madre, tan perseverante y tan duro, añadamos el trabajo exterior. ¡Es importante la fundación de una Congregación! ¡Y fundar casas!... Tener que ocuparse de las almas, de los asuntos, de los colegios, de los edificios, de la salud, etc... Y dense cuenta de que durante mucho tiempo Nuestra Madre no tuvo a nadie que le ayudase - solamente M. Thérèse Emmanuel para el Noviciado –, que llevaba sola el peso de los asuntos y se ocupaba personalmente de todo. No lo hacía por gusto, ya que con frecuencia le dice al P. d'Alzon que es muy perezosa por naturaleza, que nada teme tanto como el trabajo y que no aspira más que al descanso. Varias veces trata de descargarse del gobierno: pero en nombre de Dios y de la

obediencia, él le ordena volver a su tarea, y esa tarea la ha llevado valientemente hasta el final, es decir, hasta que sus fuerzas se lo han permitido.

Hablemos ahora de los sufrimientos de Nuestra Madre, puesto que el sufrimiento hace los Santos. Destrozada primero por el P. Combalot, después por muchos otros que parecían tener como misión machacar su alma, y estar presentes en sus designios: las penas de familia más amargas, penas en la Congregación por muertes súbitas que destruían sus más queridas esperanzas, o salidas inesperadas que le rompían el corazón: no le fue ahorrado nada. Ciertamente esta querida Madre sufría cuando perdía una hija tiernamente querida; pero el alma estaba preparada y podía volarse al cielo. Cuando había cobardía, ingratitud, infidelidad a Dios, traición a su Madre, ¿quién puede decir cuánto era su sufrimiento? ¿y quién puede decir los esfuerzos de Nuestra Madre, su ternura, su paciencia, para encontrar a la oveja perdida y volverla al redil?...

Si existían penas internas, ¡cuántas dificultades externas!... ¡Cuántas veces vio la fundadora obstaculizadas sus obras, y sus intenciones mal juzgadas!... Hubo errores respecto a ella, errores quizás inconscientes, pero que la hacían sufrir. No se quejó nunca; lo perdonaba todo, lo olvidaba todo, no se apiadaba de sí misma y no hablaba nunca de sus pruebas. La he visto en horas muy dolorosas, y jamás he oído salir de su boca palabras que no fueran de adoración de la voluntad de Dios y de bondad hacia quien le hacía sufrir. A esas horas es cuando he visto su grandeza.

Pero hay que reconocer que junto a las dificultades inherentes a su cargo, también existían consuelos. Nuestra Madre era muy querida por sus hijas, bastaba con que dijera una palabra para que las voluntades se doblegaran, su influencia se extendía a todos los que la conocían. Estaba muy dotada para el gobierno, el poder de su palabra era grande, y tenía un encanto al que nadie resistía. Tuvo que dejar todo eso.

El Sr. Gouraud, un amigo de los primeros días de la Congregación, le decía a S. Marie Gonzague que uno de sus sueños era el de ver a la Madre María Eugenia en su vejez. "Irá lejos, decía, con tan buena constitución; y por su luminosa inteligencia, su bondad tranquila y sosegada irradiará sobre todas sus hijas. La veo como una reina en medio de su pueblo, cada vez más serena conforme avance en la vida, y también cada vez más poderosa por su sabiduría, su experiencia y su bondad indulgente; dirigiéndolo todo, con sus consejos si las fuerzas físicas la abandonan, y siendo hasta el último día el alma, la vida, la alegría de la Congregación". Desgraciadamente ¿quién hay entre nosotras que no tuviera ese sueño y deseara verlo realizado?... Dios no lo ha querido. ¡Y es el Dueño! Ve más allá que nosotras. Era necesario que este alma recibiera el último sello de la semejanza, y que después de haber sufrido por Jesucristo, fuera humillada con Él,

que todo le fuera arrebatado, y que Dios, afirmando sus derechos, no oyese nunca otro grito que no fuese de adoración y de amor.

Y ¿qué hemos visto? A Nuestra Madre despojada de todo y dejándose hacer, perdiendo día a día esa inteligencia tan poderosa, esa maravillosa memoria, esa facilidad de palabra, ese encanto en la conversación que deslumbraba a todo el mundo: poder de actuar, poder de hablar, poder de gobernar, incluso poder de pensar, todo desaparecía al mismo tiempo. ¡Tenía que expiar su gloria! ¡era necesario que sufriera y fuera humillada con Jesucristo! ¡*Oportet pati!* Le quedaba un solo poder: el de adorar y someterse. Se ha dicho demasiado que no comprendía su estado: era arrebatarse su última aureola. Para mí, que era la última gota vertida en el cáliz de la amargura. Nuestra Madre lo comprendía todo, las Hermanas que la rodeaban más de cerca y la seguían día a día se lo dirán, y yo podría citarles muchas palabras que lo prueban. Ciertamente que ya no estaba en estado de gobernar la Congregación, ni siquiera de seguir una conversación; su alma se había cerrado a las cosas de este mundo, pero ¡qué fácilmente se abría a las del cielo! ¡cómo sabía rezar! ¡y cómo sabía sufrir!

Con qué valor aceptó la prueba, “triturando su alma con calma y poder” como dice el Venerable Beda; porque, créanlo, lo ha sentido todo, sobre todo al principio. Pero únicamente salieron de sus labios palabras de adoración, de amor, de tierno agradecimiento. Ninguna amargura, ninguna nostalgia por nada, dejaba que le quitaran todo, y hay palabras que destrozan el corazón y que prueban que por la fuerza de la costumbre hubiera podido aferrarse a muchas cosas, pero en su alma una costumbre dominaba todas las demás: la adoración de la voluntad de Dios.

En las pocas palabras que nos dirigió Monseñor Richard, lo que más me ha emocionado, es la historia del anciano sacerdote que no podía hacer ya nada, dejándose pasear en un cochecito alrededor del jardín. Le preguntaron lo que hacía, y contestó: “Hago la voluntad de Dios”.

En cada hora del día, en cada una de sus más insignificantes acciones, Nuestra Madre hubiera podido contestarnos: *Hago la santa voluntad de Dios... me humilla, me purifica, me hace descender, y yo adoro y me someto.* M. Thérèse nos decía que cuando nuestra querida Madre sufría, la oía repetir muchas veces durante la noche: *¡Que se haga tu voluntad!* Créanme, Hermanas que durante esa larga noche de más de tres años, Nuestra Madre no ha repetido otra cosa. Es el único sonido que produjo su alma, el único sentimiento que han traicionado algunas palabras que hemos podido escuchar durante estos últimos años y estos últimos meses. En cuanto a los últimos días, Nuestra Madre había entrado ya en el gran silencio de la eternidad y aceptaba la disolución de su ser como el acto supremo de adoración.

De todo esto, Hermanas, deriva para nosotras una gran lección. Si la santidad se compone por parte de Dios de la gracia, que no contenta con precedernos, nos sigue y nos acompaña todo a lo largo de nuestra vida; si por otro lado, para ser santo, hacen falta por parte del hombre trabajo y sufrimiento, vemos por el ejemplo de Nuestra Madre a qué altura de santidad se llega por ese medio.

El resultado del trabajo interior de toda su vida, son las virtudes de paciencia y humildad que ha evidenciado durante estos últimos tiempos y ha practicado en grado heroico. Y nótenlo, no las ha adquirido, las ha revelado; el trabajo interior viene de más lejos, y es fácil seguirlo en sus notas íntimas. En cuanto al trabajo exterior, ya ven los resultados. Es su obra, su Congregación, la Asunción ha recibido de ella el soplo de vida, la formación, el desarrollo, todo.

Y también el sufrimiento... Hemos sufrido mucho con Nuestra Madre estos últimos años, pero sobre todo ¡le hemos visto tal grandeza!... Yo, he adorado tanto los derechos de Dios sobre ella, que me atrevo a esperar que me dejará en herencia su gran devoción, no le he pedido otra cosa. He sufrido mucho estos últimos días, sobre todo al ver ese alma tan grande bajar poco a poco, perder por completo el poder de actuar, su influencia; quedar reducir a no inspirar más que una tierna compasión en lugar de la admiración tan viva que suscitaba cuando uno se acercaba a ella. ¡Oh! ¡qué cruel era verla así!... Hemos visto al buen Sr. Ménard deshacerse en lágrimas ante un cambio tal. Y sin embargo, ¿quién nos dice que esta parte de la vida de Nuestra Madre no es la más hermosa? ¿quién nos dice que en la balanza divina estos tres años de humillación y de sufrimiento no tienen un peso mayor que los largos años de trabajo en tantas obras, pero rodeados de una cierta gloria?

¡Es el secreto de Dios! para nosotras es un misterio y también una lección. No nos extrañemos del trabajo que tenemos que hacer sobre nosotras mismas, y estemos seguras de que dará su fruto. Trabajemos también en la obra exterior que Dios nos confía, pongamos en ella nuestra atención, nuestra entrega, nuestro amor. Y luego, preparémonos a disminuir, a no ser necesarias; preparémonos a la impotencia, al anonadamiento, al silencio de todo lo creado. El Sr. Malhéné decía hace algún tiempo: “La Superiora escribe en este momento la página más bella de su historia”. Y una mujer del mundo, amiga de Nuestra Madre, añadía: “Su Madre les da en este momento un gran ejemplo. ¡Cómo ha sabido disminuir y renunciar a todo, esta mujer que había tenido tantas cosas entre manos!... Y no crean que no haya sentido nada, se ha dado cuenta de todo, pero lo ha aceptado todo con una dulzura y una humildad incomparables”.

Hermanas, hay dos clases de almas en la vida religiosa: las que se entregan y las que se reservan. Pero también hay otra categoría: las almas que saben sufrir y las que no saben sufrir. Las primeras son verdaderamente grandes, verdaderas

Esposas de Jesucristo, se elevan sin cesar y terminan por establecerse en la adoración y en la paz, convirtiéndose así en grandes contemplativas. Las otras, las que no saben sufrir, descienden fatalmente; al primer choque, se rompen y se quedan tristes, desanimadas, y con frecuencia amargadas.

¡Oh! Mis queridas Hermanas, que el ejemplo de Nuestra Madre nos enseñe a sufrir, a soportar la humillación que tememos más todavía que al sufrimiento. *Dios no sabe hacer santos sin humillaciones*, me decía un día Nuestra Madre. ¡Con cuanta frecuencia le he aplicado esta palabra adorando los designios de Dios sobre ella!... Es que, en efecto, el sufrimiento tiene una aureola que admiramos; pero no vemos la aureola de la humillación, y sin embargo es la marca de la semejanza con Jesús Crucificado. ¿Hemos leído alguna vez la Pasión de Jesucristo sin darnos cuenta de la parte dada a la humillación en el relato evangélico?

Le preguntaban hace poco a nuestra querida Madre de dónde había sacado tanta paciencia. – Contestó: *De la meditación de la Pasión de Nuestro Señor*. De ahí también ha sacado su profunda humildad y la adoración práctica de todos los derechos de Dios. Y hemos vuelto a su primera gracia de la que la última no ha sido más que la coronación, tanta unidad hay en nuestra vida.

Para que comprendan mejor y para resumir lo que he podido decir, voy a leerles una página escrita en 1847, Nuestra Madre tenía entonces treinta años. Será consolador para nosotras oírla hablar de sí misma. Es una carta al Padre d'Alzon.³⁴

*Desde hace ocho días, he meditado mucho la Pasión; pero hoy, esta palabra de Santa Catalina de Siena, que había leído hace algún tiempo sin sacar nada de ella, me ha cogido tanto y tan profundamente que no dejaba lugar a ningún otro pensamiento: **Tú eres el que es, y yo soy la que no es**. No sabría decirle qué descanso era para mi alma ese poder infinito de Dios y mi total impotencia. ¿Cómo Dios no excusaría todas mis miserias puesto que soy la que no es, y cómo Él, que es, y que todo lo puede en mi inteligencia, en mi corazón, en mi alma y en mi voluntad, podría no escuchar con indecible compasión la oración que le hago de ser en todas esas cosas, por su poder, lo que quiere de mí? Porque siento que no deseo en absoluto ser o tener algo, sino que sólo deseo que Dios me preste en cada hora lo que necesito de ser y de voluntad para cumplir sus designios sobre mí. La seguridad que tengo de esta disposición me ha dado una especie de tranquilidad momentánea sobre el estado de mi conciencia. Ya, en la época de mi retiro, el Poder, la Sabiduría, el Amor y la Santidad de Dios habían sido para mí como una atmósfera en la que me parece*

³⁴ Cf. la circular de M. Madeleine del 2 de marzo de 1898. Esta carta es del 16 de febrero de 1847. Se encuentra clasificada en el Vol.IX de la correspondencia con el nº 1818.

que mi alma respira y descansa de su impotencia, de su imbecilidad, de su sequedad y de sus manchas. En Jesucristo, durante un tiempo vi más la humanidad; ahora, veo con mayor frecuencia el Verbo, Dios. Experimento algo que no sé cómo decir ni justificar; me parece que no es demasiado todo lo que es Dios en su infinita perfección para saciar la sed y curar los males de mi alma. La vida es para mí una especie de enigma doloroso y no sé qué pensar de lo que me toca más de cerca, ni qué querer de lo que no está directamente definido por la Ley divina; veo en Dios, más allá de la vida, la plenitud del conocimiento y de la perfección. Por eso, sin formarme nunca un deseo completo respecto a esto, puesto que no creo que Dios lo quiera ahora y que además no soy digna de ello, me parece soberanamente deseable ir a esa infalible Verdad por la muerte, que nos hace depositar ahí el peso de nuestra vida de cada día, quizás tan culpable y seguramente tan imperfecta, tan pobre de ese conocimiento y de ese amor que engendrará invenciblemente la posesión de las realidades eternas.

Pero ¿qué le estoy diciendo? Son sin embargo las cosas más prácticas que he pedido ante la Santa Hostia a la que me acerco como al trono de Dios en la gloria. Sobre todo el espíritu de sacrificio, el amor al sufrimiento, ser encontrada capaz de sufrir algo por Dios, y comprender y practicar la virtud en toda mi vida.

¿Qué añadir a estas páginas admirables? Hay que meditarlas y aplicarlas a nuestra alma.

* * *

Segunda charla sobre Nuestra Madre **21 de Marzo de 1898**

Me han pedido, queridas Hermanas, que vuelva a hablarles de Nuestra Madre. Me gusta hacerlo y se lo agradezco; porque el dolor es más profundo cada día y se siente un vacío más hondo. Ese vacío, hay que llenarlo viviendo de recuerdos, volviendo sobre sus palabras, sus enseñanzas, los ejemplos de nuestra santa Madre. Hoy quisiera hablarles de lo que yo llamaría su personalidad o sus ideas, es decir su manera de ver, de juzgar, de comprender las cosas. Así podrán conocerla mejor y desearán más conservar su espíritu.

Lo que caracterizaba a Nuestra Madre era la profundidad. ¡Dios mío! ¡qué hermosas son las almas profundas y cómo escasean!... Tienen que contar con el juicio superficial de todas las almas superficiales y esas no escasean. Su hermosura está por dentro; pueden tener defectos exteriores, también encantos y eso es lo que se ve. Brillante, amable, inteligente, era lo que el mundo veía; pero había algo más en Nuestra Madre. Podía constatarse la grandeza de su espíritu,

pero ¿se conocía la profundidad de su corazón?. No. “Nos ha revelado el corazón de Nuestra Madre”, me decía una Hermana después de haber leído el cuaderno sobre nuestros orígenes. Y observen que es Nuestra Madre la que se revela ella misma en sus cartas, yo no añado nada.

Dios la había dotado de una elevada inteligencia y de una gran bondad... Los que la veían por primera vez decían: “Es una mujer superior”, y los que la veían a ciertas horas y en ciertos días, añadían: “¡Es un gran corazón!”. Ahora, los pequeños y los humildes van a levantarse para decirnos lo que era el corazón de Nuestra Madre. Vean el testimonio de algunas Hermanas Coadjutoras, sus cartas son admirables, no se pondrá nada más bello en la vida de nuestra venerada fundadora. ¡Y las cartas de las niñas! Emocionan por su agradecimiento, su veneración, la confianza filial hacia su Madre que se ha ido al cielo!... Le rezan, la invocan en sus penas, envían a sus padres enfermos flores que han tocado su tumba; las antiguas recuerdan algún rasgo de bondad recibido personalmente, una palabra que les hizo un bien y que nunca han olvidado.

Las enfermas a las que cuidaba con tanto amor, las niñas a las que quería, las almas que sufrían y que consoló, son las que se levantarán para dar testimonio de lo que era el corazón de Nuestra Madre. “Nadie pacifica tanto como Ud., le escribía el P. d’Alzon, nadie consuela como Ud.... Jamás he conocido a alguien con una naturaleza tan bienhechora como la suya”.

¡Y cómo sabía perdonar! ... El P. Picard le dijo varias veces: “Madre, hay una bienaventuranza de la que gozará en el cielo, ¡la de los misericordiosos! **Beati misericordes**”. Al avanzar en la vida, Nuestra Madre entraba más y más en esa bienaventuranza y la convertía en palabra de su alma. Se conmovía cuando alguien se daba cuenta y un día me dijo sonriendo: *Encuentran que me vuelvo más misericordiosa; pero trabajo mucho en ello.* – En otra circunstancia, yo me extrañaba de ver hasta qué punto Nuestra Madre había olvidado algunos procesos penosos, y me dijo: *¿Cómo quiere Ud. que no olvide? Cuando se está un poco unido a Dios en el fondo del alma, todas esas cosas exteriores caen y pasan por sí mismas, no queda nada. Cuando más edad tengo, más procuro no ver en cada criatura sino lo que veré durante toda la eternidad. Lo que pertenece al tiempo pasará con el tiempo; pero las virtudes, los sufrimientos, el trabajo por Dios y por la Iglesia, eso será eterno.*

La **misericordia** de Nuestra Madre provenía de su justicia. Sabía ver las circunstancias atenuantes, lo fuerte y lo débil de cada uno, las intenciones a veces buenas aunque el acto fuera en sí mismo reprobable; sabía distinguir. Así es como Dios nos juzgará un día, ¡Él, la infinita misericordia y la infinita justicia ¡... ¡Cuánto mejor es caer en manos de Dios o de los que se le parecen, que caer en manos de los hombres, siempre mezquinos y estrechos en sus juicios!

La estrechez de miras, es lo más absolutamente opuesto a la naturaleza de Nuestra Madre. Era excesivamente amplia de corazón y de espíritu. Esa amplitud de espíritu es la que la hizo entrar de lleno en un catolicismo tan puro y tan completo. No hubiese comprendido otro, y es lo que hace que de un periodo de ignorancia y de duda, pase sin transición a la plenitud del espíritu católico. Con su mente tan profunda, pescó de inmediato las consecuencias de los principios que acababan de revelarse a ella. Nada más dilatador, más grande, más luminoso que el espíritu católico, Nuestra Madre lo recibió por entero. Y sin embargo, no era intolerante, no despreciaba a los que pudieran tener algunos matices fuera de ese espíritu. No comprendía ni a los galicanos ni a los liberales, cualquier error le resultaba soberanamente antipático; pero lo toleraba en personas influidas por la época, por ideas recibidas, por prejuicios y rendía justicia a las intenciones. Unida a los obispos más romanos de Francia, Nuestra Madre tenía sus mismas ideas; pero yo la he visto confiar mucho en las relaciones con Monseñor Dupanloup que decía: "No hay mujer en Francia que comprenda la educación como la Superiora de la Asunción". Siempre la he oído hablar del P. Lacordaire con gran admiración; porque no era exclusiva y veía en cada naturaleza lo que Dios había puesto de bueno en ella, lo que podía ser útil a la causa de la verdad y de la Iglesia.

Esta amplitud de miras hacía el encanto de nuestros recreos de antes, se podía hablar de todo, interesarse en todos los problemas. No es que no hubiera opiniones exageradas en las hermanas, pero Nuestra Madre restablecía en todo la verdad, en la **verdad de la caridad**. La buenísima Madre M. Thérèse era de una intolerancia que sobrepasaba cualquier expresión. Quería que Dios hiciera descender fuego sobre la Cámara de los Diputados para abrasarlos a todos. *Pero S. Marie Thérèse, hay inocentes en esa Cámara*, decía Nuestra Madre.- ¡Qué más da, Madre, Dios los separará después de su muerte!". Los galicanos, los católicos liberales, y en política, los republicanos, los orleanistas, los bonapartistas, todos ellos, no servían nada más que para echarlos al río. Nuestra Madre la calmaba con dulzura y M. Marie Thérèse acababa por bajar la cabeza.

Esta amplitud de miras era tan verdadera, tan manifiesta, que es la nota que resaltan los periódicos después de la muerte de Nuestra Madre: " Los hombres de los más diferentes partidos se reunían, dicen, en los salones de visitas de la Asunción, y cada uno de ellos admiraba a esa mujer de espíritu tan conciliador y elevado". El secreto de esa amplitud de miras en Nuestra Madre, eran su gran justicia y su gran misericordia. Se es misericordioso cuando se es justo, porque se sabe sopesar los pros y los contras. En un siglo tan atormentado como el nuestro, en el que todo fermenta, en el que el país busca su camino, cada cual cree servirlo a su manera. Puede uno equivocarse; pero no se es miserable por equivocarse. Saber distinguir la parte de error y la de la buena voluntad, es a la vez justicia y misericordia.

Nuestra Madre sabía aprovechar lo bueno que encontraba en cualquier lugar, como les ha dicho el Rvdo. P. Dom Logerot. Es lo que explica sus afectuosas relaciones con todas las órdenes religiosas. No hay exclusiones en ese alma grande, todo lo que pertenece a la Iglesia le es querido. Miren cómo sabía variar los predicadores de nuestros retiros. Siempre quiso que nos diese un jesuita los Ejercicios de San Ignacio cada dos o tres años. *Hacen trabajar a las almas*, decía, *y establecen las bases de una espiritualidad absolutamente segura, de una perfección sólida*. Pero a veces las almas necesitan descansar, incluso en ejercicios. **Requiescite pusillum – Gustate et videte quoniam suavis est Dominus**. Hay que darles la verdad de otra manera, sacudir el alma o encantarla para que después sea capaz de sacrificio. Nuestra Madre llamaba entonces a religiosos de estructura más libre, de métodos más variados: dominicos, benedictinos, franciscanos, etc.; Y lo mismo respecto a los libros de espiritualidad, daba a cada hermana lo que le convenía según su naturaleza, su inteligencia, su disposición en ese momento, y sobre todo su gracia, porque respetaba la gracia de cada alma, seguía sus atractivos y los desarrollaba con una ciencia maravillosa, y con un respeto más maravilloso todavía.

Nuestra Madre se había hecho tan amplia porque había sabido hacer crecer sus ideas en el contacto con las de los demás, había sabido enriquecerse. Lo que hace grandes las almas, es su capacidad de recibir. Si no quieren recibir nada de los demás, si no quieren entrar en sus ideas, no tendrán ni justicia ni misericordia porque no se situarán en la verdad relativa de cada uno. Se quedarán en lo suyo, y aunque sus propias ideas sean buenas, serán incapaces de comunicarlas. Para comunicar las propias ideas, hay que comprender primero las de los demás, querer escucharlas a fondo, distinguir lo verdadero y lo falso de su tesis, porque siempre hay una parte de verdad en el error, que es lo que hace su fuerza. Pero no teman, la verdad absoluta triunfa siempre, aunque hace falta tiempo, paciencia, mucha ciencia y sobre todo mucha caridad. A nosotras nos corresponde, créanlo, la benevolencia; nos hace incluso más poderosas que la ciencia que poseemos siempre en un grado muy pequeño.

Pero ¿se puede adquirir un alma grande, amplia, benevolente? Sí, Hermanas, hay que quererlo. El alma humana no es un bloque de mármol, es un poder de amar, de comprender, de querer; es una capacidad de recibir y por consiguiente de crecer. ¿En qué medida? Sólo Dios lo sabe, Él que nos ha hecho a su medida. Estemos abiertas a todas las influencias divinas y no nos cerremos a las influencias humanas que pueden ser buenas y santificantes; sin eso, nos quedamos aparcadas en nuestras ideas a menudo tan pequeñas, en nuestro círculo a menudo estrecho, y perdemos el gran poder del bien.

Esta mañana me he encontrado con unas notas escritas hace mucho tiempo, al salir de una de esas conversaciones de la tarde que sin duda me había encantado

más que otras veces, puesto que sentí la necesidad de escribir para las Hermanas que nos seguirían, sobre la amplitud de espíritu de Nuestra Madre, la exactitud, la profundidad, la moderación admirable de sus ideas. Estas páginas no son sino la repetición de los que acabo de decirles, pero a causa de su fecha tan antigua, serán su confirmación.

Lo que siempre me ha llamado la atención en Nuestra Madre, es la amplitud y la moderación de sus ideas. Siempre se siente atraída por lo más puro y elevado; no se encuentra nunca en ella nada ninguna exclusión ni nada apasionado. Hay en su espíritu un carácter de universalidad que hace su encanto, y es en eso sobre todo en lo que me parece que su inteligencia es superior. Se puede hablar durante una hora con Nuestra Madre sobre cualquier tema, siempre llamarán la atención dos cosas: lo a fondo que conoce la cuestión, y la moderación con la que la juzga. Tiene siempre ante sus ojos el pro y el contra, no hay ni prejuicio, ni nada excesivo.

Nos dijo un día de un modo encantador: No sé por qué hay gente que no puede ver las cosas más que por un lado: Parece como si no cupiese en su cabeza más que una sola idea, todo lo ven como cosa personal, no pueden recibir nada de los demás. Es algo que siempre me extraña, porque se pueden comprender las ideas de los demás sin compartirlas del todo; incluso hay mucho que ganar en comunicaciones recíprocas. En cuanto a mí, he recibido mucho de esta manera, y creo que mi cabeza tiene siempre sitio para recibir.

Esta rectitud de inteligencia junto con su gran bondad, hace a Nuestra Madre muy benevolente en sus juicios. Hace justicia a todos, a los esfuerzos de una niña, así como a las buenas intenciones de una Hermana. Sabe ver lo que tiene de bueno cada naturaleza para desarrollarlo y que sirva a la gloria de Dios. Su dirección es sólida, consoladora, luminosa; apoya al alma en su apoyo verdadero, la misericordia de Dios.

En las conversaciones de Nuestra Madre durante el recreo, sus conocimientos universales y la moderación de sus juicios nos encantan y nos sorprenden siempre. Puede tener sus simpatías particulares en política, en literatura y en todas las grandes cuestiones; pero en política no hiere a nadie y a todos hace justicia. Y en lo referente a países extranjeros, siempre la hemos visto llena de benevolencia, y le gusta poner de manifiesto el lado bueno del carácter nacional. Las Hermanas españolas y las Hermanas inglesas siempre se quedan encantadas cuando, a la vuelta de uno de sus viajes, Nuestra Madre cuenta sus impresiones sobre el país. En recuerdo de su madre que era austríaca, conservó siempre un sentimiento de particular simpatía hacia Alemania, y la guerra de 1870 le destrozó el corazón.

En literatura como en historia, Nuestra Madre admira lo más grande y elevado, y no excluye sino lo que es malo. Puede tener preferencias hacia la literatura alemana que estudió mucho en su juventud, pero conoce y aprecia las demás. Nadie comprende mejor que ella las bellezas de nuestros genios franceses; y aún reservando su completa admiración para la literatura sagrada, no desprecia las obras maestras antiguas, y se acuerda de haber leído a Homero y a Virgilio.

Sobre la Sagrada Escritura, su admiración no descansa. Cuántas veces la hemos oído alabar el principio del Primer Libro de los Macabeos o la historia de Alejandro el Grande, lo resume en algunos trazos sublimes. *Siempre me paro cuando tengo que leer esta lectura en mi breviario, nos dijo un día; no puedo impedirme admirar cada vez ese magnífico lenguaje en el que la sublimidad de las expresiones se une a la profundidad del pensamiento. Es tal vez una distracción, pero es para mí una tentación que no puedo resistir*

Nuestra Madre ha estudiado mucho los Padres de la Iglesia, está llena de su doctrina; San Gregorio le parece de tan fácil lectura como el francés. Con frecuencia la he oído hablar de la elocuencia de San Juan Crisóstomo y del genio de Tertuliano, en términos que me hubiera gustado conservar. Una tarde, durante casi una hora, nos habló de San Agustín de una manera admirable, y lo que resaltó más fue el carácter de universalidad y de moderación de ese espíritu tan grande.

La admiración de Nuestra Madre hacia el siglo IV no le impidió nunca ser justa para con los otros siglos de la Iglesia. *Amo a la Iglesia a través de todos los tiempos*, me decía últimamente citándome la palabra de un benedictino. El amor a la Iglesia, a su doctrina y a su desarrollo a través de los siglos, es la nota dominante de Nuestra Madre. Por eso quiere a la orden de los Benedictinos que tan bien ha conservado las tradiciones de la Iglesia. *Atraen las almas hacia la Iglesia y no hacia ellos mismos*, me decía también; *en el fondo, por su espíritu, es la orden que le va mejor a nuestra Congregación*. Cuántas veces la hemos oído alabar la sabiduría de la regla de San Benito con relación a la pobreza y a la mortificación.

Esa admiración hacia la regla de San Benito no le hace excluir otras órdenes. Nuestra Madre quiere a los Jesuitas, a los Dominicos, a los Franciscanos, a los Carmelitas, a los Redentoristas, etc... Y no hablo de los Padres de la Asunción que son nuestros hermanos. Nadie admira como ella a San Ignacio y los Ejercicios. En Roma, la he visto rezar largo tiempo en la habitación de San Ignacio transformada en capilla. Nuestra Madre parecía estar bajo el efecto de una gracia poderosa, y me dijo al salir: *San Ignacio me ha levantado el ánimo. Me ha hecho comprender que cuando se está encargado de algo en la Iglesia de Dios, no hay que creerse capaz de nada y hay que actuar como si se pudiera todo*. Es una auténtica palabra de fundador.

Hemos visto a Nuestra Madre conservar un afecto filial hacia la Visitación, que la formó a la vida religiosa. San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal son sus maestros en la vida espiritual. Los cita con frecuencia así como a Santa Teresa de la que admira el espíritu práctico y el sentido común.

Lo que teme Nuestra Madre, es una espiritualidad que no sea completamente segura, los libros que excitan el alma sin alimentarla. Los compara a la mostaza, que se puede tomar para despertar un estómago fatigado, pero que hay que utilizar rara vez y con precaución. También piensa que tanto para lo espiritual como para lo temporal, hay que proporcionar alimento al estómago, pero que si es muy fuerte aunque sea excelente, no debe dársele a un estómago demasiado débil. Siempre la he visto dar gran importancia a las lecturas de las Hermanas, y a pesar de su admiración hacia San Agustín y Santo Tomás, que estudiaba a los veinte años, los daba con gran medida y discreción, según las personas. Prefiere dar a Bossuet que se alimentó mucho de esos dos autores, que sigue su doctrina y la hace más comprensible a las mentes de nuestro tiempo. He oído a Nuestra Madre contestar con mucha seriedad a una Hermana joven que le pedía permiso para leer los pensamientos de Bonald: *Hermana, todos esos pensamientos pasarán sobre su cabeza como una bandada de gorriones*. La Hermana no preguntó nada más.

El Padre d'Alzon me ha parecido estar siempre admirado por la gran inteligencia de Nuestra Madre. Me dijo un día a propósito de las Universidades católicas: "Vuestra Madre, que con una sola palabra aclara todos los interrogantes y los penetra hasta el fondo, me ha hecho respecto a ese tema una observación muy juiciosa". He olvidado lo que dijo Nuestra Madre, pero recuerdo lo que me dijo el Padre.

Casi parece un don de intuición la universalidad de los conocimientos de Nuestra Madre, porque no tuvo tiempo de estudiar mucho; pero ese bendito don no la indujo nunca a error. En el recreo, cuando se plantea una pregunta de historia o de geografía, Nuestra Madre la resuelve enseguida; soluciona los problemas más difíciles por cálculo mental, sabe de memoria las cuentas de todas las casas, y cuando habla con especialistas, siempre tiene la palabra apropiada y parece conocer el tema tanto como ellos. Los médicos le hablan como a un compañero y se sorprenden de su buen ojo y de la precisión de sus observaciones. Los arquitectos le someten sus ideas y reciben las suyas, y cuando se trata de cuestiones de arte, los artistas se quedan siempre encantados con sus miras elevadas y la pureza de su gusto.

En Roma, adonde tuve la dicha de acompañar a Nuestra Madre en 1866, me llamó la atención la universalidad de sus conocimientos y el impacto que producía en los que se relacionaban con ella.

Nuestra Madre iba a presentar las Constituciones a la Sagrada Congregación; nos quedamos en Roma casi dos meses,³⁵ y la divina Providencia nos puso en relación con los hombres más eminentes: el Cardenal Pitra, sabio benedictino conocido por sus numerosos trabajos, el Cardenal de Villecourt, antiguo obispo de La Rochelle, Monseñor Howard y Monseñor Talbot, prelados ingleses adjuntos a la corte de Roma, Monseñor Level en San Luis de los Franceses, Monseñor de Mérode, antiguo ministro de la guerra y Monseñor Bastide, capellán de las tropas francesas; el Padre Jandel, general de los dominicos, el Padre Ferrari, sabio dominico y gran inquisidor, el Padre de Villefort, jesuita renombrado por su santidad y del que se ha dicho: “Es un muerto”, para indicar su completo desprendimiento de las cosas de la tierra. Entre los doctos, el caballero de Rossi y el caballero Rosa que nos enseñaron, el uno las Catacumbas, el otro el palacio de los Césares, es decir, el estudio al que habían consagrado su vida.

Nuestra Madre no comprendía el italiano, pero el latín, que posee con perfección, le ayudaba a situarse en los monumentos de los primeros tiempos de la Iglesia; las inscripciones le interesaban de una manera especial, porque la historia de Roma está escrita en las piedras. Con ayuda de esas inscripciones y con frecuencia de su breviario, se orientaba perfectamente en las calles de Roma.

Monseñor Bastide, que nos había llevado a visitar el Museo del Vaticano y que tan maravillosamente nos explicaba las estancias y galerías de Rafael, nos invitó un día a venir a oír misa en la habitación en la que había fallecido San Estanislao de Kostka; pero olvidó decirnos dónde se encontraba esa habitación.- Sin duda en el colegio romano, con las habitaciones de San Luis Gonzaga y del Beato Berchmans, dijo la Sra. L., que era amiga de Nuestra Madre y que viajaba con nosotras. – *En absoluto*, dijo Nuestra madre, *San Estanislao murió en el Quirinal, y allí es dónde tenemos que ir.* – Pero si nos equivocamos, añadí yo tímidamente, el Quirinal queda muy lejos y no llegaremos a la Misa. – *No podemos equivocarnos; acuérdesse de la frase de su breviario en la segunda lectura de la leyenda del Santo: Die Assumptae in coelum Virginis sacro, ab ipsa beatarum Virginum choro stipata vocatus est ex Quirinali domo probationis, anno innocentis vitae decimo octavo, operum plenior quam dierum*³⁶. Yo estaba lejos de acordarme de esa frase, pero no he vuelto a leerla sin pensar en Nuestra Madre y en la atención con la que reza el breviario. Era en el Quirinal, en efecto, en la habitación en la que está representada la aparición milagrosa de la Sma. Virgen al joven moribundo, donde nos esperaba Monseñor Bastide.

³⁵ Sobre este viaje, leer los recuerdos de S. Jeanne Marie en los “Origines” IV, Cap. VI, edición de 1902, sobre todo pág. 150 y ss.

³⁶ “En el día bendito de la Asunción, fue llamado al cielo, desde la casa de probación del Quirinal, por la Virgen María, escoltado por el coro de las bienaventuradas Vírgenes. Tenía 18 años y su inocente vida estaba más llena de obras que de días”.

Con esa misma compañera de viaje que quería comprar Camafeos, fuimos a visitar el taller del célebre Castellani, verdadero artista que se inspiraba en el arte cristiano de las Catacumbas y en los recuerdos clásicos del siglo primero. Castellani, que nos recibió en persona, dejó pronto a la Sra. L. Escoger lo que quisiera en las vitrinas, y viendo que Nuestra Madre miraba sus vasos sagrados, vino hacia ella, le enseñó sus lámparas dibujadas según el modelo de las Catacumbas, sus copas que recuerdan las de Pompeya, sus cálices y sus copones del gusto más exquisito, del estilo más puro. Por mucho que Nuestra Madre le decía que no quería comprar nada, el artista estaba tan *entusiasmado* al sentirse comprendido, que nos llevó a su taller para enseñarnos sus dibujos y los bocetos de sus composiciones. *Creí que no nos dejaría marcharnos*, me decía Nuestra Madre, *no sé por qué tenía tanto interés en que admirase sus obras y no se ocupaba un poco más de Mme. L. que le compraba preciosas joyas...*

Mis recuerdos de Roma traen a mi memoria muchos otros rasgos del mismo estilo; pero tengo que recordar cosas mejores. Me llamó la atención en la intimidad de esos dos meses con Nuestra Madre, su incomparable bondad, su gran fe, su profunda piedad, su amor a la Iglesia y al Papa. Me dijo varias veces: *Prefiero haber visto Roma que Jerusalén, porque Jerusalén me trae solamente recuerdos de muerte; pero en Roma, se encuentra en todas partes al Cristo vivo, y esa vida de Cristo se derrama desde aquí sobre toda la Iglesia.* Otro día me dijo: *“La fuente de toda vida sobrenatural está en el Vaticano, aquí está el corazón de la Iglesia. Por eso amo tanto a Roma, la ciudad de San Pedro, de los Apóstoles, de los Mártires y de los Santos.*

Los recuerdos de San Pedro en Roma eran para Nuestra Madre un objeto particular de veneración y amor. Después de haber oído una misa en la tumba de San Pedro, me dijo mirando la Basílica: *¿Sobre qué tumba se levantó nunca un monumento tal?... Pero aquí reposa el que más ha amado a Jesucristo en la tierra, y la gloria está en proporción del amor.*

Ha tratado de plasmar en el diario de mi viaje a Roma la devoción que Nuestra Madre tenía hacia el Vicario de Jesucristo, sucesor de San Pedro; pero no me ha sido posible traducir su impresión cuando se encontró frente al gran Pío IX, tan santo, tan amado, colmado de dolores por los enemigos de la Iglesia. Ese momento pasado a los pies del Soberano Pontífice no se borrará jamás de mi recuerdo, y junto a la figura regia, serena y transfigurada de Pío IX, siempre veré a Nuestra Madre prosternada en actitud de la más profunda veneración, oiré su voz emocionada pidiendo al Pastor supremo que bendijera la partecita de su rebaño que se llama la Asunción, y, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas, recibir esa bendición que había de ser para nosotras fuente de gracias.

¡Es una larga lectura, queridas hermanas, y unas notas muy descosidas!... Pero puesto que la Providencia las puso de nuevo en mis manos, he pensado que tenía que comunicárselas. Quizás les ayuden a conocer a Nuestra Madre mejor que todo lo que yo pudiera decirles, porque podrían pensar que bajo la impresión de nuestro dolor actual, nosotras, las antiguas, exageramos el pasado y que nuestra admiración está en proporción de nuestra pena. Pues ya ven que no es así. Éste es un testimonio del pasado, páginas escritas hace casi veinte años, y no sé en verdad para quién, porque nunca se las enseñé a nadie. No valían la pena; entonces, todo el mundo pensaba lo que yo escribía. Pero para Uds., que no han visto a Nuestra Madre más que en sus últimos días y que sin embargo la han querido tanto, es bueno mostrársela en su gloria, tal y como Dios la había hecho para nosotras, **para ustedes**, queridas Hermanas, porque Nuestra Madre vivirá siempre en nuestra Asunción: **Defuncta adhuc loquitur**³⁷. Hablará por sus enseñanzas y sus ejemplos. Vivan de sus palabras, conserven su espíritu, guarden los amores de su corazón: amor a Jesucristo, a la Iglesia, a las almas, Es lo que las hará ser verdaderamente hijas suyas.

Y además, consideren siempre como una gracia grande haberla visto, aunque sea en el ocaso de su vida, haber sostenido sus pasos inseguros, haber sido bendecidas tantas veces por su mano temblorosa. Ha dejado impreso en sus frentes un sello que nada podrá borrar, habrán sido el último consuelo, la última alegría de Nuestra Madre.

S. Jeanne Marie del Niño Jesús.

* * *

Circular de M. Madeleine de Jesús A nuestras niñas

===

“NUESTRA MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS”

Auteuil, el 19 de Marzo de 1898

Mis muy queridas niñas,
¡Vengo hoy a vosotras con el corazón lleno de lágrimas, pero también de inmortales esperanzas! Han sabido nuestro luto, se han unido a él por la oración y nos han dado preciosos testimonios de su respetuoso afecto, de su agradecimiento y veneración hacia Nuestra Madre querida. Gracias en nombre de la Madre Marie Célestine, de la Madre Marie Marguerite, de todas nosotras, por su filial simpatía;

³⁷ “Fallecida, sigue hablando”.

nada podía llegarnos tanto al corazón como ese homenaje suyo a la memoria de Nuestra Reverenda Madre General y Fundadora, Madre María Eugenia de Jesús. ¡Qué gracia para nosotras la de ser sus hijas, haber vivido en su intimidad y haber recibido tanto de Dios por medio de ella y de la Asunción! A medida que vayan avanzando en la vida, comprenderán mejor todo lo que le deben a Nuestra Madre y su amor hacia ella será más profundo.

Dios, que la destinaba para fundar en su Iglesia una Congregación religiosa, la había dotado con los dones más preciados de la naturaleza y de la gracia; supo aprovecharlos, respondió con fidelidad a las llamadas de Dios, y porque fue constantemente la muy humilde esclava del Señor, todas las generaciones que formó en el temor y el amor a Jesucristo, en el amor y la entrega a la Santa Iglesia y a la Cátedra de Pedro, se levantan hoy, y con la Sma. Virgen Reina y Madre de la Asunción, proclaman bienaventurada a Nuestra venerada y muy amada Madre María Eugenia de Jesús. Bienaventurada porque creyó, bienaventurada porque tuvo fe en Dios y lo esperó todo de su fidelidad, bienaventurada porque trabajó mucho, sufrió mucho, amó mucho y, porque según el voto que había hecho, extendió con toda su vida el reino de Jesucristo en las almas.

Quisiera decirles una palabra sobre la vida de Nuestra Madre, queridas niñas, en espera de que una voz más autorizada que la mía les dé detalles. Es una necesidad imperiosa hablar de aquellos a los que se ama y ¿verdad que nunca se cansa uno de oír hablar de ellos? En primer lugar, lo saben, Nuestra Madre era de la Lorena. Nació en Metz, donde su padre, M. Milleret de Brou³⁸ era tesorero general, el 25 de agosto de 1817, en la fiesta del nuestro gran San Luis³⁹. Fue bautizada en la capilla del castillo de Preisch, y Nuestra Señora de la Consolación allí venerada, tomó bajo su especial protección a esa niña de bendición que tanto trabajaría más tarde por su gloria y la de su divino Hijo. A los 12 años, Ana Eugenia hizo la primera Comunión en la Iglesia de Santa Ségolaine de Metz, el día de Navidad de 1829. Cuando atravesaba la nave para volver a su sitio después de haber recibido al Señor, oyó en lo hondo de su corazón una voz misteriosa que la llamaba a servir a la Iglesia. No comprendió entonces lo que significaba esa llamada y se preguntaba cómo ella, pobrecita niña, podía hacer algo por esa Iglesia de Dios que le parecía tan hermosa y santa. Lo comprendió más tarde al pie del púlpito de Notre Dame oyendo predicar al Abate Lacordaire. Era en 1836. Volvió a oír esa voz misteriosa. Dios le pedía que lo dejase todo por su amor, que

³⁸ El Sr. Milleret, padre de la Madre María Eugenia, no llevó nunca el apellido “de Brou”. Este apellido de la familia materna, lo añadió Luis al patronímico en 1850, a petición de sus tíos “de Brou”, sin descendencia masculina. A partir de esa fecha, María Eugenia lleva también el apellido “Milleret de Brou”.

³⁹ En realidad, Ana Eugenia nació el 26 de agosto de 1817, (cf. acta de nacimiento), pero una tradición adelantó su nacimiento un día para que coincidiera con la fiesta de San Luis. La misma María Eugenia habla de su nacimiento tan pronto del 25 como del 26.

renunciase al mundo, a su familia, a ella misma, para no pertenecer en adelante nada más que a Jesucristo. Para ello, tendría que hacer dolorosos sacrificios, pero Dios había hablado y María Eugenia no dudó un solo instante y contestó como hizo Jesucristo: “ Aquí estoy, Dios mío, para hacer tu voluntad. Tu ley está desde ahora escrita en mi corazón”.

Y ¿cuál era esa voluntad? ¿Dónde quería Dios a su esclava? El Abate Combalot, célebre misionero cuya palabra ardiente y luminosa removía poderosamente a Francia, fue como el Profeta enviado por Dios para revelar a María Eugenia el camino por el que Dios la llamaba. El Abate Combalot, ocupado por completo en el rearme moral de Francia, soñaba con fundar una Congregación para la educación de las jóvenes. Desde que vio a la Srta. Milleret (de Brou), se dio cuenta de que había encontrado a la que debía ser como la piedra angular del edificio que proyectaba construir a la gloria de Jesucristo, su Maestro, y le habló con una autoridad tal, una tal seguridad que la joven no pudo dudar un instante de que su inspiración le venía de arriba. No tenía más que veinte años; pero confiada en Dios y en la fuerza de la obediencia, se entregó por entero a la nueva obra pidiendo solamente el favor de hacer un noviciado serio en el monasterio de la Visitación (en la Costa de San Andrés) cuyo espíritu de mansedumbre y de piedad le atraía.

A esta fiel correspondencia de Nuestra Madre a la llamada de Dios es a la que debemos nuestra Asunción, y es una gran lección para nosotras, ya que, por pequeñas que seamos, también nosotras tenemos una misión que llenar y es importante conocerla y cumplirla, si queremos, como Nuestra Madre, glorificar a Dios y salvar almas realizando nuestra propia salvación.

Nuestra Madre permaneció un año en la Visitación; bajo la dirección de una Maestra de Novicias competente, avanzó rápidamente en la ciencia de los Santos y en la práctica de las virtudes religiosas. Asistía a todos los ejercicios de la Comunidad, y era el encanto de los recreos por su encantadora alegría; las religiosas dan testimonio de una alta estima y de un afecto cordial a la Srta. María Eugenia, como la llamaban, y les hubiese gustado que se quedara con ellas, Nuestra Madre también lo hubiera preferido si no fuera porque la voz de Dios se había dejado oír en la persona de su Director, el P. Combalot, que para ella ocupaba el lugar de Dios. Cuando éste la llamó a París, María Eugenia Milleret (abril de 1839) tuvo que dejar el monasterio en el que había gozado de tanta paz, no sin derramar muchas lágrimas, para emprender la obra tan difícil que la obediencia le imponía.

En cuanto llegó a París, su Padre espiritual la puso en contacto con algunas almas selectas que había decidido unir a María Eugenia. Eran, en primer lugar, Kate O'Neill que fue nuestra santa Madre Thérèse Emmanuel; pronto se contará su maravillosa vocación. También Anastasia Bévier que fue S. Marie Augustine y tuvo

una parte muy importante en la fundación de nuestros colegios. M. Marie Thérèse, S. Marie Joseph y M. Marie Gonzague vinieron algo más tarde a agruparse en torno a las tres primeras Madres y sentar con ellas los cimientos de la Congregación.

Comprenderán el valor que necesitó Nuestra Madre para emprender a los veinte años una empresa tan importante. Pero sólo se apoyaba en Dios y ese apoyo no le faltó. Tampoco le faltaron las dificultades. El Abate Combalot, predicando a tiempo completo misiones en toda Francia, no podía seguir el desarrollo de la obra suscitada por su celo. Lo comprendió y dimitió de sus funciones de Superior en las manos de Monseñor Affre., Arzobispo de París, al que confió a sus hijas. Nuestras Madres encontraron en el Prelado un protector sacrificado y aún más, un padre. Gracias a él ya habían obtenido el permiso de tener el Smo. Sacramento en su pobre capillita de la calle de Vaugirard, en la que se celebró la primera Misa el 9 de Noviembre de 1839, fiesta de la dedicación de la Basílica del Salvador, fecha que nos es muy querida puesto que ese día Nuestro Señor tomaba posesión de la Asunción para siempre. Monseñor Affre impuso el santo hábito a las primeras religiosas de la Asunción, y más adelante recibió sus Votos.

Dios permitió entonces que Nuestras Madres se relacionaran con los hombres más eminentes de la Iglesia de Francia: Monseñor Gousset, Monseñor de Hercé, los Abates Gerbert, de Salinis, el Padre Lacordaire, Dom Guéranger, Dom Pitra, etc.

El Abate d'Alzon, amigo del P. Combalot, fue más que ningún otro apoyo y consejero de Nuestra Madre. Comprendía el objetivo de su obra, su razón de ser, y fue visiblemente suscitado por Dios para sostener y dirigir el alma de la Fundadora, enfrentada a todas las dificultades que encontró el naciente Instituto.

Dios había dotado a Nuestra Madre de una inteligencia alta y profunda, de un corazón grande y de un valor inapreciable. Su bondad y el encanto de su espíritu y de su carácter le atrajeron muchos amigos. Con una fe viva, un juicio sólido y ponderado, asombraba a todos los que se le acercaban por su sabiduría y prudencia verdaderamente extraordinarias en una persona tan joven. Para sus hijas, era la madre más tierna; todas la querían, tenían confianza en ella y se le entregaban para ser formadas y moldeadas, piedras vivas que debían componer el nuevo edificio que Dios reclamaba para su gloria y la de la Iglesia.

Nuestras Madres se reunieron el 30 de Abril de 1839 en un pequeño apartamento de la calle Férou, el día de Santa Catalina de Siena a quien por eso consideramos patrona de la obra. Desde allí, nuestras Hermanas pasaron a la calle Vaugirard, y luego a la de Impasse des Vignes donde se abrió el primer colegio en 1842. M. Marie Marguerite, entonces Josefina Mac Namara, sobrina segunda de M. Thérèse Emmanuel, fue una de las primeras alumnas de la Asunción.

El colegio, llevado a la calle de Chaillot en 1845, creció rápidamente, y encontramos en él nombres que nos traen recuerdos históricos; citemos al pasar los de Rohan-Chabot, de la Trémoille, de Chabannes. La confianza de las familias respondía al celo y a la abnegación de la joven Superiora y de sus hijas. En 1857, el convento se trasladó a Auteuil (Castillo de la Tuilerie) donde la Madre María Eugenia había hecho construir el monasterio que conocéis y había hecho trazar el parque que tantos recuerdos tiene para vosotras.

Dios quiso bendecir el grano de mostaza que había plantado Él mismo; hoy es un árbol grande cuyas ramas se extienden por Francia, Inglaterra, España, Italia, América Central (Nicaragua, El Salvador), y hasta por Oceanía, donde Su Majestad la reina de España ha confiado a nuestras Hermanas la dirección de las Escuelas Normales de las Islas Filipinas.

Ya comprenden, queridas niñas, lo que fueron los trabajos de Nuestra Madre para llevar a cabo tantas obras importantes. Y a pesar de eso, saben cómo su corazón maternal seguía de cerca cada una de sus almas, sus progresos en la ciencia y en la virtud; sabía hacerse toda a todos par ganarlos todos a Jesucristo.

Encontró una poderosa ayuda en M. Thérèse Emmanuel, Asistentita General de la Congregación, Maestra de Novicias durante cincuenta años, y que fue para Nuestra Madre la hija más humilde, más respetuosa y más abnegada. Por las manos de nuestra santa Madre Thérèse Emmanuel hemos sido formadas todas a la vida religiosa y al espíritu de la Asunción que Nuestra Madre y ella habían recibido directamente de Jesucristo. Ante todo, Jesucristo Rey de la eternidad que vive en nuestras almas y en la Iglesia; la extensión de su reino en nosotros y fuera de nosotros; un gran espíritu de oración apoyado por una parte en el Oficio divino y en la Liturgia donde encontramos las huellas de los santos y la devoción de la Iglesia; apoyado por otra parte en la adoración del Smo. Sacramento casi siempre expuesto en nuestras capillas, y en una devoción muy filial hacia la Sma. Virgen, Madre del Verbo Encarnado. Espíritu de alegre desprendimiento que tanto conviene a las hijas de la Asunción, puesto que el misterio que honran y al que están consagradas es un misterio celestial. En cuanto a lo que se refiere a la educación, el pensamiento de Nuestra Madre era el de acercarlo todo a Jesucristo: *Instaurare omnia in Christo* y unir a la fe tanto la enseñanza de los conocimientos humanos como las obras de piedad, para formar en nuestras alumnas caracteres muy sólidos, muy determinados a defender la fe de su bautismo, a ser apóstoles en su propio ambiente y a esparcir en su entorno, con el perfume del buen olor de Jesucristo, el amor a la Santa Iglesia Romana, a sus enseñanzas, a sus tradiciones, a su liturgia, manantial de gracia, de luz y de unción.⁴⁰

⁴⁰ Este párrafo es una síntesis de los Capítulos y de otros Escritos de la Madre María Eugenia.

Para llegar a esta meta, Nuestra Madre nos ofrece esta palabra de San Pablo: *Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.* Combatir el egoísmo, fuente de todo mal, practicar y ser ejemplo de olvido de sí mismo, abnegación, ser fuente del bien, eso es lo que ha hecho y enseñado Jesucristo. Es lo que tenemos que hacer en seguimiento suyo si queremos establecer el reino de Dios en las almas y en el mundo. *Quisiera, decía Nuestra Madre, que la niña pueda honrar su hábito como un sello misterioso de Cristo del que son imagen para ella.* Dios mío, qué grande es eso para poder realizarlo, y cuánto se necesita actuar bajo el impulso del Espíritu.

Nuestra Madre no quería nunca que se desesperase de las naturalezas, incluso de las más ingratas. *En el fondo de toda naturaleza, decía, siempre hay algo bueno; creamos en ello y busquémoslo con perseverancia, lo encontraremos... En los defectos evidentes de un carácter en el que domina el mal, creamos que la gracia puede bajar; ha bajado en nosotros; lo que sabemos sobre los obstáculos que ha encontrado no es seguramente nada en comparación con lo que Dios tiene visto.* Cómo nos revelan estas palabras el fondo de bondad y de humildad de Nuestra Madre, del que brotaba a raudales una caridad benevolente y siempre misericordiosa. *Crean, añadía, en el poder de las prácticas cristianas, crean en la substancia divina que los Sacramentos depositan en el fondo de las almas y apoyen siempre su esperanza en este fundamento, aunque la naturaleza no les ofrezca nada sobre lo que puedan construir. Sepan comunicar su fe a las niñas que educan, y entonces, el desánimo y la amargura no entrarán en su alma, y esperará algo de fuerza del lugar santo en el que les verá apoyar tanta esperanza; amará esa fe que le conserva su estima de Uds., y pueden estar seguras de que en la vida, su alma volverá siempre al recuerdo de sus lecciones y promesas...*

Pero para esto, hay que querer a la niña, quererla a pesar de sus defectos, quererla con la caridad misma de Cristo, la única que crece conforme se extiende a un mayor número de personas.

Obtengamos del corazón de Jesucristo el amor a las almas, un amor sin desfallecimientos, una fuerza que nada detenga ni descorazone. Jesucristo ama siempre y siempre está dispuesto a derramar sobre los suyos la efusión de su caridad divina. Cuando se agota la nuestra, cuando parece que el sufrimiento ha agotado nuestras fuerzas, vayamos a Él, dejemos que ame en nosotros, abandonémonos a su fuerza, y Jesús, que ha revelado su amor más allá del de nuestras Madres, nos enseñará tal vez en ese momento el secreto de un último esfuerzo con el que venceremos los defectos de la niña. Digo mal, nos enseñará que ninguno de nuestros esfuerzos debe ser el último y que el celo, como el amor divino del que dimana, no dice nunca "basta".

Hijas mías, no he podido resistir transcribirlas esta página admirable en la que se describe tan bien el alma grande de Nuestra Madre. ¡ Y escribía estas líneas en 1842, cuando apenas tenías 25 años!⁴¹

Otra de sus grandes recomendaciones, era que se tuviera el cuidado de desarrollar en las almas las virtudes naturales para que sirviesen de base a las sobrenaturales. A Su Eminencia el Cardenal Pie le había llamado mucho la atención y decía que veía en esto como la marca característica del Instituto.

Hay que velar, rezar, esforzarse en que nuestras niñas sean sinceras, sencillas, leales; para desarrollar en ellas la bondad, la modestia, la generosidad, el valor; un alto sentimiento del deber y del honor que las mantenga alejadas de cualquier mal. La gracia baja sobre estos cimientos y produce maravillosos efectos, algo grande, noble, santo, algo que es para la eternidad.

Este es el carácter cristiano que Nuestra Madre nos pedía imprimir en las almas y que Uds. se complacen en llamar “**el Espíritu de la Asunción**”, ¿verdad? Pidamos todas juntas a Nuestra Madre que nos conserve siempre este espíritu; nos permitirá dar gloria a Dios y dar testimonio de la verdad, servir a la Iglesia y ganar almas a Jesucristo.

Les he hablado muy extensamente de Nuestra Madre y de sus enseñanzas, pero me ha parecido que les gustaría volver a encontrarla tal como la habían conocido en los años benditos de su educación, cuando todavía se podía ocupar del colegio. Hallo en sus cartas la expresión de un agradecimiento sincero y de un verdadero amor a Nuestra Madre y a la Asunción; nos emociona y nos consuela. Se acuerdan de sus bondades para con Uds. y sus familias, de su indulgencia para con los defectos propios de su corta edad, de la tan maternal acogida que recibían de ella cuando venían al Convento.

¿Se acuerdan de la bonita fiesta del Jubileo de 1889?⁴² ¡qué alegre estaba rodeada de tantas niñas! Nos habíamos prometido una fiesta semejante diez años más tarde para sus bodas de diamante. Por desgracia esos diez años pasaron pronto; pero Nuestra Madre querida ya no estará aquí, ¡ahora estamos huérfanas!

Dentro de unos días nos reuniremos alrededor de su tumba, rezaremos, lloraremos juntas, formaremos aquí abajo una corona de honor para quien, así lo espero, cuando estemos allá arriba, seremos la corona de gloria.

Encontrarán aquí para recibirlas a la Madre Vicaria que Nuestra Madre se había escogido, nuestra querida M. Marie Célestine. Pronto hará cuatro años que la

⁴¹ Los extractos que preceden forman parte de los “Consejos sobre la Educación”.

⁴² Cf. Crónica “Hace 100 años”: 1889-1989.

tenemos en Auteuil y que podemos apreciarla. Cuanto la piedad filial, el más tierno respeto, la delicadeza más exquisita pueden inspirar a un corazón, se ha encontrado en el de M. Marie Célestine para rodear de paz, de alegría, de consuelo y de esperanza los últimos años de Nuestra Madre. Y ¡cómo ella se lo pagaba y descansaba su corazón en *su querida Madre Vicaria!* Dios había ratificado su elección y la había bendecido.

Después de haber llevado durante casi sesenta años el peso del gobierno de la Congregación, Nuestra Madre pidió ser descargada de él. Se desprendió tan completa y generosamente de todo que, al ver su humildad, su vida oculta, su desprendimiento de todo, hubiera podido decirse que siempre había vivido en la obediencia. Ahí nos pareció más grande que nunca, más que nunca un modelo perfecto para sus hijas, y la vimos recluirse en el silencio y en la oración y, escondida con Dios en Jesucristo, terminar su obra y dando más que nunca gloria a Dios: *Silentium tibi laus.*

Dios que la quería en todo semejante a Jesucristo, no le escatimó el sufrimiento. ¿No es acaso la marca de los elegidos? Marca bendita que les abre las puertas del cielo. “Nadie entra en el Paraíso, si no es encontrado conforme a Jesucristo crucificado”.- La Cruz marcó a Nuestra Madre con su sello divino: perdió la memoria; sus miembros se resistieron a llevarla, las debilidades, la impotencia para hablar, Dios le pidió uno tras otro, todos los dones que le había concedido; y lejos de murmurar o de entristecerse, Nuestra Madre inclinó la cabeza, y lo aceptó todo en una adoración profunda, sin que nada pudiera nunca alterar la serenidad de su gran alma a la que Dios sólo bastaba. Nos parecía que había pasado a un mundo intermedio, más cerca del cielo que de la tierra, tan poco parecían afectarla las cosas de aquí abajo. Pero siempre estaba presente a las cosas de Dios y del alma, a la oración, la santa Comunión...

Su bondad hacia las niñas mientras pudo ir al jardín y para con nosotras hasta el fin ha sido incomparable; siempre acogía con una sonrisa y no se cansaba de bendecirnos y de trazar en nuestras frentes la señal de la cruz. No tuvo nunca un movimiento de impaciencia, nunca una queja, nos resultaba imposible adivinar sus deseos y sus repugnancias, hasta tal punto seguía a la letra esta recomendación de San Francisco de Sales: *No pedir nada, no rehusar nada.* Todo lo que se quería de ella, lo quería ella también; su virtud era en verdad heroica y sin concesiones.

Navidad le trajo un sacrificio doloroso: no pudo asistir ni a los oficios ni a la Misa de Medianoche. La Hermana que la velaba la oyó repetir con frecuencia durante esa noche dolorosa: *Señor, no mi voluntad, sino la tuya.* Después de la Misa, acompañamos al Señor hasta su habitación, y sin duda fue para ella un dulce consolador, porque a la mañana siguiente, cuando fuimos a desearle felicidades, su respuesta fue: *Las he tenido.*- Y como después miraba al Niño Jesús en su

pesebre, M. Marie Célestine le dijo: *Mira Ud. mucho a su querido Niño Jesús, Madre, ¿qué le dice en el fondo de su alma? – Cosas que no pueden repetirse*, dijo Nuestra Madre con una sonrisa de cielo. Y en efecto, Jesús debía decirle cosas inefables, y su alma permanecía en íntima y continua comunicación con Él.

Una mañana en la que había comulgado, entré en su cuarto, y Nuestra Madre me dijo: *¡Ah! El cielo ha visitado la tierra!* Con una expresión de alegría indecible. Con frecuencia nos proponía prácticas para el día. El día de Año Nuevo le pregunté: *Madre, ¿qué regalo puedo hacerle al Señor? – El corazón de todas sus hijas*, me contestó Nuestra Madre. Otro día, las niñas hacían ruido. *-¿Le cansa?* dijeron a Nuestra Madre. *- Estamos hechas para las niñas*, contestó.

El 11 de enero, Nuestra Madre tuvo el dolor de ver morir a una Hermana joven que era su pequeña compañera de enfermería: S.M. Philomena. Ha sido una de las penas más amargas. Tratamos de ocultarle esta muerte, pero Nuestra Madre lo adivinó todo, y mientras que cantábamos la Misa de Requiem, se la oyó repetir varias veces: *Que se haga tu voluntad*. La voluntad se había sometido, pero había sido un golpe tan duro para su corazón que repercutió en todo su ser. A partir de este momento, Nuestra Madre cayó en un aletargamiento del que por así decir, no se la podía sacar. Hubo una pequeña mejoría en la fiesta del Smo. Nombre de Jesús; tuvimos todavía la alegría de rodear a Nuestra Madre y de felicitarla en la sala de comunidad, pareció contenta de nuestros cantos, de nuestra ternura, pero en nosotras la tristeza se mezclaba con la alegría, ya que sentíamos bien que sería su última fiesta en la tierra. Poco antes, algunas Hermanas le preguntaban lo que deseaba para su santo, lo que le resultaría agradable. *Tengo el corazón de todas mis hijas*, contestó Nuestra Madre, *¿qué quieren Uds. que desee?*, ¡Ah! Sí, nuestro corazón lo tiene y lo tendrá siempre, ojalá pueda atraerlo cada vez más desde arriba para que sea digno del suyo y un verdadero corazón de Asuncionista.

A partir del 16 de enero, el mal se agravó súbitamente, las arterias del corazón funcionaban mal y la parálisis avanzaba. Tuvimos que pensar en los Sacramentos para procurar las gracias que confieren, a Nuestra querida Madre que toda su vida había tenido tanto celo en que recibieran los Sacramentos sus Hijas y sus amigos a las puertas de la eternidad.- El P. Picard la preparó y vino el 13 de febrero para administrárselos y darle el Santo Viático. Los recibió con gran devoción y una paz profunda. Inmediatamente se produjo una extraordinaria mejoría que nos dio la esperanza de seguir conservando a la que tanto queríamos. Su Eminencia el Cardenal Richard vino a visitarla acompañado del Abate Odelin el 28 de febrero hacia las 4. Con su bendición, traía a la querida enferma la cruz pectoral de Monseñor Affre, que le dio a besar en recuerdo del Obispo mártir que antaño había sido tan bueno para ella y para la Congregación naciente. Fue un consuelo para Nuestra Madre, y estuvo muy emocionada durante toda la visita; hubiera querido expresarle su agradecimiento y sufría de no poder hacerlo.

M. Marie Célestine había temido siempre para ella el mes de marzo, tenía como el presentimiento de que San José vendría a buscarla para conducirla al Paraíso. No se equivocaba. El lunes 7, Nuestra Madre sufrió un espasmo que casi la ahoga, y durante los dos días que siguió viviendo, ya no fue consciente sino para su Via Crucis y para la santa Comunión.

La mañana de su muerte, quiso Nuestro Señor venir una vez más a ella para ser su fuerza en el paso del tiempo a la eternidad. La rodeábamos por turno, para rezar junto a su cama. Su cuarto era como un oratorio. Nuestra Madre parecía dormir, pero su corazón velaba y se unía a las hermosas oraciones de la Iglesia que decíamos en coro junto a ella: el rosario, el Anima Christi, los himnos del Smo. Nombre de Jesús. No nos parecía estar en la tierra, sino con ella a los pies del trono del Cordero.- Por fin, **el Jueves 10 de Marzo**, a las 3 de la mañana, Nuestra venerada Madre exhaló su último suspiro, sin agonía, sin señales de sufrimiento. Estábamos todas junto a ella: M. Marie Célestine sostenía su débil mano que seguía apretando contra su pecho la imagen de Jesús Crucificado; M. Marie Marguerite le sostenía la otra mano en la suya. Así es como debieron morir llenos de días y de méritos, los Patriarcas y los Santos al dormirse en el Señor.

Comprenden, queridas niñas, cuán grande fue nuestro dolor en esta hora inolvidable del adiós. Sin embargo, la paz dominaba todos los demás sentimientos, una paz que venía de arriba, una paz verdaderamente divina, sentíamos que Nuestra Madre había encontrado la vida, la verdadera vida, la vida eterna, y que unida a Cristo, su único amor, es más que nunca Nuestra Madre y es ahora más poderosa para terminar su obra y santificar a su Asunción.

Desde por la mañana, habíamos bajado su cuerpo al salón de los paisajes revestido de blanco y transformado en capilla ardiente. Se entraba como en un santuario, y durante estos dos días, no puedo decirles la piadosa afluencia de sacerdotes, de religiosos y religiosas, de amigos, de antiguas alumnas que han ido sustituyéndose allí para rezar y para tocar en las manos de Nuestra Madre venerada rosarios, medallas; Todo transcurría en la paz, con tranquilidad, no se turbaba el recogimiento. Nuestra Madre parecía rejuvenecida, sus rasgos más delicados a causa de la muerte, le conferían una majestad que imponía. Su color, sus manos, sus pies, conservaron hasta el final una apariencia de vida, una flexibilidad que asombraba.

.../ Su Eminencia el Cardenal de Reims, de paso por París, al conocer nuestro gran dolor, tuvo la delicada idea de venir a rezar junto a Nuestra Madre; bendijo a la comunidad reunida en el salón y prometió venir al día siguiente para presidir la triste ceremonia. Cumplió su palabra y el sábado 12 de marzo a las 10, cuando estábamos terminando los Maitines de Difuntos, Su Eminencia llegó acompañado del Abate Landrieux y ocupó el sitial que le había sido preparado. A su lado

estaban el Abate Odelin, Vicario General y Superior de la Casa Madre, Monseñor Richard que se había hecho representar porque no podía venir al funeral y que había dicho Misa por la mañana por el eterno descanso del alma de Nuestra Madre. El Rvdo. Padre Picard, Superior General de los Agustinos de la Asunción, los PP. Bailly, Pernet, Jean-Emmanuel, Octave, Alfred, Hilaire, etc. El Capellán de Auteuil y muchos sacerdotes de París, muchos religiosos de todas las Órdenes llenaban parte del presbiterio, mientras que en la tribuna estaban en tres filas, Religiosas de diferentes Comunidades.

Las Hermanas habían revestido toda la capilla de blanco; los cortinajes de la columnas estaban coronadas por hojas de palmeras. Sobre el sitial de Nuestra Madre había un dosel del que salían cortinajes blancos que lo tapaban completamente y se cruzaban sobre ellos dos grandes palmas, símbolo de victoria. Sobre el reclinatorio, el Breviario de Nuestra Madre, su fiel amigo, que parecía invitarnos a alabar a Dios como ella no había cesado de hacerlo durante toda su vida y hasta su muerte. Nuestra Madre estaba expuesta con la cara descubierta, como habeis visto a las Hermanas en los Funerales. La rodeaban coronas de flores blancas, ornato virginal. Pero muchas alumnas y antiguas alumnas han tenido la buena idea de reunir sus donativos para decir Misas y colocar, en la capilla del bosque en la descansará Nuestra Madre, placas de mármol blanco en las que se grabarán los testimonios de su amor respetuoso y de su filial agradecimiento. Que todas hallen aquí la expresión de nuestro más sincero agradecimiento.

La capilla, demasiado pequeña, no nos había permitido hacer más que un número restringido de invitaciones para el entierro. A pesar de ello la afluencia de gente fue inmensa y estaban representadas todas las generaciones de antiguas alumnas. Todo estaba a rebosar: la capilla de extranjeros, la de la Sma. Virgen, los laterales y una gran parte del ante-coro. Sin embargo, el silencio y un profundo recogimiento reinaron durante toda la ceremonia; los corazones latían al unísono, no se había venido más que a rezar.

La Misa gregoriana estuvo bien ejecutada, y en la Elevación, un Pie Jesu de Gounod nos daba la ilusión de haber sido transportados al Paraíso, y de oír las voces de los Ángeles recordando a Jesús su sangre derramada por nosotros y reclamando misericordia.

Después de que dio la Absolución el Abate Odelin, Su Eminencia el Cardenal de Reims se adelantó el primero para la aspersion del agua bendita y le siguió el numeroso clero. Luego vino nuestro turno, y con qué emoción, al pasar ante Nuestra venerada Madre bendiciéndola, le pedíamos que nos bendijese una última vez como lo había hecho tan a menudo durante su vida. Las Hijas de María del colegio, y los amigos fueron después de la Comunidad.

Era el mediodía cuando Nuestra Madre fue conducida a su última morada, hora dolorosa pero también consoladora puesto que nuestra venerada Fundadora queda entre nosotras y podremos visitarla sin cesar en la capilla donde reposa. ¡Con qué piedad nos arrodillamos sobre la piedra entreabierta de la tumba para rezar a nuestras dos Madres! ¡Nos parecía que los preciosos restos de M. Thérèse Emmanuel se estremecían al acercarse la Madre que tanto quería! ¡Unidas en la vida y en la muerte, unidas para la eternidad, puesto que las dos han entrado ya en el gozo del Señor al que tan valientemente sirvieron, tan verdaderamente amado! ¡Ah! ¡Si nos hubiera sido dado el levantar un instante el velo del cielo y asistir a la entrada triunfal de Nuestra Madre en el Paraíso! Qué acogida han debido hacerle M. Thérèse Emmanuel y las 209 Hermanas que nos han precedido allí arriba. Y así como M. Thérèse Emmanuel había tenido como precursora en la gloria a S. Claire Agnès, Nuestra Madre tuvo la suya: nuestra querida S. Louise Stanislas fallecida en Niza algunas horas antes que su Madre General, alegre mensajera de Nuestra Señora de la Consolación para anunciar a nuestras Hermanas del cielo la próxima llegada de Nuestra Madre a quien, después de a Dios, deben su gozo eterno⁴³.

Una palabra más, queridas niñas, han compartido nuestras tristezas, es justo que tomen parte en nuestros consuelos. El jueves por la tarde, enterado de la muerte de nuestra Venerada Fundadora, Monseñor Parrochi, Cardenal Vicario, y Protector de nuestra Congregación, fue al convento de Roma para ofrecer a nuestras Hermanas con sus santos consuelos, la expresión de su dolor personal, decirles la parte que tomaba en nuestro luto de familia. El Eminentísimo Prelado había conocido personalmente a Nuestra Madre cuando fue a Roma en 1888 para pedir la aprobación de nuestras Constituciones. Entonces había concebido hacia la Fundadora la más alta estima y dijo a nuestras Hermanas:

“Su Madre era un alma elegida, un espíritu superior... había comprendido la importancia, para el porvenir de su Congregación, de enraizarla profundamente en la roca de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Es lo que le hizo insistir tanto para conservar el Oficio Divino del que les ha transmitido el amor. Su afecto a la santa Liturgia las liga a la Iglesia y les hace vivir de su vida”.

Y hablando de la gran piedad de Nuestra Madre, de su humildad profunda, de su espíritu de oración, el docto y sabio Cardenal trazó los siguientes rasgos que dejó a M. Marie Camille y a sus hijas como una flor que colocar sobre la tumba de su Venerada Fundadora:

⁴³ En este relato de los funerales, M. Madeleine toma el texto de su circular del 12 de marzo a las Comunidades.

10 DE MARZO DE 1898
Nella morte
della Madre Generale
dell' Assunzione
Alle Figlie Superstit
Il Cardinale Protettore.

Figlie, tergete il pianto, ah! Non è morta
 La Madre vostra, che v'amò cotanto,
 Dorme la salma in dolce quiete assorta,
 L'alma si bea nella visione del Santo.

10 DE MARZO DE 1898
En la muerte
de la Madre General
de la Asunción
A sus hijas que la sobreviven
el Cardenal Protector.

Hijas mías, sequen sus lágrimas, ¡Ah! No está muerta
 la Madre que tanto las amaba.
 Sus restos mortales reposan en una dulce paz
 y su alma se beatifica en la visión del Santo de los Santos.

¿No es consolador ver así, a la Santa Iglesia, por medio de su Prelado más Eminente rendir homenaje a las virtudes de Nuestra Madre amada?

Nota: Un telegrama nos informa de que Monseñor de Cabrières, Obispo de Montpellier, amigo siempre fiel y generoso de la Asunción, presidirá él mismo el funeral que será celebrado en la capilla de Auteuil el próximo 30 de marzo. Nos hablará de la Madre María Eugenia de Jesús con su corazón de padre y su voz elocuente.

Vengan a escucharlo, queridas niñas, y a ofrecer un último homenaje de filial afecto a la Madre que lloramos juntas y que Dios ha coronado.

Sr. Madeleine de Jesús
 Superiora de la Asunción

* * *

EXTRACTOS DE PERIÓDICOS DE LA ÉPOCA

LA CROIX⁴⁴ - 11 de marzo de 1898

**LA MUY REVERENDA MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS
FUNDADORA Y SUPERIORA GENERAL
DE LAS DAMAS DE LA ASUNCIÓN**

Invitamos a todos nuestros amigos a unirse a las religiosas y religiosos de la Asunción para llorar juntos la pérdida de una de las mujeres más inteligentes y más influyentes de Francia que Dios acaba de llamar a Él esta noche, a la edad de 80 años.

Desde su primera juventud, fundó bajo la dirección del Abate Combalot primero, y después bajo la del Padre d'Alzon, la Congregación de las Damas de la Asunción que todo el mundo conoce en Francia, en Inglaterra, en España y en América.

El encanto de su espíritu atraía a los hombres más eminentes de los distintos partidos políticos, sin que por ello descuidara los deberes de una fundadora y superiora de Congregación.

Brillante, amable, de fe viva y ardiente, llena de bondad y de caridad, elevaba las almas a Dios, las impulsaba con ardor hacia la Santa Iglesia y sabía reinar en los corazones de sus amigos como en los de sus numerosas Hijas.

Recemos por ella y pidamos a Nuestro Señor que vele sobre esa hermosa familia religiosa que tan profundamente amamos y a la que tantos lazos nos unen.

⁴⁴ La Croix: diario fundado en 1883 por los Religiosos de la Asunción para sustituir a una revista mensual (La Croix – Revue) editada desde 1880.

LE FIGARO ⁴⁵ – 11 de marzo de 1898

La Sra. Milleret de Brou, en religión Madre María Eugenia de Jesús, fundadora y superiora general del Instituto de las Damas de la Asunción, falleció ayer por la mañana, en el convento de Auteuil, a la edad de ochenta años, tras una larga enfermedad.

Nacida en La Lorena, hija de un ilustre francés, fundó en 1839, animada por el célebre Abate Combalot y con dos compañeras, la cuna de esta ilustre Congregación que ha dirigido durante su vida, desplegando en estas importantes funciones, cualidades maravillosas y un carácter enérgico.

Instalada primero en una casa de la calle Férou, luego en las calles de Vaugirard y Chaillot, se trasladó más tarde a la hermosa propiedad de Auteuil que había pertenecido al Doctor Véron⁴⁶, y dónde, creemos que Rachel⁴⁷ vivió durante algunos meses.

El P. d'Alzon⁴⁸, diez años antes de la fundación de la orden de los Padres de la Asunción, y Monseñor Affre⁴⁹, Arzobispo mártir de París, aportaron a Mme. Milleret de Brou el valioso concurso de sus luces y de su generosidad. Un espíritu recto, firme, una piedad iluminada por una fe muy viva, una gran sencillez unida a la elegancia de sus maneras, una energía extraordinaria temperada por la generosidad de su corazón, hicieron de esta santa mujer uno de los caracteres más equilibrados de su tiempo.

Su obra prosperó y se extendió no solamente en Francia, sino también en Inglaterra, en España y en Italia. Cuenta hoy con unas treinta casa en el mundo entero, hasta en Filipinas y en Nicaragua.

Desde hace dos o tres años, la salud de la venerable fundadora iba bajando ostensiblemente, aunque su cálida alma dominaba aún las debilidades de la edad. Conservó hasta el final la lucidez de su espíritu y se apagó dulcemente, rodeada de sus religiosas. Había inspirado en el mundo muy vivas amistades.

⁴⁵ Semanario fundado en 1854, convertido en diario en 1866.

⁴⁶ El Doctor Véron era conocido por la riqueza de sus relaciones con el mundo del teatro y del periodismo.

⁴⁷ Rachel, célebre actriz de tragedias.

⁴⁸ En realidad, el primer encuentro del P. d'Alzon y de Eugenia Milleret tuvo lugar en 1838; la fecha de fundación de los Padres de la Asunción es la de 1845.

⁴⁹ Monseñor Affre era Vicario General de Monseñor de Quelen en el momento de la fundación; fue Arzobispo de París en 1840 y murió durante la revolución de 1848.

LE SOIR⁵⁰ (sin indicación de fecha)

UNA MUJER DE ÉLITE

Acaba de morir una mujer, y una obra considerable de sesenta años de trabajo llena el vacío que deja. Esta mujer, conocida por todos los pobres y por todas las gentes de bien, es la Madre María Eugenia de Jesús, la venerable fundadora y superiora del Instituto de las Damas de la Asunción. Ha fallecido a la edad de ochenta años, en el convento de Auteuil.

Fue en 1839 cuando, todavía muy joven, bajo la dirección del Abate Combalot primero, y bajo la del P. d'Alzon después, fundó la Congregación de las Damas de la Asunción cuyo objetivo principal ha sido la creación de centros de educación. En muy poco tiempo, la Madre María Eugenia de Jesús reunía en torno a ella algunas compañeras y fundaba en Chaillot primero y en Auteuil más tarde, su primera institución para chicas jóvenes, un internado instalado ahora en medio de un maravilloso parque, uno de los más bellos y más agradables de París.

Su obra creció poco a poco, se propagó, y del noviciado fundado en Auteuil salían mujeres que, como la venerada fundadora, animadas por una voluntad inquebrantable y por el amor de Dios, partían para crear nuevas casas. A la hora en que estamos, puede uno darse cuenta de lo que llega a realizar una inalterable energía basada en la Fe, al constatar que la congregación de las Damas de la Asunción posee actualmente más de treinta establecimientos, sin contar el externado que han fundado en la calle de Lubeck, en París; tienen otros establecimientos muy renombrados no sólo en Francia, sino en Inglaterra, en España, en Italia, e incluso en América.

Esta es la prosperidad de la obra emprendida por la Madre María Eugenia de Jesús. A quien ha conocido a esta mujer admirable, los resultados obtenidos no le sorprenden en absoluto. Brillante, amable, de una fe viva y ardiente, llena de bondad y de caridad, sabía elevar las almas a Dios, retenerlas o atraerlas de nuevo a la religión. El encanto de su espíritu era tal, que con frecuencia atrajo a sí a los hombres más notables de los diferentes partidos políticos.

No descuidaba los deberes que le incumbían como fundadora y superiora de congregación, y sabía reinar sobre los corazones de sus amigos y sobre los de sus numerosas hijas.

Ha sido una de las mujeres más inteligentes y más influyentes de Francia.

Hasta el último día, conservó sus cualidades de espíritu y corazón. Hubiera podido morir orgullosa de su obra, si hubiera podido concebir en su vida otra

⁵⁰ Diario fundado en 1869, suprimido en 1871 y editado de nuevo más tarde de manera oficiosa y después oficial.

finalidad que el cumplimiento de la voluntad de Dios y su recompensa en la felicidad eterna.

Los pobres no fueron nunca olvidados: no hay una sola fundación de las Damas de la Asunción que no tenga su escuela gratuita.

El atractivo de la Madre María Eugenia de Jesús se propagó a todas las mujeres de élite que supo agrupar en torno suyo./.../

Ayer, un gentío inmenso se apretaba en la capilla de las Damas de la Asunción en Auteuil para el funeral de la venerada Madre María Eugenia de Jesús. Celebró la Misa Su Eminencia el Cardenal Langénieux, que dio también la absolución final.

El Abate Odelin, vicario general, el Capellán de Auteuil, religiosos, religiosas, y un considerable número de amigos asistieron a la ceremonia.

A la salida del funeral, se llevó el cuerpo a una tumba construida en el parque, en la que, por un favor especial, reposará junto a los restos de la venerada Madre Thérèse Emmanuel, fallecida hace diez años, quien como Maestra de Novicias, fue la primera colaboradora de la fundadora de la Congregación de las Damas de la Asunción.

Durante mucho tiempo, incluso siempre, vivirán en las que la suceden el encanto y la fe persuasiva de la Madre María Eugenia de Jesús.

LA VERDAD ⁵¹ - 12 de marzo de 1898

LA RVDA. MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS

Los funerales de Mme. la superiora general de la Asunción han tenido lugar esta mañana a las 10 h., en el convento de la Asunción de Auteuil, bajo la presidencia de S. Eminencia el cardenal Langénieux que conocía desde hace mucho tiempo y apreciaba las grandes virtudes de la venerable religiosa.

Entre la asistencia, estaba el Abate Odelin, vicario general, representando al Cardenal Richard, cuya visita la semana pasada, había reconfortado a la piadosa agonizante, llevándole la bendición del venerado jefe de nuestra Diócesis; También estaban presentes el Capellán de Auteuil y numerosos miembros del clero y de distintas órdenes religiosas.

Esta asistencia probaba el gran lugar que ocupaba la Rvda. Madre María Eugenia de Jesús en el mundo religioso. Para que se den cuenta, nos parece bueno trazar en grandes líneas esta vida admirable.

⁵¹ Diario fundado en 1893 y nacido de una escisión en el seno de "L'Univers", a la muerte de su director Louis Veuillot. El autor de este artículo, Auguste Roussel, es uno de los fundadores de este nuevo periódico.

Ana Eugenia Milleret de Brou nació en Metz el 25 de agosto de 1817, y fue bautizada en el castillo de Preisch el 5 de octubre de 1817. A los doce años hacía su primera Comuni3n en Metz el día de Navidad de 1829, y oía una voz interior que la llamaba a servir a la Iglesia. Oyó de nuevo esta voz en París, en 1836, al pie de la cátedra de Notre Dame, en la que predicaba el Abate Lacordaire. Ahí le fue revelada su vocación.

Buscaba lo que podía hacer para la Iglesia de Dios cuando encontró al Abate Combalot, que pensaba por entonces fundar una congregación para la educación de las jóvenes. Su celo misionero comprendió de inmediato que había encontrado la piedra angular de su congregación. Era en 1837, Eugenia Milleret tenía entonces veinte años. Se entregó a la nueva obra, pidiendo ir a hacer su noviciado en la Visitación, cuyo espíritu amaba y admiraba.

Llamada a París por su director en la primavera del año 1839, vino para ponerse, no sin aprensión ni temor, en las manos del que representaba para ella la voluntad de Dios. El Abate Combalot, instrumento de la divina Providencia, había reunido a varias jóvenes, desconocidas las unas para las otras, y que Dios llamaba a la misma obra. Todas han sido fieles hasta la muerte.

Eran tres cuando empezó la obra el 30 de abril de 1839⁵². Enseguida llegó una cuarta hermana esperada, y otras dos llegaron algunos meses más tarde.

Estos modestos comienzos tuvieron lugar en un pequeño apartamento de la calle Férou; la comunidad se trasladó después a la calle Vaugirard y, en 1842 al Impasse des Vignes.

Protegida por Monseñor Affre, arzobispo de París, la congregación naciente se desarrolló, incluso después de la marcha del fundador, demasiado ocupado por sus predicaciones apostólicas en todas las diócesis de Francia para poder seguir de cerca, y en todos sus detalles, el auge de una congregación nueva.

Por fortuna, la Madre María Eugenia estaba ahí. Mujer de gran inteligencia y de un raro sentido común, espíritu firme y ponderado, de una fe muy viva y de una bondad sin igual, supo ganarse la confianza de todos los que la rodeaban así como el corazón de sus hijas. Todas confiaban en ella y sentían que Dios la guiaba. La Madre misma tuvo la dicha de encontrar, para sostenerla, a un amigo del Abate Combalot, el Abate d'Alzon que comprendía admirablemente el pensamiento, la finalidad, la razón de ser del nuevo Instituto.

Vicario General en Nîmes, no podía ser el superior, pero fue el padre y el amigo. La Madre María Eugenia depositó en él toda su confianza; fue verdaderamente el padre de su alma. Y al sostener a la fundadora, sostenía a toda la obra.

Cuando más tarde el Abate d'Alzon tuvo el pensamiento de fundar la congregación de los Padres de la Asunción, comenzó por una tercera orden

⁵² Los principios están relatados muchas veces de manera inexacta. En realidad, en la tarde del 30 de abril de 1839, Eugenia Milleret estaba sola con Anastasie Bévier. Joséphine Néron vino más tarde y no se quedó.

dedicada a la enseñanza. La unión de las dos obras fundadas con el mismo fin y animadas por el mismo espíritu, no podía dejar de ser muy grande. Servicios recíprocos vinieron a estrechar aún más los vínculos que Dios había formado.

El colegio de l'Impasse des Vignes se trasladó a Chaillot en 1845, y después a Auteuil en 1857. Numerosas fundaciones en Francia, en Inglaterra, en España, en Italia, en Nicaragua, en El Salvador y en Filipinas llenaron la hermosa vida que acaba de apagarse. Testimonian de manera clamorosa que la Madre María Eugenia de Jesús era una gran religiosa. Grande por su fe, su amor a la Iglesia, su entrega a todas las causas santas. Sabía abrasar a sus hijas en ese mismo amor. Su pensamiento respecto a la educación era el de formar mujeres sólidamente cristianas, fieles a la fe de su bautismo, sabiendo defenderla y protegerla, adheridas a la Santa Iglesia Romana, amando sus enseñanzas, sus tradiciones, su oración, la liturgia, manantial de unción y de gracias; amando sobre todo a las almas y comprendiendo la vida como un deber apostólico.

¿Puede extrañar verla comprender tan bien las enseñanzas y las necesidades de la Iglesia, si se sabe que tuvo por consejeros y por amigos a todos los que han destacado en este siglo por su defensa de los principios conformes a la más rigurosa ortodoxia? Baste nombrar, después de los Abates Combalot y d'Alzon, de los que hemos visto más arriba la saludable ayuda, al cardenal Gousset, al cardenal Pitra, al cardenal Pie, a Dom Guéranger, a Luis Veuillot.

En la Congregación, con una Madre Vicaria escogida por ella misma y que la rodeaba del amor más filial, la Reverenda Madre María Eugenia de Jesús se ha apagado lentamente en medio de sus hijas, dándoles hasta el último día el ejemplo más emocionante de las grandes virtudes de humildad, de desprendimiento, de abandono sin medida y de admirable sumisión a todas las voluntades de Dios, que no cesó de practicar con perfección durante los largos años de su fecundo gobierno.

AUGUSTE ROUSSEL.

LE PÈLERIN – 20 de marzo de 1898

Revista de las peregrinaciones, fundada por los Padres de la Asunción en 1873.

LA MUY RVDA. MADRE MARIA EUGENIA DE JESÚS Fundadora y Superiora General de las Damas de la Asunción.

Invitamos a todos nuestros amigos a unirse a las religiosas y religiosos de la Asunción para llorar la pérdida de una de las mujeres más inteligentes y más influyentes de Francia que Dios acaba de llamar a Él.

El jueves 10 de marzo por la mañana, se apagaba la Madre María Eugenia de Jesús, Superiora General y fundadora de las Damas de la Asunción, en el hermoso convento de Auteuil que ella había construido.

Nacida en Metz, el 25 de agosto de 1817, la venerable superiora estaba en el año 81 de su vida y desde hacía ya varios años, se había descargado del peso de la dirección del Instituto sobre M. Marie Célestine, vicaria general.

La generación actual ha conocido poco la acción de la Madre María Eugenia (Mlle. Milleret en el mundo) cuya delicadeza de espíritu atraía a los hombres más importantes de los partidos.

Su historia quedará recogida por sus hijas y, si está completa, será de verdadero interés para la historia contemporánea.

Fundó su obra bajo la dirección del Abate Combalot al principio, y poco después y durante muchos años bajo la del Padre d'Alzon. Estas dos almas grandes se unieron en un mismo amor a la Iglesia y se encuentran hoy de nuevo en la patria para proteger a sus dos familias religiosas.

Las exequias tuvieron lugar el sábado 12, bajo la presidencia del cardenal Langénieux. El Abate Odelin, vicario general, representaba al cardenal Richard.

El muy Rvdo. P. Picard que le había conferido los últimos sacramentos, estaba ahí, rodeado de sus religiosos que participaron en la celebración.

El capellán de Auteuil, miembros del clero en el que contaba con tantos amigos, los Padres Benedictinos, el Rvdo. P. Ludovic, Capuchino, los sacerdotes de la Misericordia, rodeaban el féretro.

Las dos Congregaciones, cuyas fundaciones había alentado y ayudado, de las Oblatas de la Asunción y de las Hermanitas enfermeras, cerraban el cortejo con las Damas de la Asunción. El cuerpo ha sido depositado en un sepulcro especial en medio del parque; descansará rodeado de las oraciones de su familia ahí donde combatió durante tanto tiempo los combates de Dios.

**L'ASSOMPTION – Nº 16, 1º de abril de 1898.
Revista mensual de los PP. de la Asunción.**

NUESTROS BIENHECHORES

LA RVDA. MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS

Una aflicción ha golpeado, este último mes, a las Damas de la Asunción. La venerable fundadora de su Instituto, María Eugenia de Jesús, ha fallecido el 10 de marzo, en su convento de Auteuil. Tenía ochenta años.

En 1839 la Madre María Eugenia de Jesús, nacida en una noble familia de La Lorena, colocó bajo la dirección del Abate Combalot y del Rvdo. P. d'Alzon los cimientos de su fundación. Gracias a su energía y a su perseverancia, la obra no tardó en crecer y, en el momento actual, la Congregación de las Damas de la Asunción cuenta con más de treinta establecimientos, tanto en Francia como en el extranjero.

Las obsequias de esta mujer de élite han sido celebradas ante una numerosa asistencia, en la capilla de las Damas de la Asunción en Auteuil. Presidía S. Eminencia el Cardenal Langénieux. El Noviciado estaba representado por varios religiosos.

La Madre María Eugenia de Jesús tuvo relaciones muy estrechas con el Noviciado por lo que nuestro agradecimiento le ha dado un amplio espacio en nuestras oraciones.

Tras las expulsiones, durante los años de exilio pasados en España, debemos nuestro pan cotidiano sobre todo a ella y a sus hijas.

M. Marie Célestine, la vicaria general actual, entonces superiora de la casa de Madrid, nos ofreció en 1880 una generosa hospitalidad que los antiguos no olvidan y que facilitó el establecimiento del Noviciado en España, en nuestro viejo convento de Osma.

La Obra de las Vocaciones debe mucho a las Damas de la Asunción. Fueron las proveedoras de los primeros Alumnados, sin hablar del Alumnado de Niza, del que se ocuparon por entero.

Cuando el Noviciado pudo volver de España, en 1886, y venir a instalarse en Livry, la Madre María Eugenia quiso visitar ella misma nuestra vetusta abadía casi en ruinas, y subvenir a las necesidades más urgentes. Nos procuró los primeros jergones confeccionados por sus hijas. Los Novicios de entonces los encontraron terriblemente duros, ya que nuestras caritativas bienhechoras los habían confeccionado como si fueran para ellas mismas.

Las damas de la Asunción nos cedieron el primer altar de nuestra capilla provisional. Muchas profesiones y numerosas ordenaciones se han celebrado en él. Lo tenemos todavía, y en nuestra nueva capilla, ha sido colocado en la capilla de San Agustín.

Señalemos también que la tómbola de las Vocaciones nació en el convento de Auteuil, bajo el patrocinio y la dirección de las Damas de la Asunción. No olvidamos nada de lo que debemos a nuestras caritativas bienhechoras, y la muerte de la Rvda. Madre María Eugenia de Jesús es un luto para el Noviciado. En los funerales de la venerable sierva de Dios, los religiosos de Livry dirigían las ceremonias. Además, se celebró un servicio solemne por ella, el 21 de marzo, en nuestra capilla, y cada sacerdote de la comunidad dijo la Misa a su intención.

ANEXO - III - AL CORRER DE LOS AÑOS

De Mère Marie Johanna, 4ª Superiora General de la Congregación, para el 50 aniversario de la muerte de la Madre María Eugenia. (M. Marie Johanna era novicia en Marzo de 1898)

Auteuil, 1º de Marzo de 1948

El próximo 10 de Marzo será el 50 aniversario de la santa muerte de Nuestra Venerada Madre Fundadora, la muerte llamada por la Santa Iglesia “natalitia sanctorum”. Quedan pocas de nosotras que hayan asistido a sus últimos días de los que, con ternura filial, S. Jeanne Marie ha hecho un relato fiel. Yo tuve, como novicia, el privilegio de vivirlos, y no olvidaré jamás esa atmósfera de dolor y de paz al mismo tiempo que reinaba en toda la casa, las visitas al cuarto de Nuestra Venerada Madre agonizante donde se respiraba paz, vida sobrenatural, donde no cesaba la oración. Y después de la muerte, qué majestad en aquella figura tranquila y serena que era la de una Fundadora que por la gracia de Dios había llevado a cabo una gran obra y había soportado la carga de pesadas responsabilidades.

Ya sé, queridas Hijas, que están preparándose todas, con oración y con la más fiel observancia de la regla, para conmemorar este aniversario; Quieren que Nuestra Venerada Madre Fundadora encuentre en cada una ese espíritu del que trazaba las grandes líneas en su magnífica instrucción del Capítulo del 2 de Mayo de 1884: En la Asunción, todo es de Jesucristo...

Pero no es suficiente. Esperamos la cercana Beatificación de Nuestra Venerada Madre Fundadora⁵³. ¿Nos dará Dios esta alegría para el Año Santo 1950? A nosotras nos toca obtenerla multiplicando nuestras oraciones y nuestros sacrificios, haciendo que se rece a nuestro alrededor, es necesario que una gran voz, el clamor de nuestras súplicas suba hasta el Cielo en estos meses en los que se estudiará el tema de la heroicidad de sus virtudes ⁵⁴ que juzgará la Congregación Ante-preparatoria (probablemente en Junio). Juzguen Uds. la importancia de esa Congregación...

⁵³ M. Marie Johanna empezó los trámites con vistas al Proceso de Beatificación, en 1932. Fue a Roma con esa finalidad en 1933 y trabajó mucho durante su generalato con la esperanza de un reconocimiento rápido por parte de Roma de la santidad de la Madre María Eugenia.

⁵⁴ La heroicidad de las virtudes será proclamada el 25 de junio de 1961, 5 años antes de la muerte de M.M. Johanna. Desde entonces, la Madre María Eugenia será “Venerable”. La Beatificación tendrá lugar el 9 de febrero de 1975. Sobre el Proceso de Beatificación, cf. Estudios de Archivos nº 2 – 1975. “Diez años después de la Beatificación de la Madre María Eugenia.

**De M. Marie Denyse, 5ª Superiora General, el 10 de Marzo de 1954,
tras la vuelta de la Casa- Madre del Val a Auteuil en 1953.**

Auteuil, 10 de Marzo de 1954

Dios Sólo.

Mis queridas Hijas,

¡Cuántas cartas han debido salir de Auteuil, hace cincuenta años, llevando esta fecha del 10 de Marzo! No la escribo sin emoción en lo alto de esta página, después del recreo en el que Nuestra Madre Marie Johanna ha evocado para nosotras tantos y tan queridos recuerdos.

¡Cincuenta y seis años! Fecha a la vez muy próxima y muy lejana. Muy próxima, porque la figura de Nuestra Venerada Madre no está encerrada en el pasado, no llegamos a ella inmovilizándola en ese pasado, sino viviendo su espíritu y transmitiéndolo. Vivimos de él, y después de haberlo recibido de las que lo bebieron directamente en el manantial, tratamos de transmitirlo. ¿No nos da esta continuidad un poco la impresión de vivir un eterno presente?

Pero el 10 de Marzo está también muy lejano si se miden las etapas recorridas, las persecuciones, las guerras, las revoluciones que han marcado tan profundamente esta época. Entregadas por entero a las tareas del mundo presente, debemos sin cesar volvernos hacia la vida y las enseñanzas de Nuestra Venerada Madre, para conocer cuál debe ser nuestra actitud frente a los problemas más graves que hay que resolver. Esta es mi oración hoy por la Congregación. He pedido que la Asunción, como la Santa Iglesia, sea constantemente fiel a un doble movimiento: una marcha hacia delante valiente, al servicio de la Iglesia y de las almas, y un retorno constante a las enseñanzas de Nuestra Venerada Madre para encontrar en ellas la luz sobre los problemas que se nos presentan, y la fuerza para vencer los obstáculos...

* * *

**De S. Jeanne Marie de la Eucaristía – Archivera
Cf. Partage – Auteuil n ° 6 – Enero de 1973**

Descubrimiento en Auteuil – LA TUMBA DE NUESTRAS MADRES

El pasado 30 de agosto (1972), los hijos de José Rubio⁵⁵, derribando una pared de tablas frente a la lavandería, descubrieron las dos piedras de las tumbas de nuestras madres, le verja de hierro forjado y el altar de la capilla funeraria del bosque de Auteuil.

⁵⁵ Carpintero de la casa de Auteuil.

Este hecho nos trae al recuerdo esa tumba y sus orígenes históricos.

M. Thérèse Emmanuel murió el 3 de mayo de 1888 en Cannes, pero su cuerpo no fue trasladado a Auteuil hasta el 27 de julio de 1888. A la una de la madrugada se oyó el rodar del pesado coche que traía a la santa Madre...Todas las Hermanas, con un cirio encendido, se adelantaron a la que antaño había salido al encuentro de cada una cuando entraba en el noviciado. (Nuestra Madre Fundadora, no se encontraba bien esa noche y no había podido levantarse).

El féretro llevado por diez hombres, fue depositado sobre una mesa de castaño en la capilla toda adornada de blanco y de morado y el catafalco fue cubierto de flores blancas. A las 8 y ½ de la mañana, Misa solemne de Requiem celebrada por Monseñor d'Hulst que habló admirablemente. Después, fuimos a la tumba preparada en el bosque, detrás de la torre, entre el Gran Convento y la Avenida Mozart. Nuestra Madre, muy emocionada, miró hasta el fondo de la fosa y dijo: "Ahí está mi lugar"... Se habían excavado dos "logias".

Se bajó el féretro y dos losas cubrieron la tumba en espera de la construcción de la capillita. Sabemos que se construyó poco a poco según las cuentas del economato y los anales. En septiembre de 1892, el armazón estaba terminado, pero no se colocó el altar hasta 1893. En las fechas del 3 de mayo, del 15 de octubre y del 2 de noviembre, se iba en procesión a la tumba y Nuestra Madre la visitaba casi cada día.

También ella fue depositada ahí el 12 de marzo de 1898. Su Eminencia el Cardenal Langénieux de Reims oficiaba en nombre del Cardenal Richard, Arzobispo de París, rodeado de numeroso clero (cf. circular de M. Madeleine de Jesús, Superiora de Auteuil, 12 de marzo de 1898). Desde ese momento, la capilla funeraria nos fue doblemente querida y fue objeto de visitas constantes. Se celebraba Misa en los aniversarios. Cada una de las casas que existían entonces tuvo su placa de mármol empotrada en las paredes.

La sepultura del bosque quedó intacta hasta el 25 de marzo de 1926. Ganamos el proceso de Auteuil el 23 de febrero de 1921⁵⁶ y el Sr. Pacelli quedaba como propietario legal, pero murió en 1925 y al comienzo de 1926 sus herederos vendieron la propiedad a una sociedad inmobiliaria; la urbanización quería convertirla en un barrio residencial.

El 25 de marzo de 1926, M. Marie Johanna, S. Dolores, S. Marie Geneviève, y el Padre Callixte A.A. procedieron a la primera exhumación de los dos cuerpos, cuando se les trasladó al cementerio de Auteuil, calle Claude Lorrain, casi enfrente de Lamazou.

⁵⁶ Auteuil, puesto en venta por el fisco en 1901 (en el marco de las medidas concernientes a las Congregaciones religiosas) había sido comprado por el banquero Pacelli y la Congregación quedaba como inquilina. Siguió un proceso que duró hasta 1921.

La capilla fue destruida entonces así como todo el Gran Convento; S. Dolores salvó lo que pudo y lo escondió tan bien que nadie sabía donde estaba...

La causa de la Beatificación abierta en 1932 exigía un reconocimiento del cuerpo de la Madre María Eugenia. Tuvo lugar una segunda exhumación el 1º de diciembre de 1942 y el cuerpo de Nuestra Madre Fundadora fue trasladado a Lubekc donde permanece todavía.

La Madre Dominique⁵⁷, actual Superiora de la Comunidad de Acogida Provincial, ha querido conmemorar el 30 aniversario de este traslado a la que asistió con otras muchas.

El 6 de diciembre de 1972, todas las comunidades de la región parisina fueron invitadas a una Misa celebrada por el Padre Lafrance quien puso de relieve con mucho acierto la espiritualidad de la Madre María Eugenia en torno al eje central: la adoración.

Después de la Misa, un coro hablado y cantado acentuó bellas palabras de la Madre María Eugenia: *Es propio de nuestro espíritu amarnos en Dios, incluso con ternura.*

* * *

**De S. Thérèse de Marie Immaculée, Consejera General.
Cf. Partage Auteuil nº 11 – Agosto de 1974**

EL RETORNO DE LA MADRE MARÍA EUGENIA A AUTEUIL

¡Día de fiesta en Auteuil el 26 de junio! Desde hacía varias semanas se preparaba el acontecimiento espiritual y materialmente. ¡ Pasados 48 años, Nuestra Madre Fundadora vuelve a “su” casa! Se acuerdan sin duda de que en 1926 (el día mismo de la Anunciación, 25 de marzo), los féretros de la Madre María Eugenia y de la Madre Thérèse Emmanuel habían tenido que sacarse de la capillita funeraria levantada en el bosque del antiguo Auteuil, puesto que la propiedad era vendida a una inmobiliaria; entonces los dos cuerpos fueron trasladados al cementerio de Auteuil, calle Claude Lorrain, casi enfrente de nuestra casa actual de Lamazou ⁵⁸. En 1942, estando en curso el proceso de Beatificación, el cuerpo de Nuestra Madre Fundadora se llevó a la capilla de Lubeck. Pero estaba previsto que volviera

⁵⁷ M. Dominique de la Madre de Dios murió en Cannes el 30 de agosto de 1982.

⁵⁸ Esta casa se cerró en 1984.

un día a la casa madre; y cuando se construyó la nueva capilla de Auteuil en 1960, se levantó un altar, en el fondo a la derecha, para acoger a la Madre María Eugenia cuando fuera beatificada.

El 26 de junio, desde las 8 ½, salida hacia Lubeck de la Comunidad General y de algunas hermanas cuya presencia era necesaria para las formalidades. El féretro de Nuestra Madre Fundadora, ya sacado la víspera de la tumba de la capilla, se depositó en el parloir. Varios representantes del Arzobispado, un médico y el Servicio de Pompas Fúnebres estaban allí. Al llegar, nos recogimos junto al féretro; el médico retiró el sudario, y rezamos intensamente por toda la Congregación, por cada una de Uds., junto a los restos de la Madre María Eugenia para que su carisma permanezca vivo en todas nosotras.

Su esqueleto está perfectamente conservado, recubierto con el hábito de 1942.

Un nuevo féretro está preparado. El médico procede al traslado de los huesos de un féretro a otro; nos llama la atención el respeto, la dignidad con la que actúa, y tenemos la impresión de asistir a un verdadero acto litúrgico. Cuando todo está terminado, M. Hélène cubre ella misma a Nuestra Madre Fundadora con el sudario, gesto que nos manifiesta su gran amor filial y veneración. Después, la Comunidad General lleva el ataúd ante el altar de la capilla de Lubeck y nos quedamos rezando un buen rato. Pensamos en nuestras hermanas de Lubeck que hacen el sacrificio de esta presencia entre ellas desde hace veintidós años, pero sabemos que se alegran con nosotras de ver a Nuestra Madre Fundadora volver a su primera morada. El féretro se deposita en el coche fúnebre y se emprende el camino a Auteuil.

Llegado a la calle de l'Assomption, nº 17, el coche se para y el féretro, llevado de nuevo por la Comunidad General penetra en la casa mientras resuenan triunfalmente los tam-tams africanos. Toda la casa, hermanas, sacerdotes, señoras, amigos, y las hermanas venidas de Lubeck, Lamazou, Palaiseau y Bondy, están reunidas en el vestíbulo para acoger con amor y entusiasmo a la Madre María Eugenia que vuelve a su casa. Tiene lugar entonces una celebración preparada con esmero por un grupo de hermanas; celebración muy universal en la que está muy presente la Asunción del mundo entero. Al llegar se proclama una monición.

“¡Con alegría acogemos a la Madre María Eugenia en nuestra casa, en su casa, en Auteuil!. Nuestros cantos y danzas expresan esa alegría, sencilla y filial, traducida de manera diferente según los continentes.”

El féretro se deposita en el vestíbulo, al pie de la escalera. Y mientras cantan nuestras hermanas vietnamitas, una de ellas mima el canto con una expresión muy recogida, tras haber encendido un quemador de incienso. Siguen cantos ingleses, de Tanzania, y españoles con acompañamiento de guitarra.

Se vuelve a llevar el cuerpo en procesión hacia la capilla mientras que todo el mundo canta: “ Pueblos, gritad y saltad de alegría”. Sí, la alegría es general y ¡se encadenan una tras otra las estrofas al son de todos los instrumentos! Estamos a la vez contentas y emocionadas, la procesión avanza despacio. Tenemos conciencia de una presencia viva entre nosotras. El símbolo de M. Hélène y de las Consejeras llevando el féretro llega a los corazones.

Llegadas a la capilla, nos colocamos en círculo alrededor del altar de Nuestra Madre Fundadora. El féretro se deposita en el suelo bajo el altar, y más adelante se fijará una placa de mármol que cubrirá todo el frente. En el reborde del altar, una sencilla inscripción grabada en la piedra:

“MADRE MARÍA EUGENIA MILLERET”

M. Hélène toma entonces una bonita y gran foto de Nuestra Madre Fundadora y la coloca sobre el altar. Así ahora, en cuanto se entra en la capilla, se siente uno acogido por la mirada tan profunda y atenta de la Madre María Eugenia.

Tras una corta introducción: “¡Hoy, Dios sigue haciendo maravillas. Démosle gracias porque es eterno su amor!”, y cantamos el salmo 135 que proclama las maravillas que Dios realiza para con pueblo. Sigue otra monición:

“ La Madre María Eugenia vive en Dios. La Iglesia reconoce públicamente su mensaje, lo ratifica, nos pide que lo demos a conocer para que cada cristiano descubra un nuevo rostro del Cristo vivo en la Historia. Lo escuchamos y hacemos nuestra, cantándola, la palabra que había escogido en su Profesión perpetua: **“Señor, Tu sabes que te amo”**.- “Domine, Tu scis quia amo Te...”.

Canto de la Antífona: *“Domine, Tu scis quia amo Te”*.

Después escuchamos a Nuestra Madre Fundadora misma, mientras se leen diversos textos suyos, entre los que se canta cada vez el Alleluia de Kiko. Al final de las cuatro citas, se vuelve a cantar la Antífona: **“Domine...”**. Momento de silencio, y Magnificat final.

Al salir de la ceremonia, estalla la alegría y se prolonga en un pic-nic fraterno con todas las hermanas de las comunidades de la región parisina. Esa misma tarde, tras un encuentro fraternal de todas las hermanas de la casa con la Comunidad General, vamos a decir Completas en torno al altar de la Madre María Eugenia. Y ante ese mismo altar tiene lugar unos días más tarde, el 29 de junio, la toma de hábito de nuestras tres hermanas de Tanzania. Desde la vuelta a casa de Nuestra Madre, la oración es incesante ante su tumba. La sentimos tan viva, tan cercana... Sí, el Señor ha hecho maravillas en su pueblo y sigue haciéndolas. Deseamos que también Uds. tengan un día la alegría de venir a rezar a N. Madre en su morada.

El 9 de Febrero de 1975, en Roma,
 Pablo VI proclama **Beata** a la MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS.
 En Auteuil, cerca de su tumba, una inscripción recuerda las etapas
 de su vida y nos invita a la oración.

Aquí descansa,

MADRE MARÍA EUGENIA MILLERET

Fundadora de las Religiosas de la Asunción

nacida en Metz el 26 de agosto de 1817

fundadora en 1839

fallecida en París el 10 de marzo de 1898

beatificada por Pablo VI el 9 de febrero de 1975.

Su cuerpo ha sido depositado bajo este altar el 26 de junio de 1974.

“Señor, tu sabes que te amo”

(grabado en su anillo)

*Señor Dios, dejando penetrar el misterio de tu Hijo a la Beata María Eugenia, la
 has llevado a entregarse toda a ti y a consagrarse a la educación de las jóvenes.
 Concédenos por su intercesión y a ejemplo suyo, servirte con fervor y tener hacia
 nuestros hermanos una caridad que los gane para Cristo.*

Capilla de Auteuil
 Tumba de la Madre María Eugenia

